

DIRECCION MORAL
PARA
LOS INSTITUTEORES.

POR
TH. H. BARRAU.

Revisada de la última edicion francesa por algunos
miembros de la comision visitadora de
escuelas de Santiago.



Santiago.

VENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA N.º 46

—1871—

DIRECCION MORAL
PARA
LOS INSTITUTORES.

POR
TH. H. BARRAU.

Traducida de la sétima edicion francesa por algunos
miembros de la comision visitadora de
escuelas de Santiago.



Santiago.

IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA N.º 46
— 1869 —

PRIMERA PARTE.

EL INSTITUTOR.

CAPÍTULO I.

VOCACION.

Quieres ser institutor, Fabio. Alabo, pues, este pensamiento, que puede ocurrir a la imaginación de muchos jóvenes, pero que no puede albergarse debidamente sino en un corazón honrado. Sin embargo, te obligo a no desistir de la empresa. Pero antes de realizarla, reflexiona atentamente i responde a estas primeras cuestiones que te dirijo.

¿Has examinado seriamente lo que es la profesión a que quieres dedicarte? Sabes cuáles son sus dificultades, sus obligaciones, sus peligros? Tienes acaso una idea justa de los sacrificios que ella impone? En una palabra, la conoces?

I si la conoces, has descendido a vuestro co-

razon? Has examinado si están acordes vuestras inclinaciones con los deberes que os va a imponer esta profesion? Te sientes con las fuerzas suficientes para adquirir los conocimientos i practicar las virtudes que exige? En fin, tienes una verdadera vocacion?

Atiende: no confundas una vocacion seria con un vano deseo por mas ardiente que sea. Si las ventajas anexas a esta profesion, como hallarse exento del servicio militar, o el ejercicio de un trabajo ménos pesado que al que se dedican tus padres, la perspectiva de los favores i de los derechos que el privilegio ha unido a la posicion del institutor, ha sido lo que principalmente ha decidido tu eleccion, mucho me temo que te arrepientas algun dia: i temo sobre todo que tu error no vaya a ser mas funesto a otros que a tí mismo.

Tú no eres el solo interesado en la determinacion que vas a tomar: ella será para un gran número de familias una fuente de bienes o de males.

No sucede lo mismo con cualquiera otra carrera.

Si te conviertes en trabajador, artesano o soldado i no tienes las cualidades necesarias para tu oficio, será sin duda una gran desgracia, pero seras tú i tu familia los únicos que la sufrirán. Por otra parte, el obrero negligente, el artesano inhábil, el soldado indisciplinado, reciben o de las circunstancias o de los hombres, rudas i frecuentes lecciones que contribuyen poderosamente para corregirles; o si no se corrijen, las des-

gracias que infaliblemente soportan, son para los demas una enseñanza bien útil. Así, sus faltas no perjudican sino a ellos mismos, i la enseñanza que de estas mismas faltas resulta aprovecha a todo el mundo.

No puede decirse otro tanto del institutor, no puede ser malo ni aun mediocre sin comprometer la educación de los niños que se le han confiado. Si, para castigarlo por no haber cumplido debidamente los deberes de su profesion, se le suspende de su ejercicio, el mal que por su negligencia o por sus malos ejemplos haya causado no dejará por eso de subsistir. Los niños habrán perdido preciosos años sin que nada pueda compensar su pérdida; i, lo que es peor aun, habrán recibido, en su mas tierna edad las malas impresiones que despues será casi imposible borrar.

Es así, Fabio, como con serenidad i juicio debes sondear tus disposiciones antes de consagrarle a esas nobles funciones en que Dios i los hombres te demandarán la mas severa cuenta.

Estas funciones exigen cualidades tan raras, i por decirlo así, dones particulares del cielo; no con relacion a la capacidad intelectual pues una inteligencia ordinaria i una buena memoria bastarian para adquirir todos los conocimientos necesarios al mas hábil institutor primario; pero no así con relacion a sus disposiciones morales.

La existencia del institutor no es semejante a la del comun de los hombres. Su profesion, sin tener la santidad del sacerdocio, debe re-

producir su austeridad. Los hombres mas indulgentes para consigo mismos, son para él de una severidad inflexible. Su participacion en la mayor parte de los placeres que ellos se permiten la creen reprehensible. Mil distracciones que para todos son autorizadas, para él son vedadas.

Para él la lei es exigente, i la opinion pública es mas exigente aun que la misma lei.

Esta verdad será desarrollada en todo el presente opúsculo,

Fabio, si todas estas obligaciones te parecen agradables: si a todas las vanas entretenciones prefieres el noble placer de reinar sobre los corazones por la instruccion i por el ejemplo; si encuentras en la felicidad de una conciencia satisfecha el galardón de lo que Dios te da i de lo que el mundo te rehusa; si te sientes animado de un sagrado fervor por esa vida inocente, que pasa toda entera haciendo el bien, no te exites mas; tu vocacion es sincera i tu resultado será feliz.

CAPÍTULO II.

PREPARACION.

Para llenar funciones tan delicadas no basta solo la vocacion: es necesario que el aspirante se haya preparado por medio de estudios especiales. La preparacion secunda a la vocacion i aun la despierta a veces en el alma que encerraba su jérmén tal vez sin comprenderlo.

Sin embargo, parece que esto no fuera com-

prendido, como se debe, por la mayor parte de los jóvenes que se dedican a la instruccion primaria. Reconocen que para todos los oficios es necesario una especie de noviciado; que un obrero, por ejemplo, no sabria labrar el fierro o la madera sin un aprendizaje duro i penoso: pero les parece tan fácil cultivar las inteligencias jóvenes, que creen poder desempeñar tan árdua tarea sin preparacion ninguna. Un joven orgulloso con haber obtenido el decreto que le nombra preceptor, se lanza a la escuela donde todo es nuevo para él; se cree apto para dirigirla con el mejor éxito; i sin embargo el maestro de hoy es el estudiante de ayer. ¿Qué prueba ese nombramiento? Que se ha distinguido como alumno. ¿Pero se sigue de esto que obtendrá como maestro igual resultado i al comprometerse en una nueva carrera enteramente distinta de la antigua i muchos mas espionosa?

El sabe perfectamente, me apresuro a concederlo, todo lo que debe enseñar: quiero que sepa mas todavía. ¿Puede inferirse de aquí que es capaz para enseñarlo? No, sin duda. El maestro mas inteligente no es el que posee mayores conocimientos, sino el que mejor sabe transmitir a sus discípulos aquellos de que tienen necesidad.

Este talento de enseñar, que bastaría a un preceptor encargado de un niño solo, no es tal vez la mas importante de las cualidades que se exigen del institutor público. Este talento sería para él casi inútil, si no estuviese acompañado de un talento mas raro aun, el de saber educar

a los niños, es decir, amoldar su voluntad i dirigir-la siempre hacia el bien.

Se ven institutores dotados de una inteligencia distinguida engañados por alumnos de los mas vulgares; se ven hombres de un valor probado, verdaderos veteranos, que trabajan inútilmente por todos los medios posibles a fin de someter a la disciplina la caprichosa lijereza de los niños; se ven, por fin, preceptores instruidos transformados en objeto de burla por la ignorancia indócil i rebelde a sus esfuerzos. Esto es porque nada puede suplir al talento de conducir a la niñez, talento cuyo jérmén da la naturaleza pero que no puede desarrollarse sino por la meditacion i la experiencia.

No debe creerse que esta necesaria preparacion sea mui difícil: las funciones del institutor primario no exigen del que debe desempeñarlas sino algunas facultades preciosas, pero sencillas, que la Divina Providencia ha puesto a la disposicion de cualquiera que trabaje seriamente por adquirirlas.

Sin embargo, las dificultades de esta profesion han aumentado mucho desde hace años i se necesita, por consiguiente, mas que nunca una preparacion detenida i concienzuda.

Hasta hace poco tiempo no se prestaba a los institutores toda la consideracion que se les debe. Hoi, por un exceso no ménos vituperable, les prodigan algunas personas alabanzas exajeradas i tratan de pervertirlos inspirándoles una idea falsa de su importancia.

Procurarás, Fabio, conservar un bradente

término entre éstos dos extremos. No aceptarás ni la posición ínfima a que quisiera relegarte una preocupación que disminuye de día en día; pero rechazarás también el grosero incienso con que se quiera embriagarte. I tratarás de ser un buen maestro de escuela i léjos de avergonzarte de este humilde nombre, te considerarás feliz de merecerlo, mostrándote siempre juicioso i modesto.

El orgullo que se ha inspirado a algunos de tus émulos, ha producido amargos frutos; existen todavía contra ellos prevenciones que acaso mas de una vez te hagan sufrir. A veces se trata de humillar a aquellos a quienes se erce orgullosos; se despiertan desconfianzas por las pretensiones que se suponen en otros i acaso faltas ligeras son consideradas como verdaderos delitos. Por extraño que seas a las causas que han contribuido a esta predisposición jeneral, siempre necesitarás mucha habilidad i tino para ponerte al abrigo de ella.

Ni creas tampoco encontrar en los niños esa docilidad que hacia en otro tiempo tan fácil conservar la disciplina en las escuelas. Los niños han sufrido también el contagio de ese espíritu jeneral de independencia que reina hoy entre nosotros; son ménos sensibles a los buenos tratamientos, ménos susceptibles al temor, ménos bien educados en el interior de las familias.

En esas familias se manifiesta un espíritu de exigencias, de importunidades que no existían en otro tiempo. El amor propio se ha hecho mas irritable, la vanidad mas susceptible. Los pa-

dres buscan excusas a las faltas del hijo, prestan oídos a sus injustas quejas i se ponen de su parte contra una severidad, que deberian secundar i bendecir.

Ademas el institutor está obligado a respetar un gran número de intereses encontrados con los cuales tiene que tocarse como ciudadano i como funcionario público. Así es necesario que resista todas las tentativas que se hacen para dominarle sin enajenarse por esto la voluntad ni el favor de aquellos cuya influencia no debe aceptar. I para salir airoso de tales pruebas necesita siempre un espíritu recto e imparcial.

Ahora bien, ¿no crees que sería una grande imprudencia aventurarse a una carrera tan llena de dificultades sin estar convenientemente preparado?

CAPÍTULO III.

VENTAJAS DE LA ESCUELA NORMAL I DE LA ESCUELA PRÁCTICA.

Las reflexiones que preceden te habrán hecho comprender cuál es la utilidad de las escuelas normales i de las escuelas de práctica destinadas a preparar a los jóvenes que aspiran a las funciones de institutor público.

No quiero decir con esto que para llegar a ser un maestro hábil i virtuoso sea indispensablemente necesario haberse formado en alguno de estos establecimientos. Un joven dotado de felices disposiciones, entusiasta por el trabajo i dócil a sábios consejos, puede formarse sin estos

auxilios; pero tropezará con muchos obstáculos i las porbabilidades de éxito le serán mucho mas raras.

En las escuelas normales los estudios son incomparablemente mas sérios que en cualquiera otra, el trabajo es mas intelijente i tiene mas unidad. Pero lo que hace su principal mérito es que las cualidades indispensables al institutor son desarrolladas ante los mismos alumnos casi sin que éstos lo noten, por una série de medios ingeniosos que el celo de los directores no cesa de emplear. Trabajando por adquirir los conocimientos se forma el arte de transmitirlos, i lo que es aun mas precioso es que en habilitándose para su profesion, se hallen dignos de ejercerla.

Será para tí una gran felicidad, Fabio, que seas admitido en uno de esos laboriosos asilos.

El alma adquiere una admirable sensibilidad, una noble enerjía en esas casas en que todas las voluntades se hallan sometidas a la lei de una severa disciplina. No podrás, Fabio, formarte idea de lo que es esa disciplina. Las escuelas primarias mejor organizadas no ofrecen nada que se le aproxime. No podrias ni aun concebirla en la inflexible rijidez del réjimen militar: porque la disciplina militar no ejerce su imperio sino sobre las acciones exteriores del soldado, dejando a su voluntad la mas amplia libertad en todo lo que no tiene relacion con el servicio. Pero en un colejio, en un seminario, en una escuela normal el mismo pensamiento se halla disciplinado bajo el imperio de una severa

razon, i tanto los movimientos del alma como las acciones esternas se encuentran igualmente sometidos a una regla.

Allí todo se halla combinado por una sabia prevision que ejerce sobre el alumno una influencia saludable. Esta influencia que le comunica insensiblemente buenos hábitos morales, se distingue en todo lo que se relaciona con sus miras, en todo lo que le pertenece i aun en cierto modo hasta en el aire mismo que respira.

Todo se combina a la vez para animarlo al bien, i sus maestros, sus condiscípulos, sus estudios, sus recreos contribuyen a esta santa obra. Cada mes, cada día, i puede decirse cada hora, marcan un paso mas en su carrera.

No solamente en la escuela normal, se acostumbra el alumno a la práctica de la virtud; pero allí solo se amolda con especialidad al ejercicio de las que reclama su profesion. No debo olvidarse jamás que en esos planteles de la enseñanza deben formarse no solo hombres de bien, sino institutores útiles; te convencerás de esto, Fabio, por tu propia experiencia si logras ser admitido en ellos. No se permitirá a tu espíritu vagar en el campo de las teorías jenerales, ni descarriarse en el de las aplicaciones inciertas i desconocidas; pero te ejercitarás con facilidad, por un hábito anticipado, en las cualidades que exige tu profesion. Te preparará para las pruebas a que mas tarde tendrás que someterte; te dará armas para los combates en que tendrás que batallar; hará que esos combates sean para tí menos formidables i al mismo tiempo mas raros,

porque destruirá en tí las pasiones que los provocuen, i las debilidades que te harían sucumbir.

Escogidos maestros, cuya instruccion es en jeneral mui superior a la de aquellos que están encargados de trasmitirla, no cesarán de velar por tí. Nada para ellos se abandona al azar; i haciendo un asiduo estudio de los diversos caracteres, los cultivan segun las inclinaciones de cada cuál.

En fin (i no es ésta la ménos preciosa de las ventajas que te señalo), te hallarás rodeado de émulo, jóvenes como tú, que aspirando al mismo fin, rivalizarán en esfuerzos para alcanzarlo; su entusiasmo te animará i el tuyo será un estímulo para ellos. En estas honradas luchas, el valor se aumenta con la victoria i con la derrota; cada uno da i recibe el ejemplo, i del conjunto de esas buenas disposiciones se forma un espíritu jeneral que reacciona al mismo tiempo sobre cada uno con una fuerza siempre creciente.

¡Qué bello es contemplar una pura i jenerosa juventud conspirar santamente para el bien i disputarse la palma del trabajo i de la ciencia! No hai espectáculo mas ágradable a los ojos de la religion i de la patria.

Casi todo lo que acabo de decir de las escuelas normales puede aplicarse a las escuelas de práctica, que a la verdad se hallan organizadas bajo diferente sistema, pero que el mismo espíritu las anima i prestan bien útiles servicios.

CAPÍTULO IV.

CONDUCTA EN LA ESCUELA NORMAL I EN LA ESCUELA PRÁCTICA.

Ya que la escuela normal o la de práctica producen tan excelente resultado, no debe, pues, perderse el precioso tiempo que en ella se permanece. Ese tiempo, por otra parte, no pertenece al alumno, sino al Estado, que ha formado ese establecimiento, no en el interés de los que en él se albergan, sino en el de los niños a quienes mas tarde deben darles la instruccion.

Aquel que despues de lograr su admision, se hace indigno por sus faltas de llegar a ser capaz de enseñar, comete en cierto modo un robo contra el Estado, i es culpable tambien ante la infancia, a quien priva de que otro institutor útil venga a ocupar el puesto que él ha usurpado.

Por fortuna, el sentido público no se ha engañado en este punto. Es mil veces mas exigente con los alumnos-maestros que con lo restante de la juventud que se dedica a cualquiera otra carrera. En jeneral, es demasiado indulgente con aquellas faltas que los jóvenes cometen por lijereza; castigándolas solo por el ejemplo; no les atribuye la menor importancia, algunas veces tambien se rie al castigarlas. Pero tal indulgencia no se estiende jamás a los alumnos-maestros; se quiere que desde el principio se penetren del mismo espíritu que debe animarlos mas tarde; se quiere que su obediencia, su aplicacion, su estudio i su razon sean sin reproche.

Debes felicitarte, Fabio, de esas severas disposiciones que el público manifiesta i de que la autoridad participa; ellas contribuirán indudablemente a mantener en el establecimiento, sin alteracion los hábitos de subordinacion i de trabajo.

Un solo pensamiento debe inspirarte durante tu permanencia en la escuela normal, i es el de cumplir con todos tus deberes.

Cuáles son esos deberes?

Despues de los del católico, que son los mas sagrados e importantes, pero de que no tengo para que ocuparme aquí, los principales son la obediencia a la regla, la confianza en tu director i la bondad para con tus compañeros. Voi a darte algunos detalles.

Comprende, desde luego, Fabio, en que consiste el primero de esos deberes. Hai dos clases de obediencia; la una es la que llamo obediencia exterior; que consiste en no hacer lo que está prohibido, i en hacer lo que está prescrito; ella regla las palabras i las acciones, ella pone al abrigo de todo reproche.

Esta obediencia es por desgracia la que conoce la jeneralidad de la jente. Pero tú, Fabio, no te contentes con ella, porque hai otra mil veces superior i meritoria que la llamaré obediencia voluntaria o mas bien obediencia del corazon.

Esta no regla, como aquella, los actos exteriores del hombre sino los movimientos de su alma. Por ella solo, el alumno es verdaderamente dócil. No se contenta con obedecer, sino que obedece con júbilo; no solo ejecuta la órden que se

le dá, sino que busca como prevenirla, no se conforma solamente con el mandato espreso, sino con el deseo, o el pensamiento que encierra; lo que se le indica como saludable, lo ama; lo que como perjudicial, lo detesta.

No debes examinar, ni juzgar las órdenes que se te dé. ¿Serás capaz de comprender los motivos que las determinen en el ánimo de tus maestros? ¿Están obligados, acaso, a darte cuenta de su resolución? Que la obediencia sea completa, i por consiguiente que la ejecución de una orden no vaya jamás acompañada de una secreta murmuración. El que se somete con repugnancia a la voluntad de sus superiores no obra como alumno sino como esclavo; cede, pero no obedece.

La obediencia que debes manifestar a tus directores no será meritoria, si no va acompañada de la confianza, es decir de una disposición interior a mirarlos como a tus segundos padres, a quienes debes comunicarles tus mas íntimos pensamientos, i a quienes siempre debes creer en sus palabras.

Son los que entónces representan a tus padres, de quienes te has alejado; al gobierno que dirige tu instrucción, i al país que funda en tí sus esperanzas. Son tus maestros, tus protectores, tus amigos. ¿Quién mas que ellos será capaz de enseñarte a encontrar tu felicidad en el cumplimiento de tus deberes? Déjales entónces un dominio soberano sobre todos tus pensamientos. ¿Cuál será tu error si no ves en ellos los hombres que te han de dejar apto para rendir las pruebas que se te esperan! Ellos son, por otra

parte, los encargados de formar en ti esos hábitos morales que te han de hacer digno de ejercer tu alto ministerio. ¿Cómo podrán cumplir esta tarea, si tu corazón no es para ellos como un libro abierto en el que puedan leer a cada instante? ¿Cómo lo conseguirán, si tu no sigues sus consejos con piadosa docilidad? ¡Desgraciado de tí, si tienes para ellos secretos! ¡Desgraciado si oyes otra voz que la suya!

Tienes también otros deberes que cumplir para con tus compañeros de estudio; esos deberes pueden reducirse a dos: la bondad i el buen ejemplo.

Animado siempre para con ellos de sentimientos fraternales; no te ofusquen jamás las querellas, el odio, ni la envidia; te compadecerás de sus defectos, que no deben ser jamás para tí un motivo de desprecio; aplaudirás sus triunfos, harás que ella exciten tu emulación, sin ser jamás servil.

Acuérdate sobre todo, que pesa sobre tí la obligación sagrada de incitarlos al bien con tus palabras i con tu ejemplo. Si, Fabio los malos ejemplo de los camaradas han perdido mayor número de jóvenes, que les que han salvado las buenas lecciones de los maestros. Basta muchas veces una palabra, un gesto, un recuerdo para provocar en un corazón juvenil la indecibilidad, i por consecuencia inevitable todos los vicios que trae consigo. Conducete de manera que a la salida de la escuela, puedas decir. "Ninguno de mis camaradas me ha visto hacer nada, ni ja-

mas oído algo que haya podido estraviarlo del camino del bien.”

Vive amigablemente con todos, pero no tengas intimidad sino con aquellos en quienes reconoces mejores inclinaciones para la virtud; rechaza lejos de tu corazon toda amistad que tus directores no aprueben; guárdate sobre todo de esas uniones funestas a las cuales preside un espíritu de desobediencia i de hipocresía, en las cuales naturalmente se confian malvados pensamientos, se denigra en secreto lo que tiene en público el aire del respeto, se habla con desprecio de sus deberes, muchas veces aun de sus superiores: tales uniones son abominables, i conducen a una pérdida infalible a los que han tenido la desgracia de contraerlas.

CAPÍTULO V.

NOVICIADO I ESTRENO EN LA ENSEÑANZA.

Tus estudios han terminado ya; un diploma de competencia ha coronado tus esfuerzos; vas a dar los primeros pasos en la carrera.

Piensa en que el estreno de un jóven puede ejercer la mas poderosa influencia sobre su porvenir. ¡Cuántos institutores no han tenido que lamentar durante toda su vida algunos errores, hijos de la inesperienza de sus primeros años!

Antes de ser colocado a la cabeza de una escuela, te será en gran manera útil vivir durante algun tiempo bajo la direccion de un institutor inteligente o hacer, en calidad de ayudante o de

segundo, el aprendizaje de su profesion. Yo no llamo inteligente a aquel que en otro tiempo se hubiere distinguido en la Escuela Normal, sino a aquel que sobresale en el arte de iniciar a los niños en las nociones de los mas sencillos conocimientos, sobre todo a aquel que, sin ruido ni aparato i que por la sola accion de una voluntad prudentemente dirigida, les impone los hábitos de orden i de trabajo.

El te allanará el difícil tránsito de la teoría a la práctica; aprenderás a ser institutor sin dejar de ser alumno. Ilustrará tu celo, evitará tus extravíos i fortificará tu débil marcha. Te hará ver cómo se consigue el respeto sin el rigor, cómo se obtiene el cariño sin la debilidad, cómo se toma ascendiente entre ellos, poniéndose a su nivel.

Si no puedes hacerte de las utilidades de este noviciado, si, inmediatamente despues de haber obtenido tu diploma te encargan de la direccion de una escuela con el título de institutor provisorio o propietario, vijílate con atencion; no olvides que aunque tienes el título de maestro, realmente aun no eres mas que un escolar. Es fácil tropezar al principio, i una sola falta puede perderte.

¿Cuál será tu conducta en una sociedad en que, tan jóven aun, tienes que responder no solo de la escuela sino de tí mismo? Si, por casualidad, esa sociedad es la misma en que has nacido, encontrarás allí las afecciones de la infancia, las costumbres de la familia que te sirvan de impedimento. Si, lo que con frecuencia

sucede, se te da colocacion lejos del suelo natal, te verás rodeado de extraños; no conocerás el pueblo, ni sus habitantes, ni su carácter. Podrás chocar contra mil escollos que apenas puedo indicar aquí, escollos tanto mas peligrosos cuanto que no puedes prever su existencia.

Alejarás estos peligros, Fabio, si en lugar de confiar mucho en tí mismo, te diriges prudentemente.

Consulta a tu pastor que por la naturaleza de sus funciones, debe tener sentimientos paternales para tí.

Escribe a tu antiguo director; visítalo con la frecuencia que la distancia lo permita. Elige en los alrededores de tu residencia algun institutor ya antiguo en quien depositar tu confianza. Respeta su experiencia i consúltala. No creas tener mas instruccion que él porque ha olvidado una parte de los conocimientos que tú conservas frescos. Para tí, como para él, la verdadera ciencia es la de la enseñanza. El la posee, i conoce por una larga práctica a los niños, a los padres i el espíritu social.

No solo debes pedir consejos para el ejercicio de tu profesion sino tambien para la vida privada.

Retenido hasta entónces bajo el régimen de una severa disciplina, has sido llamado de un golpe a gozar de una peligrosa independencia. En los primeros momentos, sentirás quizás muy buenas disposiciones para abusar. Si el gusto del placer se apodera de tí, la escuela te aburrirá. Como vivirás solo, las necesidades de la fa-

milia no te exigirán economías. Creerás poder gastar sin escrúpulo todo lo que recibas como honorario, contrayendo, de esta manera, hábitos de disipacion. Joven, serás requerido por los jóvenes; olvidarás que los placeres de la edad, aun los lícitos, te están casi todos prohibidos. El público quiere (i tiene razon) que la cabeza del institutor sea tan madura con cabellos negros como con canas. Sin conocer aun las familias, podrás engañarte en la eleccion de tus relaciones i ceder a instancias que habrias rechazado si hubieses comprendido el fin.

Evitarás todos estos escollos depositando tu confianza en los hombres prudentes de que te he hablado. Pídeles, no consejos, sino advertencias, i si lo mereces, censuras. La lisonja es dulce al oído, pero produce, para el alma, frutos corrompidos; la censura es desde luego amarga, pero sus frutos son llenos de dulzura.

CAPÍTULO VI.

ELECCION DE UNA ESCUELA.—PERMANENCIA.

Has hecho el aprendizaje de tu profesion, en calidad de ayudante o de segundo, bajo la direccion de un institutor ilustrado donde has ejercitado tus fuerzas en una modesta escuela, i despues de este noviciado te ocupas seriamente en la eleccion u aceptacion de un puesto en que el cumplimiento de tus deberes pueda conciliarse con la legítima aspiracion de un bienestar proporcionado a tu condicion.

Este asunto es para tí de una alta importancia; reflexiónalo con madurez, i antes de determinarte, si eres institutor libre, o antes de dirigir una petición a la autoridad, si perteneces a la enseñanza pública, abandona una preocupación que domina a un gran número de institutores: se figuran que la importancia del maestro es proporcionada a la de la escuela que rejentan, i sobre todo a la de la sociedad en que la escuela se halla colocada. He ahí un gran error.

Las diversas localidades tienen sus inconvenientes i tambien sus ventajas. En las ciudades, el institutor tiene mas cuidados i experimenta mas resistencias: en el campo es obligado frecuentemente a desempeñar un gran número de pequeños empleos. En las ciudades su tratamiento es mas elevado; en el campo sus haberes son mucho ménos considerables, lo que establece cierta igualdad bajo el punto de vista pecuniario.

Yo convengo, sin embargo, en que relativamente a las ventajas materiales, hai mucha diferencia en las escuelas i que, en jeneral, esas diferencias están graduadas segun la importancia de las sociedades; pero no debe deducirse que la importancia del institutor aumente o disminuya en la misma proporción.

La estimación que se concede a los maestros se mide por el modo como cumplen sus deberes i no atendiendo a consideraciones estrañas a su persona i a su enseñanza. Supongamos que haya dos institutores funcionando en diversas localidades, de las que la una tiene dos mil almas i la otra solamente de cuatrocientas a quinientas.

¿I se considerará mas el primero que al segundo solo por la diferencia de estas cifras! ¿Puede imaginarse nada mas absurdo?

Por el contrario, sucede jeneralmente que en una pequeña localidad el institutor goza de mayor consideracion, porque con frecuencia él es allí casi el único hombre instruido i puede prestar servicios ya a la sociedad, ya a las familias. Pero en una sociedad o en una villa algo considerable, hai muchas personas que con respecto a conocimientos son superiores a él.

En las pequeñas aldeas un buen institutor es, en cierto modo, un tesoro; se teme perderlo; se conoce las dificultades que hai para reemplazarlo; su presencia en la localidad es considerada como un beneficio celestial. Pero en una villa de importancia o en una ciudad se le presta ménos atencion; se sabe que si el empleo vaca no faltarán aspirantes, i por ilustrado que sea se confia en que, perdido, se le podrá reemplazar fácilmente, aun con ventaja.

¿No seria una desgracia seria que una localidad no encontrase un institutor por ser pequeña i pobre? Es necesario que en todas partes todos los niños, cualquiera que sea la localidad a que pertenezcan, reciban atenciones inteligentes. Los niños de la mas pequeña aldea son tan caros al Estado como los de la ciudad mas opulenta. No puede existir otra diferencia entre los maestros que los instruyen, que la que nace de su mérito personal.

No desprecies, pues, Fabio, una pobre escuela de aldea; ahí quizás vas a encontrar los cora-

zones mas reconocidos, los caracteres mas dulces; allí Dios derramará su bendicion sobre tus trabajos, humildes sin duda, a los ojos de los hombres, pero nobles i elevados a los de Él.

Debo darte un consejo. Cualquiera que sea la escuela a que te hayas dedicado despues de serias reflexiones, ámalala, i en cuanto puedas no la abandones por una nueva.

No quiero decir que, elejida la primera escuela, sea tambien la última. Nó, muchas veces tu estreno no será perfectamente feliz; desearás un cambio de posicion; mui justo.

No vitupero, en manera alguna, la aspiracion racional de mejorar de condicion; lejítimo deseo si no dejencra en manía, como algunos jóvenes institutores que, ántes de las nuevas leyes sobre enseñanza, cambiaban frecuentemente de residencia por un corto aumento de honorario, poniendo durante los seis meses todas sus ambiciones i todos sus deseos en el ascenso. Circunstancias hai en que el mas rápido censor no podría reprobártelo, si segun el interes de tu familia i segun el tayo, rompes lazos queridos, por contraer otros nuevos.

Pero estos casos enumerados son bien raros. Jeneralmente para la escuela como para el maestro, la permanencia es el mayor de los bienes. Cuando encuentres una colocacion que satisfaga tus aspiraciones, di: "hé aquí mi patria, en ella quiero vivir i morir, en ella tambien quiero merecer el respeto de los niños, la amistad de los padres de familia, la estimacion de todo el mundo. Quiero ligarme a mi escuela por

medio de un lazo sagrado que durará tanto como mi actividad, i si es posible, tanto como mi vida."

Séame permitido traer a la narracion un pasaje tomado de una obra sobre las escuelas normales. "Mientras mas se adhiera el institutor a su escuela, mas utilidad reportará su ministerio. Entre él i la localidad nacerán mil lazos de simpatía: no solo tendrá afeccion por la escuela que dirige sino por la música que toca, por el coro que ha formado, por el jardín que cultiva, por los árboles i las flores con que ha embellecido el suelo i, en fin, por la localidad entera. Encanecerán sus cabellos en medio de las generaciones que le deberán el beneficio de la educacion moral. Educará a los hijos de sus alumnos i siendo respetado por los padres tendrá la autoridad de un oráculo para con los hijos. Su vida tendrá algo de patriarcal que se reflejará sobre su profesion, imprimiéndole cierto carácter de santidad."

CAPITULO VII.

AMOR A SU PROFESION, PRIMERA CUALIDAD DEL INSTITUTOR.

Para que la escuela te interese, es preciso que ames tu profesion. Todo hombre que no tiene amor a su estado es digno de compasion i el institutor mas que cualquiera otro.

Alimenta, Fábio, esta noble pasion. Cualquiera que sea la instruccion que hayas adquirido,

guárdate de imitar a esos preceptores que fijan una notable superioridad para el desempeño de sus humildes deberes, i que a causa de esta pretension, muestran a las claras su indignidad. Guárdate, sobre todo, de imitar a aquellos que declaman sin cesar contra el ministerio que ejercen, que lo soportan con impaciencia como una cadena que los aprisiona mui a su pesar, que continuamente exageran sus inconvenientes, i que no cesan de desahogarse en amargas quejas, sobre su propia suerte.

Esos hombres creen aparecer mas grandes a los ojos de los que los escuchan: triste error; sus insensatas quejas no tienden sino a hacerlos ridículos.

En efecto, ¿se puede acaso, sin una indignacion mezclada de menosprecio, oírles quejarse de una profesion que son mui felices de poder ejercer? Digámosles en alta voz lo que cada uno, al escucharlos, les diria en secreto. La mayor parte de ellos (i no por esto se los echo en cara), han encontrado en esta profesion recursos sin los cuales hubieran sido quizás mui dignos de lástima. Bien se sabe que en jeneral los padres de familia, que tienen cierta comodidad, prefieren para sus hijos un estado que exija un jénero de vida ménos austero. El pobre jornalero nacido en las mismas condiciones de fortuna que ellos, cuánto no envidiará su suerte i su instruccion mediante la cual pueden vivir al abrigo de la intemperie de las estaciones sin otras fatigas que las de trasmitir a la infancia algunos conocimientos elementales que, casi siempre, les han sido comunicados gratuitamente.

Por otra parte, aquel que no ama su profesion la ejerce de mala gana, i por consiguiente la ejerce mal.

¿Cómo podré yo creer que amais a vuestros alumnos, si continuamente os quejais de veros obligado a instruirlos, i si mostrais en las relaciones con ellos, no la abnegacion de un amigo sino la resignacion de un esclavo?

Este odio a la profesion es verdaderamente absurdo. Reflexiona, Fáblio, i te convenceras de que seria una desgracia para tí si abrazaras otra. En jeneral las profesiones que podrias sustituir a la tuya son todas trabajosas, pocas son lucrativas, ninguna es mas honorable.

Pero si estas consideraciones no ejercen sobre tí ninguna influencia, i si realmente te disgusta tu profesion, abandónala. Un buen jornalero satisfecho con su posicion, vale mas que un preceptor descontento de la suya.

Tal vez no haya hombre mas desgraciado que un institutor a quien fatiga i aburre la enseñanza. En vano estará presente en la escuela; pues con su pensamiento estará ausente. Su imaginacion estará mui distante. Suspira por el momento en que terminará su clase, es decir su suplicio. Cada minuto de espera es para él un siglo. Acusa sin cesar la lentitud de las horas; pero mientras mas quisiera apresurar su marcha, parece que se arrastran con mas lentitud.

Si ese mal maestro supiera hacerse a sí mismo un jeneroso esfuerzo, la atencion que prestaria a su clase seria para él mil veces menos trabajosa que el suplicio que ahí sufre. Esas horas

que le parecen tan lentas pasarían con rapidez. Así, aun cuando éste no fuera un asunto de conciencia, para evitar el aburrimiento que lo mata, debería procurar amar su deber.

Algunas veces, cosa increíble! no le tienen aversion i afectan menospreciarla para darse tono. Qué miserable debilidad! Si haces alarde de menospreciar, la profesión no te honrará. Los niños estarán tan poco satisfechos de tenerte por maestro como tú de tenerlos por alumnos. Mientras mas disgustado te manifiestes de tu condicion, mas se aburrirán ellos de la suya: porque ¿cómo podrian ellos recibir con placer las lecciones que tú les darias con repugnancia? Cuando te oigan decir hablando de tus funciones: *Qué maldito oficio!* no es mui natural que ellos digan hablando de su clase: *Qué inferno!*

Presérvate, Fabio, de tan odiosa estravagancia! Ama esta profesión que te alimenta i que te honra. Ama tambien la infancia; no te dejes desanimar, ni aun por su ingratitud, que da a tu sacrificio un mérito mas. Ama a esos jóvenes alumnos que te confia tu país, i piensa que, si no comprenden el bien que les haces, aquel que ha creado sus almas inmortales lo ve i no lo olvidará.

CAPITULO VIII.

PORTE I CONDUCTA PRIVADA.

Comunmente se llama *porte* al conjunto de aquello que, en las costumbres de un hombre

i en su manera de obrar, llama la atencion del público.

Un buen *porte* no hace las veces de una buena conducta; pero es casi siempre su prueba, i, por decirlo así, su expresion.

Se dice que un institutor tiene un mal *porte* o que no tiene absolutamente *porte* cuando en la clase se familiariza con los alumnos, o que olvida en presencia de ellos las prescripciones de un severo decoro, o que se deja llevar a una inconsiderada manifestacion del disgusto que experimenta; i tambien cuando no sabe hacer reinar en el seno de su propia familia la calma, el orden i la decencia; cuando habla mucho i atolondradamente, o que está muy a menudo fuera de su casa, o que se une con personas cuya compañía no debiera frecuentar. Nada digo de aquel que olvidara las leyes de la temperancia, eso ya no seria lo que se llama mal *porte* sino abandono i no puedo suponer que un institutor sea capaz de ello.

El hombre lijero en sus propósitos o caprichoso en sus resoluciones, o inconstante en su modo de vivir; el hombre que condena hoy lo que alabó ayer, que se deja llevar por el primero que se presenta, que va a la vanguardia del fraude, i que se eche de lleno en medidas de disciplina o de enseñanza que poco despues se verá obligado a desaprobare; este hombre, digo no tiene el *porte* digno i firme que conviene a un institutor tanto como aquel que promete, anuncia, amenaza sin haber reflexionado lo bastante i cuyos anuncios resultan necesariamente falsos, las

amenazas insignificantes i vanas las promesas.

Pero es, sobre todo, en la dignidad exterior del hombre donde el *porte* del institutor no debe dejar nada que desear.

Piensa, Fabio, que tu profesion participa en cierto modo de la santidad del sacerdocio. El pais, al confiarte sus hijos, espera mucho de las impresiones que en ellos hará nacer el contacto contigo. Por consiguiente, no debes consentir ni en tí, ni al rededor de tí, nada que no sea para ellos un buen ejemplo. Es preciso que los padres de familia puedan recomendar a sus hijos que te imiten en todo: es preciso que sea mas tarde una felicidad para esos niños el haberse amoldado i instintivamente a su maestro.

He dicho *en tí i al rededor de tí*. Bajo este punto de vista toda tu familia debe encontrarse al abrigo de toda tacha. Mas de una vez se ha visto a un institutor perder todo su crédito en un territorio municipal, i obligado aun a abandonarlo, porque las personas que de él dependian habian comprometido su posicion con sus faltas. Mas tarde volveré sobre este asunto.

Persuadido, como lo he dicho, que, en ninguna ocasion olvidarás las leyes de la temperancia, leyes que, no podrias infringir una sola vez sin degradarte, añadiré, sin embargo, un último consejo.

En los campos, i aun en los pequeños pueblos, hai la costumbre de dirigirse ordinariamente a los institutores para la redaccion de diversos actos bajo firmas particulares. Sin inconveniente alguno puedes prestar tu pluma para este

ministerio si es que no te lo impiden los reglamentos que rijen las escuelas de tu departamento.

Pero, una costumbre bastante jeneralizada quiere que, cuando se discute un asunto, termine la discusion en una taberna i a menudo que el acto sea tambien redactado en ese lugar de disipacion; en medio de una especie de orjía.

No vituperes semejante costumbre: eso no te concierne. No critiques a aquellos que se conforman con ella; tu cometido es el de instruir a los niños i no el de gobernar a los hombres. Pero al dejar a los otros en entera libertad de obrar segun sus caprichos, declara tú que no los imitarás. Sé firme en tu resolucíon. No te dejes arrastrar por las provocaciones, ni intimidar por el ridículo. Si pretenden que el acta sea escrita por tí, exige que vengan a la sala de tu escuela a la hora en que el local se encuentre libre; en seguida, que vayan los contratantes, si quieren, a celebrar la conclusion del asunto perdiendo miserablemente su tiempo. Poco te importará puesto que no los sigues.

Pero en la sala misma de tu escuela niega tu ministerio a personas que vinieran a reclamarlo al salir de una taberna.

Muchas veces el vendedor, con la esperanza de subir el precio, i el comprador para obtener una rebaja buscan mutuamente el medio de trastornar su razon por medio de reiteradas libaciones. Aquel de los dos que sucumbe en esta lucha indigna necesariamente habrá comprometido sus intereses. Relusa siempre tu ministerio a todo aquel a quien el vino haya exaltado o de-

lilitado las ideas. Poco importa que él mismo haya tendido el lazo en el cual acaba de caer. Aprovecharse del estado en que se encuentra sería una mala accion. La sola sospecha de una connivencia tan vergonzosa podria causar tu deshonra.

Cuando vayas a la ciudad, huye de aquellos lugares donde se reunen los hombres que abusan de sus placeres. Allí se respira un aire mortal para la virtud. Saliendo de ahí te sentirias con ménos ardor para obrar bien. Tus deberes no tendrian ya para tí el mismo atractivo. Esperimentarias una especie de languidez acompañada de un secreto desco de apurar de nuevo esos funestos placeres.

Abrigo la esperanza de que tarde o temprano un reglamento severo prohiba a los institutores la entrada a esos lugares, cuya frecuentacion es considerada por todas las autoridades escolares como una de esas *fallas graves* castigadas por la lei.

Puesto que el frecuentarlas es hacerse culpable, ¿por qué aparecer en ellas ni siquiera una vez? Cuando la frecuentacion de un lugar no es buena, una simple aparicion en él es ya un mal.

CAPÍTULO IX.

MANERA DE VIVIR PROPIA PARA UN INSTITUTOR.

Tócame ahora darte algunos consejos sobre la manera de vivir que te conviene como tambien

a todas las personas de que se componga tu familia.

Estremadamente modesta i sencilla debe ser esta manera de vivir.

Cualquiera que sea la renta que te procura tu empleo, debes rechazar toda mira de lujo. Al rededor de tí todo debe ser de una estremada sencillez. Un aseo irreprochable será el mas bello adorno de tu morada. Nada, en la casa, debe herir las miradas del pobre que viene a confiarle sus hijos; nada despertará en el espíritu de tus jóvenes alumnos ideas de gastos i ostentacion.

No por esto serás mas desgraciado; al contrario, mucho mas vale ménos aparato i mas comodidad real. ¿Crées, por ventura, que en las noches de invierno se goce mas del reposo i bienestar en un rico salon, que en el modesto cuarto en que se agrupan, al rededor de un buen fuego, personas a quienes el recuerdo de un dia bien empleado reanima el corazon?

Debo insistir sobre estas recomendaciones: puesto que desde algun tiempo se busca con empeño el medio de atraer a los institutores a un camino enteramente opuesto.

Créeme, Fabio, si tienes la suerte de vivir en la aldea, no envidies nada a la ciudad; si vives en la ciudad conserva en ella la modesta existencia de la aldea. Así es como serás verdaderamente rico, así es como serás dichoso.

Lleno de estos sabios sentimientos los transmitirás insensiblemente al corazon de tus discípulos. Pero, ten por cierto que, jamás conseguirías

inspirarles amor a una vida modesta si vieran lujo al rededor de tí. Mal se predica la sencillez cuando se evita principiar por dar el ejemplo. Poco nos aprovecha un consejo cuando aquel que lo da es el primero en no seguirlo.

El Gobierno, en cuyo nombre ejerces tu profesion, sabe mui bien a cuántos peligros espon-dria la juventud, si la colocara bajo la direccion de un hombre cuyo ejemplo, en lugar de ense-ñarle la resignacion a una existencia modesta, alimentara en ella la sed inmoderada de las gran-des comodidades. Si el pensamiento del Gobierno, a este respecto, no se te manifiesta siempre por las diversas clases de delegados que cerca de tí lo representan, no por esto deja de existir i debe ser para ti una verdadera lei.

Hermosa i noble tarea es, Fabio, enseñar a la pobreza a estar contenta i satisfecha de sí misma.

Vicente de Paul, ese gran santo, ese hombre admirable, que disponia del derecho de nombrar los obispos en todo el reino, vivia i vestia como un pobre cura de campo.

Entra a uno de esos santos asilos, en donde las hermanas de Caridad se dedican al alivio de los indijentes i de los enfermos. Nada se escasea para este piadoso servicio; la pobreza llega hasta la elegancia, la abundancia hasta el lujo. Pero tratándose de ellas mismas, la sencillez, que para ellas es un deber, sobrepasa todo cuanto uno puede imaginarse. Su traje es tosco, su alimento en extremo frugal i apenas suficiente; sus modestas

veídas no tienen mas adorno que la virtud de aquellas que las habitan. La Superiora no se distingue de sus compañeras sino por su celo mas vivo para honrar la condición del pobre compartiéndola con él.

I sin embargo, muchas de esas hermanas han sido criadas en medio de regalos que parece debieran hacerles esta vida mucho mas penosa. Pero a fin de llegar a ser dignas misioneras de la Providencia entre los pobres, se han hecho pobres, tanto de hecho como de corazon: esfuerzo jeneroso que nada cuesta a su celol

I tú tambien, Fabio, tú tambien serás entre los pobres un misionero de la Divina Misericordia. Esta resignacion a una modesta existencia te costará probablemente poco. Tus primeros años han trascurrido en medio de una honrada pobreza: pues no son los dichosos del siglo los que dedican sus hijos al duro apostolado de la enseñanza primaria.

No te ruborices, pues, de la humilde condición de tus padres, i no te figures que, por haber llegado a ser preceptor, te has elevado sobre ellos. Hijo de un labrador, tú tambien tienes que desmontar i cultivar una tierra ingrata; tambien tienes que regar con tu sudor una mies que no siempre madura. Hijo de un artesano, trabajas en pulir jóvenes inteligencias, muchas veces rebeldes a tus lecciones como lo son la madera i la piedra a las herramientas de tu padre.

Hónrate, pues, de ser un hombre de trabajo,

hijo de laboriosos obreros. Los hombres colocados con mas suerte en la escala social, i que si quisieras igualarte a ellos, te desprecian, te estimarán. La misma vanidad, por poco inteligente que sea, preferirá siempre un hogar honroso entre las modestas existencias que uno ínfimo i disputado en el mundo de las pretensiones.

No te canses jamás de meditar estos prudentes consejos, porque entre las enfermedades que atormentan a nuestro siglo, una de las mas peligrosas es la deplorable manía de elevarse sobre su condicion. Procura no contagiarte con esa fiebre, tú, cuyo deber es el de contribuir tanto cuanto de tí dependa, a su pronta curacion.

Sobre este punto la prudencia está de acuerdo con la moral. Los gastos que necesitaria una manera de vivir un tanto regalada, absorberian los productos de tu empleo i tal vez los sobrepasarían. Es calcular mui mal considerar lo que se saca del trabajo como una renta, i vivir en consecuencia. Si tus emolumentos sobrepasan tus necesidades reales, da gracias a la Providencia, i pon en reserva el sobrante a fin de crearte socorros independientes de una profesion que tal vez no podrás siempre ejercer.

Obrar de otro modo, i crearse, por orgullo, la costumbre de gastar, a la cual será preciso renunciar mas tarde, ¿no es esto una verdadera locura?

CAPÍTULO X.

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LAS AUTORIDADES ESCOLARES.

La lei ha designado para dirigir la junta i arreglar los detalles de la instruccion primaria, al majistrado mas eminente del órden civil, al gobernador; le ha dado por ausiliar un consejo departamental i un visitador de escuelas, i ademas ha querido que, en cada localidad, el subdelegado i el párroco sean los inmediatos vijilantes de la escuela. Ha creado ademas los inspectores de distrito para ilustrar i segundar la accion de estas diversas autoridades.

Tales son los superiores, los protectores i los guias que te dá Fábio, la lei. No solo los respetarás sino que tendrás confianza en sus intenciones tanto como en sus luces. Porque ¿qué quieren o aguardan de tí? Solo que la infancia sea instruida convenientemente i educada con moralidad. Si desempeñas debidamente esta obligacion, su benevolencia es tan segura como la del oficial para con el buen soldado, como la de los jefes de talleres para con un obrero laborioso i aun como la tuya para con el alumno que cumple celosamente sus deberes.

Algunas veces una desinteligencia mui frecuente, sobre todo en el campo, divide a los visitadores de la escuela, al subdelegado i al pastor. No te alarmes por esta desunion; cesará de

existir natural i necesariamente en todo lo que a tí se refiera. Estos dos funcionarios no pueden tener, con relacion a la infancia, mas que un solo pensamiento.

El subdelegado quiere para ella una educacion escrupulosa, el pastor una instruccion esmerada. Comprenderán ellos bien pronto que tú no puedes tener injerencia en sus divisiones sin comprometer un interes que es igualmente caro. Cada uno sabe que necesitas del apoyo del otro tanto como del suyo propio, cuya privacion seria perniciosa para la infancia.

Si, lo que es mui difícil, alguno de ellos cegado por la pasion quisiera instarte a que te separes de esta prudente abstencion que hace tu fuerza, resistirás respetuosa pero enérgicamente. Permanecerás firme en tu deber. Todos aplaudirán tu conducta; la autoridad superior, si necesario fuere, te alentará i aun aquél a quien no has querido acceder te concederá mas estimacion.

Puede suceder que el subdelegado no posea tanta instruccion como tú. No es mui difícil que en la visita i en presencia de los niños dé a conocer su inferioridad por una falta de pronunciacion o de lenguaje. No solo debes ser prudente en hacer notar esa falta sino que debes evitar de hacerla aparecer, sea por un jesto o una sonrisa capaces de ser percibidas. Procura disimularla a causa de los niños sobre todo que, probablemente no la notarán, si tú no te detienes en ella. Convéncete de que no eres el juez del superior de la localidad sino que por el

contrario él es el tuyo. Si carece de instruccion es mas que probable que provenga de circunstancias ajenas i no de él mismo; tú eres el culpable si te falta la deferencia i la caridad. Para él seria una pequeña desgracia la ignorancia de las prescripciones de la gramática; pero seria una mui grande para tí el desconocimiento o la negligencia de lo que prescribe la benevolencia; seria, sobre tolo, un grave mal para los niños el recibir de su maestro el ejemplo de esa falta de urbanidad i de moderacion.

CAPÍTULO XI.

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LAS AUTORIDADES LOCALES.

Tendrás numerosas relaciones con el subdelegado i con el párroco en lo que respecta a sus funciones de supervijilancia de la escuela.

Las que tuvieres que mantener con el párroco serán tanto mas frecuentes cuanto que a tus funciones de institutor tendrás que agregar las mas veces las de capellan laico. Que éstas sean siempre respetuosas por tu parte, que por la de él serán indudablemente llenas de consideracion i de benevolencia.

No olvides en ningun caso que la superioridad de sus luces le pone en estado de darte una sabia direccion; porque todo lo que tu sabes, Fabiό, es mui poca cosa en comparacion de lo que ha debido aprender tu pastor, aun ántes de pre-

pararse seriamente al sagrado ministerio del altar. Los estudios clásicos, largos i dificultosos de por sí, tienen, sin embargo, para perfeccionar los espíritus un poder efectivo que no tienen derecho para poner en duda aun aquellos que no han experimentado su feliz influencia; i es a estos nobles estudios a los que su adolescencia ha sido consagrada. Mas tarde, la relijion le ha iniciado en los mas sublimes misterios de la ciencia de Dios ¿cómo, pues, no ha de ser para tí un excelente guia?

En algunas partes, lo sé, se han suscitado enojosas disensiones entre el sacerdote, encargado de enseñar la palabra de Dios, i el preceptor que, bajo su direccion, debe preparar a la infancia para recibirla. Sin embargo, ¿quién no vé que entre ellos debería reinar siempre la mas perfecta armonía? Si se tratase de averiguar el origen de estos deplorables conflictos, bien pronto se descubriría que ellos no habrian venido a aflijir a las almas bien puestas, si el institutor hubiese sido mas severo en su manera de portarse o mas exacto en el cumplimiento de sus deberes. Bajo este doble punto de vista, el pastor es a veces demasiado exigente; i se le debe guardar agradecimiento por ello.

Hijo sumiso de la iglesia en todo lo que concierne a la fé, acuérdate, Fabio, que en todo lo restante pertenece principalmente a la autoridad civil el derecho de dirijirte. Permanece alejado de las discusiones políticas; ni la multiplicidad de tus ocupaciones, ni la naturaleza

misma de tus funciones te permite mezclarte con ellos. Si, con todo, la necesidad te obliga a tomar parte, acuérdate que el partido del orden, de la sumision a las leyes, de la obediencia a la autoridad, debe contar siempre entre sus mas celosos defensores al hombre encargado de la instruccion moral a la niñez.

Como representante de la autoridad pública, el jefe local debe contar no solo con tu deferencia, sino tambien con tu mas interesado concurso. Jamas hables de su administracion sino con estima, de su persona sino con respeto, de sus intenciones sino con la conviccion de que son puras. Si te hace el honor de consultarte, respóndele con entera franqueza, reprochando en voz alta delante de él todo lo que creas de tu deber censurar. Pero léjos de su presencia no hables de sus decisiones sino para ensalzar su sabiduría, o si te desagradan, que tu desaprobacion no se manifieste jamas sino por tu silencio.

Una conducta tan sabia, te granjeará, Fabio, mas i mas la estimacion de todos; i una conducta contraria produciria de seguro resultados diametralmente opuestos.

Hágase en buena hora la oposicion contra la autoridad, esto no es raro en nuestro país; pero aquellos que la censuran con mas acrimonia, despreciarian en el fondo de su alma al preceptor que tratara de imitarlos; saben mui bien que la infancia debe ser educada en una especie de santuario, en donde la voz de las pasiones no ha de dejarse oír; saben mui bien que el hombre

encargado de iniciarla en la senda de la moralidad, no debe hablar de las leyes sino para proclamar su santidad, i de los majistrados sino para recomendar la obediencia a sus prescripciones.

Tal vez en algunas ocasiones tomes una parte secundaria en la ejecucion de los actos de la autoridad, en calidad de ayudante del jefe político de la localidad, como encargado de los registros del estado civil; te desempeñarás con celo i asiduidad en el cumplimiento de estas útiles obligaciones, i no por esto serás ménos modesto, ni tendrás la presuncion de creer que participas en el ejercicio de la autoridad, porque sus depositarios descargan en tí el peso de algunos detalles subalternos; mirarás con compasion a aquellos de tus compañeros que por ser secretarios del jefe civil i capellanes laicos se alaben de dirigir con sus consejos a la autoridad política i eclesiástica i digan que dirijen la comuna i la parróquia. Tú, Fabio, no tendras la pretension de manejar a nadie, te contentarás con ocupar tu puesto; tu única ambicion será la de dirigir, no la parróquia ni el municipio, sino la escuela; esta tarea es bastante difícil; no aspirarás al peligroso honor de una responsabilidad mas lata.

CAPÍTULO XII.

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LOS PADRES DE FAMILIA.

Todos los niños en la escuela son iguales, i por una consecuencia necesaria, todos los padres son iguales a los ojos del institutor. Si el hijo del jefe político se halla en el número de tus alumnos, el jefe político, como padre de familia, no deberá tener para tí mayor importancia que la que tiene, igualmente como padre de familia, el mas pobre jornalero; lo que nada quitará al respeto de que siempre darás pruebas para con el jefe de la localidad. Si una viuda indijente viene a hablarte de sus hijos, tú satisfarás sus preguntas con tanta complacencia i buen comportamiento, como si tuvieses que responder a una alta señora que te hubiera confiado su hijo.

Jamas permitas, pues, que, como sucede con demasiada frecuencia, algunas familias usurpen en la escuela una importancia tiránica. Estas familias llegan a ser para el establecimiento un verdadero azote, ejerciendo en él una especie de inquisicion; todo debe hacerse para un hijo, éstos deben de ser el centro de todo. Cuidaté de dejarte gobernar de esta manera; por otra parte no se te guardaria el agradecimiento de tu debilidad pues pareceria a esos padres exigentes que tú no hacias en ello mas que cumplir con

un deber. Cuántas veces se les oye decir con todo candor: "Todos los maestros manifiestan por nuestro hijo una predilección esclusiva; ¿i podría ser de otro modo? ¡Es él tan digno de ella!"

No dejes a nadie, Fabio, tomar este injusto ascendiente sobre tu clase i sobre tí. En tus relaciones con los padres de familia, debes alejarte tanto de una baja condescendencia como de una independencia altanera.

Estas relaciones deben siempre hallarse basadas en la benevolencia, i si es posible, ser frecuentes; nada contribuye mas al buen éxito de la educación que una correspondencia constante entre el maestro i los padres.

Cualquiera que sea la injusticia de los reproches que padres prevenidos te dirijan algunas veces, conserva aquella elevada sangre fría contra la cual se estrella toda cólera infundada, compadece en seguida; trata de disiparla i no respondas jamás a la irritación con la irritación, sino con la dulzura.

Es para tí un deber el tener a las familias al corriente de la conducta i del trabajo de sus hijos; pero en el cumplimiento de este deber, hai mayores precauciones que tomar que lo que a primera vista parece. Voi, sobre este delicado asunto, a dirigirte algunos consejos.

Tú deber es decir sinceramente a un padre de familia todo lo que concierne a su hijo; nada de reticencias; en esta parte le debes toda la verdad.

Esta verdad es agradable o desagradable de oír.

Si es agradable dila con placer, pero sin exajeracion. No te sirvas de aquellas espresiones que hacen nacer el orgullo en el espíritu de los niños i que inspiran a los padres esperanzas ilusorias. La infancia se halla sujeta a cambios inesperados; un alumno del que hicieras hoy un cajo pomposo merecerá tal vez mañana los mas severos reproches. Alaba lo que es verdaderamente digno de alabanza, pero deja comprender al mismo tiempo que mas allá de lo que es bueno hai siempre un mejor posible. Que los padres no se figuren nunca por tus relaciones que sus hijos son escepciones o prodijios. Sé modesto para con tus alumnos como para contigo mismo.

Si, al contrario, las noticias que tienes que dar son de una naturaleza penosa e inquietante, debes usar en tus espresiones de mucha moderacion i de mucha dulzura. Hablar de otra manera, seria por lo ménos falta de política, sino crueldad. ¿Se creerá por ventura tu amor a los niños si las quejas que presentas a su respecto llevan el sello de la irritacion i de la amargura? El lenguaje de un maestro no es el de un acusador; es apenas el de un juez, es el de un amigo severo, que se aflige primero que todos de las faltas que se halla obligado a revelar o a castigar.

Voi a esclarecer mi pensamiento por un ejemplo. Un niño ha mentido; tú naturalmente quieres que sus padres sean instruidos de una falta

tan grave, cuéntales, pues, el hecho, pero no vicias; "Vuestro hijo es un mentiroso;" ¡hai en esta manera de espresarse algo de hiriente para la familia, a la que tú pareces considerar como responsable de esta viciosa costumbre que ella ha descuidado en corregir o no ha sabido reprimir: díles mas bien: "tiene cierta inclinacion a la mentira," o, "le ocurre con demasiada frecuencia mentir."

Si el hábito de la mentira llega a ser tan jeneral en el niño que el epíteto ignominioso de mentiroso deba serle necesariamente aplicado, haz creer a los padres cuán penoso te es decirles lo que seria para ellos penoso de escuchar. Usa de estas locuciones: Os digo con dolor, os aviso con el mayor sentimiento. ¡No es esto todo. Manifiesta al mismo tiempo la esperanza de que, gracias a los buenos cuidados de su familia, el niño se corregirá de un vicio tan odioso; i por tu parte preséntate como dispuesto a cooperar con todas tus fuerzas a este resultado.

Un maestro a quien su corazon sujiera estas delicadas precauciones, se hará querer universalmente de todos.

Hai circunstancias, sin embargo, Fabio, en que por la misma piedad, debes manifestarte sin piedad, i esto sucede cuando los padres, con loca induljencia, escusan i aun justifican las faltas que con cierto tino debieran castigar. En este caso hai peligro para ellos, para el niño, para la escuela, i tú no debes temer dar a la espresion de tu descontento toda la enerjía posible.

Sucedará, por ejemplo, que con ocasion de una falta comun, cada uno de los padres de familia, reprobando con acritud la conducta de todos los otros niños, trate de justificar con ceguedad al suyo. "Los demas, dirá él, son culpables, convengo en ello, pero mi hijo es inocente" ha sido arrastrado al complot por aquellos." Rebaja a su justo valor esta ridícula excusa. "El me lo ha dicho, agregará, mi hijo ro me miente jamas." Diles lo que tú piensas a estos jueces prevenidos. Diles que su hijo *miente*, i que ellos son engañados por sus *mentiras*. Si son diez, por ejemplo, no encontrareis uno solo que diga. "Mi hijo ha invitado a sus camaradas a desobedecer ¡es tan indócil!" Sino qué dirán: "Mi hijo se ha dejado conducir por sus compañeros ¡es tan bueno!"

Reprocha severamente con todo tu poder esta absurda debilidad.

CAPITULO XIII.

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON EL PÚBLICO.

Diciendo a los padres de familia todo lo que tú sabes respecto de la conducta i de los adelantos de sus hijos i dando a la autoridad una cuenta exacta de todo lo que concierne a la escuela, llenas con esto un deber de que nada podia dispensarte; pero no debes ir mas adelante. Tus revelaciones no deben ser indiscretas.

mente prodigadas al público. Los extraños no tienen derecho alguno a tus confidencias.

Desde el momento en que lo que digas respecto de algun alumno salga fuera del círculo de tus deberes, no es ello ya una relacion obligada que se hace en tu carácter de jefe de la escuela; son conversaciones que mantienes sin necesidad i sin conveniencia, son comadrerías, es maledicencia. No es necesario mas para indisponer las familias i para destruir su confianza.

Esta libertad de lenguaje tiene algo de ilícito, porque lo que tú puedes saber como preceptor no te pertenece personalmente, ni tienes el derecho de darte por entendido a no ser en el ejercicio de tus funciones.

Murmurar es siempre malo; murmurar de los necios es pueril; murmurar de los niños cuya instruccion nos está encargada, es odioso.

En cuanto a los jóvenes que ya no están bajo tu direccion, no hables de ellos sin alabarlos, i si no puedes esto, guarda mas bien silencio.

La recomendacion que acabo de hacerte no se aplica a aquellas ocasiones importantes, en que se te piden, bajo el sijilo del secreto, esplicaciones confidenciales. En este caso ya no es una lijereza indiscreta la que os compromete a contestar, es el interes de las familias; la sinceridad es un deber.

Por lo demas, sobre esta materia, como sobre todas las otras, te aconsejo ser sobrio de palabras. Habla poco en público, pero sobre todo, habla poco de tí mismo. Los hombres cuya profe-

sion exige un ejercicio frecuente de la palabra adquieren a veces una especie de enfermedad bastante estraña: hablar llega a ser para ellos una necesidad; los órganos de la voz se enaltecen i se hallan en un estado de sobreexcitacion que provoca un ejercicio continuo. Esta manía fatiga su pecho i hace su sociedad insoportable. ¿No deberian, por el contrario, pedir nuevamente al reposo las fuerzas que la fatiga ha debilitado?

El preceptor se halla naturalmente inclinado a entablar conversacion sobre sí mismo; i esto le sucede sobre todo cuando se halla rebosando de su propio mérito, cuando se exajera su propia importancia, cuando, en fin, se cree sobre todos los que le rodean. No cáigas en este defecto, Fabio; un hombre bien educado (i todo preceptor debe aspirar a este título) no ocupa jamas la atencion de los otros en su persona, se sustrae por el contrario. Si se le quiere hablar de algo que le es personal, muda de conversacion; si se hace su elogio, se sonroja i calla.

Con mayor razon no se encargará él mismo de celebrar sus propias alabanzas. Algunos institutores toman candorosamente al público por confidente de lo que piensan sobre ellos mismos: "Ellos obtuvieron en la escuela normal el primer puesto en todos los concursos; la Comision de instruccion primaria quedó plenamente satisfecha de sus contestaciones; el inspector primario i los delegados les guardan grandes consideraciones; el inspector de academia tiene de ellos una excelente opinion, el prefecto mismo los estima."

Si todo esto es cierto, deja a otros el cuidado de proclamarlo; la satisfaccion de haber obtenido tantos sufragios favorables, debe bastarte; desde el momento en que tu vanidad quiera hacer un trofeo de ellos, cesas de merecerlos en parte.

No solamente el institutor debe hablar poco, sino que tambien debe presentarse con poca frecuencia en público; es necesario que sus alumnos le vean mui rara vez, a no ser en el ejercicio de sus funciones; es necesario que no se prodigue a las miradas de la jeneralidad; de esta manera sabrá inspirar a los niños mas respeto, i al público mayor estimacion.

En todas sus relaciones dé el preceptor el ejemplo de una constante afabilidad que es el signo exterior de los sentimientos nobles i jenerosos. Permítaseme citar en este lugar lo que he dicho en otras circunstancias, recomendando a los directores de las escuelas normales el acostumar a sus alumnos a cierta amenidad de costumbres, que conviene a todas las condiciones i a ciertas cortesías mútuas que son compatibles con la familiaridad mas íntima:

“La nacion francesa ha sobresalido por largo tiempo, por sus maneras amables que tanto encanto prestan a las relaciones de los hombres entre sí. Se puede decir que ellas, entre nosotros, comunican a las posiciones mas humildes una especie de gracia i aun dignidad, que muchos otros pueblos no conocen. En una notable obra sobre la Francia, un distinguido escritor ingles

hace notar con admiracion i entusiasmo, que en nuestro país no hai hombre alguno, por mas alta posicion que ocupe, que se permita entrar a la mas miserable choza sin hacer a los que la habitan sus corteses salutations. I esto deberia ser igual en todas partes. El hombre se honra a sí mismo honrando a sus semejantes.

Sin embargo, esta amable virtud, como tantas otras, tiende a decaer de dia en dia entre nosotros. En el mundo elegante se halla reemplazada, se dice, por una noble franqueza; deseo creerlo; pero, en una esfera ménos elevada, ella lo será necesariamente por una brutal groseria.

Los institutores deben contribuir, con la influencia de su ejemplo, a prevenir esta desgracia i a mantener a su derredor, en las relaciones sociales, esta cortesía que forma todo su encanto.

CAPÍTULO XIV.

RELACIONES DEL INSTITUTOR CON LOS ALUMNOS

Una recomendacion que debo hacerte i a la que doi toda importancia, es la de no recibir nada de tus alumnos, miéntras permanezcan bajo tu direccion; esceptúo aquellos casos mui raros en que un antiguo uso autoriza un presente hecho en comun por todos los alumnos, i aun éste seria de desear fuese abolido.

Por lo jeneral, los hombres no dan: ellos prestan o venden. El padre de familia que te envia un regalo, se alhaga secretamente con la espe-

ranza de que tú en pago de él usarás de algunas complacencias para con su hijo; lo que espera de tí, no te engañes, no es que redobles tu severidad; cuenta con que cerrarás los ojos a alguna infraccion de disciplina, i aun que cuando hagas alguna reparticion de premios o de lugares, te hallarás dispuesto a inclinar un tanto la balanza a su favor.

De esta manera ¡qué despecho tan londo se apodera de él cuando sus hijos no obtienen las preferencias que él se esperaba! Por esto se irrita i de buena gana quisiera volver a recoger lo que te ha dado; le parece que tu eres un deudor infiel, o a lo ménos un ingrato.

Presérvate de esta indigna sujecion, de estas innobles sospechas: no establezcas, aceptando de unos lo que los otros no pueden ofrecerte, una especie de desigualdad entre los alumnos, que deben en todo caso ser iguales.

Mira a ese pobre niño que, no teniendo nada que darte, contempla con aire entristecido a sus felices camaradas que se acercan a tí con la sonrisa en los labios i con las manos llenas; su tierno corazon se llena de dolor i se abre al amargo sentimiento de la envidia; se siente humillado, no atreviéndose a levantar los ojos ni sobre ellos ni sobre tí; i cree leer en sus miradas el orgullo del triunfo i en los tuyos el reproche a la pobreza.

Un sabio preceptor rechazará igualmente, a no ser en circunstancias estraordinarias, los servicios que sus alumnos se hallen dispuestos a

prestarle i cuyo precio puede avaluarse en dinero; no permitirá que su mujer tampoco los reciba de las niñas de la escuela; los rehusará con delicadeza, no aceptándolos jamas.

Porque si mas tarde se levantase contra él, en la comuna, una de aquellas tempestades que la mas atenta prudencia no siempre es suficiente a prevenir, los padres de los alumnos que habian escardado algunos rincones de su jardin o prestado algunos cuidados a la limpieza de la casa, dirian: este preceptor hacia de nuestros hijos sus sirvientes, i de nuestras hijas sus criadas.

En la comuna mas tranquila i mejor dispuesta hacia a ti, trata siempre, Fabio, a tus alumnos como si tuvieras que temer de ellos el que algun dia te llegaran a ser hostiles. En todo caso, solo tendrias que aplaudirte por la discrecion i prudencia que te inspiró este pensamiento.

En una palabra, las relaciones con tus alumnos deben ser las de un amigo sábio i sincero. Guárdate de la familiaridad; no permitas jamas que, ni aun fuera de la clase, olviden por un instante la distancia que los separa de ti; pero sé siempre para ellos bondadoso, complaciente i apacible. Manifiéstales interés por todo lo que les concierne. No quiero decir con esto que les vayas a ver frecuentemente si caen enfermos: suponer que esta recomendacion pueda serte necesaria seria ofenderte.

Tienes demasiado juicio para que puedas olvidarte alguna vez de que te hallas en presencia de tus alumnos, para ser desigual en tu manera

de portarte a su respecto, para embromar con ellos en su presencia, para introducirles en la conversacion sobre tu persona o tus asuntos. Sobre este particular nada quiero decirte.

Ama, te lo repito, a esos queridos niños, que Dios, tu país i sus familias te confian; ámalos a todos juntos; ama a cada uno de ellos en particular. Pero aprende a preservarte al mismo tiempo de una indiferencia que sería culpable: de una accion demasiado apasionada que llegaría a ser para tí una fuerte decepcion. Sin duda te avergonzarias de parecerte al institutor egoista i duro que desempeña su tarea como la de un trabajo mecánico i que no experimenta ninguna simpatía por la amable juventud confiada a su cuidado; pero por tu propia dicha, no querría tampoco verte imitar al que se siente animado de una ternura demasiado viva i demasiado inquieta.

Si te figuras pues que porque tu eres un padre para tus alumnos, ellos han de ser para tí hijos piadosos i tiernos, te forjas una ilusion.

Quiero creer que algunos de entre ellos responderán a tus atenciones con una afeccion sincera; quiero creer que todos o casi todos esperimentarán por tí un sentimiento mas o ménos vivo, mas o ménos duradero de simpatía, pero lo que es mui cierto es que en jeneral, en el cambio de afecciones entre el maestro i sus discípulos, i aun entre el padre i sus hijos, los niños reciben siempre mucho mas de lo que dan.

Léjos de mí, sin embargo, el pensamiento de

criticar al maestro que, demasiado amante i dotado de un jeneroso ardor por su mision sagrada, prediga a la juventud todos los tesoros de su afeccion! Sin duda él se espone a decepciones crueles, pero cuan felices serán sus alumnos, si saben serlo. Su palabra que el cielo inflama, enardece las almas mas frias; i al mismo tiempo, como un dulce rocío, hace florecer en los jóvenes corazones en que penetra todos los sentimientos jenerosos.

Si experimenta algunos pesares, no está privado de consuelos, porque hai para una alma tierna una infinidad de goces que el egoismo no alcanza a sospechar. Una lágrima de arrepentimiento, una jenerosa vuelta a la virtud, un noble movimiento del alma, o tambien progresos inesperados i rápidos en el trabajo, le causan tal efusion de placer que todos los pesares se olvidan.

Estos caractéres elevados i tiernos son raros. En cuanto a tí, Fabio, toma un justo término medio entre la indiferencia que te haria culpable, i un celo demasiado ardiente, que te haria desgraciado. Llena tus deberes para con los niños con una ternura tranquila i resignada de antemano a todo lo que pueda suceder.

Imita al sábio duque de Montausier. Este hombre ilustre habia sido encargado de educar al hijo del gran rei Luis IX, i cuando llegó el dia que ponía término a esta difícil i noble tarea, dirijió las siguientes palabras al joven príncipe;

“Desde hoi dia, monseñor, vuestra educacion

se halla terminada. Si sois hombre honrado, me amareis; si no, me aborrecereis i este será mi consuelo.”

El príncipe fué siempre digno de su antiguo maestro.

Tú como Montausier, toma tu resolucion de antemano. Ninguno de tus alumnos será ingrato me complazco en creerlo; pero la mayor parte serán indiferentes, o a lo ménos parecerán serlo: conservando por tí una afeccion sincera, no buscarán las ocasiones de probártela; deseando tu felicidad no harán nada para contribuir a ella.

Fabio, esto no debe turbarte ni sorprenderte. Goza con el reconocimiento de los corazones jenerosos i no te inquietes por lo demas.

CAPÍTULO XV.

EL INSTITUTOR EN SU FAMILIA.

“La vida privada, ha dicho un gran orador, debe estar encerrada entre murallas.” Esta máxima admirablemente verdadera, no podria, sin embargo, aplicarse absolutamente al institutor público, que pertenece al país en los detalles de su vida íntima tanto como en el ejercicio de sus funciones. El país tiene derecho a exigir que la fuente de donde deben salir para sus hijos las lecciones i los ejemplos, sea constantemente pura.

La casa del institutor debe ser como una segunda escuela que reproduzca para la comuna

bajo la forma de ejemplo, lo que en la escuela enseña a la juventud en forma de lecciones.

Fabio! si la Divina Providencia te ha conservado tus padres ancianos a quienes puedas dar una parte de lo que ellos han hecho por tí en tu infancia, estoy cierto de su felicidad; gracias a la delicadeza de tus cuidados, ninguna nube empañará la tarde de su vida. El ejemplo que des a todos los niños hará aun mas sagrado para tí este deber que la naturaleza impone i que el corazon acepta con júbilo.

Toda la comuna admirará, i si me es permitido espresarme así, estudiará en tu casa la union conyugal, los esquisitos cuidados, las complacencias mútuas, i segun el estado de tu fortuna, la comodidad prudentemente administrada o la pobreza noblemente vencida.

Que jamas se vea al institutor en su hogar modesto sin edificarse en la contemplacion de su felicidad tranquila. Que no se salga de su lado sin sentirse mejor. Es así cómo se hará digno de educar a la juventud.

Pero el institutor no puede llegar a este grado de perfeccion por sus solas fuerzas. Es preciso que sea comprendido i secundado. La eleccion de una compañera es, pues, para él, de la mas alta importancia.

Sin duda las ventajas materiales i las gracias exteriores no carecerán de valor a sus ojos; pero lo que debe buscar ante todo, es esa pureza de costumbres que garantiza el reposo de la vida i esa amenidad de carácter que constituye su en-

canto. Es necesario que su compañera razonable i dócil, amante i abnegada, acepte con placer lo que hai de escepcional en la posicion de su esposo. Sin la consideracion pública, no puede nada, i no gozará de esta consideracion sino cuando las personas que lo rodean sean dignas de ella.

Que las ocupaciones del institutor, por multiplicadas que sean, no perjudiquen a sus deberes de esposo i de padre. Que a fuerza de cuidados, de ejemplos alentadores, de dulces advertencias, haga a su mujer e hijos dignos de cooperar a su mas noble tarea, la de propagar los buenos hábitos morales.

Su familia jamas deberá encontrarse mezclada en la division, en los chismes, en las querellas. Jamas de ese apacible hogar, deberán partir palabras convenenadas que hieran la reputacion de otro: la maledicencia, por leve que fuera, seria un crimen. Pero si alguien es atacado injustamente tendrá allí un defensor; el dolor jamas pedirá en vano un consuelo; la inesperienza encontrará útiles consejos. De ese modo, los miembros de esta feliz familia tendrán afecto por su hogar; si consienten en asistir a una reunion de placer, abandonarán ésta sin vacilar cuando se trate de socorrer a los aflijidos i a los enfermos.

Por mas honorable que sea este hogar, debe ser enteramente distinto de la escuela. Cuando el institutor está en la clase, debe guardarse mucho de creerse en su casa; cuando está en su

casa, no debe permitir que las personas que le rodean se mezclen en los asuntos de la escuela.

Si el institutor tuviera hijos, yo le diria: ellos deben ser los mas bien educados i mas instruidos de toda la comuna. ¿Cómo se creeria que cuidas con interes los niños de otros cuando descuidas a los tuyos? Su educación, sin embargo, será tal vez difícil. El hábito de vivir en el mismo hogar arrebatará a la autoridad del maestro una parte de su prestigio; la indulgencia del padre debilitará un tanto las exigencias del institutor; las súplicas de una madre demasiado tierna encenrarán ausiliar en el secreto deseo de no continuar en la familia i en las horas de descanso, los combates que se sostienen asiduamente en la clase.

Si estos motivos opusiesen muchos obstáculos a la buena educación de los hijos, seria útil separarse de ellos. El preceptor haria entónces una especie de cambio con un colega: el tomaria a su cargo la educación de tu hijo i tu tomarias la del suyo a tu cargo. Tendrias en tus manos una especie de rehen que te responderia de sus cuidados, i de esta manera habrias asegurado la educación de tu hijo sin gastos de ningun jénero.

Te indico este medio para las ocasiones en que sea necesario i practicable. Si esta separacion momentánea te es penosa o si por cualquier otro motivo no te conviene, mantenlo en tu escuela, pero redobla para con él las precauciones i los cuidados.

No le interrogues jamas sobre lo que pasa

dentro o fuera de la escuela i rechaza las injenuas confidencias que te quiera hacer. No digas jamas en su presencia nada de lo que concierne a la clase. No permitas que revele a sus jóvenes compañeros lo que sucede en tu hogar. Vela sobre sus amistades. Se en público mucho mas severo i exigente para con él que para con los otros. En sus pequeñas rencillas con sus camaradas, ten de cuando en cuando el valor de imponerle alguna pena o de reconvenirlo, aunque te parezca que tiene razon. La bondad afectuosa del padre lo consolará del rigor obligado del maestro.

Gracias a estas precauciones, tus hijos, prudente i firmemente dirigidos, podrán llegar a ser e importa que sean los modelos de la juventud.

Con la misma atencion que veles sobre tu familia, debes velar asiduamente sobre tí mismo. Aíslate cada dia algunos instantes para entregarte al estudio; no te dispenses jamas bajo ningun pretexto, de la observancia de esta regla. El tiempo, Fabio, nos hace una guerra incesante i nos arrebatata sin sentirlo una parte de lo que hemos adquirido! Al trabajo le corresponde prevenir sus malos efectos. No adquirir es perder. Tus facultades intelectuales así como tu instruccion declinarían rápidamente a tu pesar si la lectura no diese diariamente algun alimento nuevo a tu alma. El único medio de avanzar en la carrera i de no retroceder, consiste en estudiar un poco cada dia. Esta meditacion diaria

aunque no dure mas que media hora, ejerce al mismo tiempo la mas saludable influencia sobre el perfeccionamiento moral. Admirable poder del estudio! aumentando nuestros conocimientos contribuye a hacernos mejores!

CAPITULO XVI.

INFLUENCIA DEL INSTITUTOR.—USO QUE DEBE HACER DE ELLA.

En jeneral, los hombres cuyos hijos educas i con quienes estas destinado a vivir, pertenecen a la clase laboriosa de la sociedad. Todos ellos te considerarán mas o ménos a su nivel, porque aunque muchos sean superiores por sus riquezas, tu los aventajas por tus conocimientos, i lo que tengas de superior a ellos por cualquier título, se compensa necesariamente por la dependencia en que te colocan tus funciones. Mezclado en casi todas las cuestiones civiles i relijiosas como secretario del maire i acólito del pastor, serás para los habitantes de la comuna el lazo que los une a estos tres grandes poderes: el Estado, la Iglesia i la Ciencia.

Esta posicion te asegura respecto de ellos un crédito considerable, i si sabes al propio tiempo elevar tu carácter a la altura de tus deberes i plegarte a las exigencias de tu posicion, te será fácil obtener su benevolencia a la vez que su estimacion; te acordarán, casi sin pensar en ello, una confianza que casi siempre niegan al hom-

bre que por su posición social elevada o por su instrucción se colocó sobre ellos. Con un hombre así se mantienen siempre reservados i si no les parece que sus intereses son contrarios a los intereses, de aquel creen que por lo ménos son completamente diversos. Pero saben bien que sus intereses son tambien los tuyos i la superioridad de tus luces que se complacen en reconocer, los dispone a dejarse dirigir por tí.

Tus consejos, tus conversaciones, tus ejemplos, ejercerán, pues, sobre ellos un verdadero ascendiente. Conviene que aparentes ignorarlo i que este ascendiente no te enorgullezca; pero aprovéchate de él para ayudar al triunfo de las buenas ideas, de los nobles sentimientos.

Trata, sobre todo, de jeneralizar el gusto por la buena lectura. ¿Por qué, gracias a tus esfuerzos, no se podría formar una biblioteca cuyos libros irian por turno a fomar la distracción de las familias en los días de fiesta? El padre leerá en alta voz o querrá que uno de sus hijos lo haga de la misma manera para saber que se ha aprovechado de tus lecciones. Todos los miembros de la familia escucharán con una atención profunda. Instruyéndose a sí mismo, el padre gozará con injenua admiración i tendrá un placer en contestar a las preguntas que le hagan con instancia; las horas correrán rápidas i apacibles. Encantado del empleo del día de descanso prometerá no perderlos en adelante en la impura atmósfera de las tabernas en medio de las groseras diversiones, de las rencillas i de las blasfemias.

¿Por qué (preguntaré de paso) no habria de ser tambien objeto de tus cuidados la pureza del lenguaje? Es una cosa verdaderamente moral dar en todas partes a la espresion del pensamiento la nobleza i la pureza que contribuye a la dignidad del hombre. Es necesario que por la influencia de los preceptores se vca desaparecer insensiblemente esa jerga odiosa a que se muestran tan apegados los habitantes de los campos i de los suburbios de un gran número de ciudades. Por una inexplicable estravagancia estos hombres que entienden perfectamente su verdadero idioma frances natal i que saben usar de él con las personas instruidas, tienen placer en hablar una lengua completamente diversa entre ellos. Esta jerga comienza en las puertas de las ciudades; a medida que se sale mas afuera toma un carácter ménos civilizado i en las poblaciones separadas de los caminos, nada hai de mas ininteligible. La lengua que hablan, es la nuestra, pero de tal manera desfigurada en sus articulaciones, de tal manera alterada en las vocales que no queda nada de la lengua francesa. En cuanto a tí Fabio, aparenta no comprender lo que se te diga en patuense; será mui conveniente que se renuncie a este lenguaje a lo ménos cuando te dirijan la palabra. (1)

Instruido cuidadosamente sobre la jardinería

(1) Esto no se aplica a algunos idiomas que no son el frances corrompido sino verdaderos idiomas, como el turco, el bajo breton, el languedocino, el provenzal.

en la escuela normal, tratarás de propagar por todos los medios posibles la práctica de este arte encantador. ¿Lo creerás? El arte de la jardinería es casi ignorado en un gran número de distritos rurales alejados de las poblaciones. Los árboles frutales son raros i mal cultivados. Entre las legumbres muchas apénas son conocidas de nombre. La vida material carece de mil pequeñas comodidades que, sin embargo, deberían hacer particularmente el agrado de los campos. ¿Por qué no habías de aspirar a esta gloria inocente? El país que habitases te llegaría a serte mas querido i tu mismo te harías mas simpático. Los árboles que, bajo tu intelijente direccion se hubiesen plantado o arreglado en la ciudad, serian para tí una especie de amigos que no podrias mirar con indiferencia; tus paseos serian encantadores. Un célebre sabio, Jussieu, habia importado a Europa desde el Perú una flor poco bonita pero de un olor suavísimo conocida bajo el nombre de heliotropo. Se dice que toda vez que al pasar por las calles de Paris veia esta flor en algun balcon, experimentaba un gran placer. Lo mismo serian las impresiones que experimentarías, Fabio al ver rodeando las casas de la aldea una risueña faja en que todo lo que reverdece i da flores seria debido a tus cuidados, a tus ejemplos i tus consejos.

Te harás así mismo un deber en propagar los hábitos de escrupuloso aseo que has aprendido i practicado con gusto en la Escuela Normal.

Casi en todas las comunas los niños de ambos

sexos marchan sin calzado durante el verano; sus piés no conocen las medias i me atrevo a agregar que para ellos un pañuelo de narices es un objeto de lujo. ¿Qué seria preciso, sin embargo, para dárselos? Sembrar unas pocas hectáreas mas de cañamo, cosa que estas pobres jentes pueden hacer, que sin duda harán, si el preceptor, observando una prudente reserva, se muestra exigente en la represion de este abuso. ¡No es esto todo. Cuántas observaciones no podriais dirijir a los jefes de familia! El desaseo produce la insalud i recíprocamente. Casi en todas partes las casas de las aldeas han sido construidas en los lugares ménos ventilados i esto es ya un inconveniente. Pero, ¿para qué juntar tantos otros? Por qué a sus puertas i bajo sus ventanas hai materias que se descomponen, olores infectos, inmundicias que se dejan fermentar i que trastornan todos los sentidos a la vez? Por qué reina en el interior de las habitaciones tan odiosa negligencia: aquí trapos espuestos a incendiarse, allí objetos húmedos, mas léjos vestidos impregnados de sudor que no se han tenido cuidado de limpiar, en otro lugar lavasas de javón i montones de basuras que dejan escapar miasmas corrompidos? Debes declarar la guerra a todos estos abusos. En nombre de la salud de los hijos recomendarás a los jefes de familia útiles reformas; los hijos llegarán a su turno a ser hombres i pondrán en práctica tus lecciones.

Tu influencia deberá ejercerse sobre todo en favor de las sanas doctrinas. Sin dogmatizar,

sir predicar, solo por medio de tus observaciones podrás hacer a los hombres con quienes tienes relaciones un bien infinito.

Cuando se quiera hacerles fastidiosa su modesta existencia, el preceptor tratará, por el contrario de presentársela cada día mas estimable i mas querida. Hablarás con ternura de los beneficios que Dios derrama sobre una existencia inocente u oscura; condenarás sin injuriar a los que lleven del campo a la aldea i de la aldea a la ciudad, las ilusiones de una ambiciosa esperanza. Sin negar la rara i brillante suerte de algunos, preguntarás si es prudente aventurarse en un mar señalado por tantos naufragios. Hablarás del trabajo como de una cosa santa a los ojos de Dios, honorable a los ojos de los hombres, fuente de la riqueza, salvaguardia de la salud, prenda segura de la felicidad.

Existe, Fabio, en la bella ciudad de Nimes un hombre a quien el cielo ha dotado de un talento extraordinario para la poesia francesa; ha compuesto versos que la Europa entera retiene en su memoria. Este hombre es panadero i por lo demas lleno de conocimientos i de distincion. ¿Cuál crees que es su manera de vivir? Escucha. En lugar de salir de su condicion modesta de recojer aplausos en los salones, de perseguir en Paris la fortuna i los honores, trabaja como un obrero, hace pan; mantiene i educa a su familia con el sudor de su frente, en el trabajo i para el trabajo, i no pide a su talento ni a sus

libros, sino el encanto de sus cortas horas de descanso (1).

Cita siempre ejemplos de esta naturaleza; así es como contribuirás a calmar esta terrible fiebre que hace en el día tantos estragos.

Otra enfermedad no ménos funesta que ataca a nuestro siglo, es el odio a los superiores, cualesquiera que sean.

Enseña el respeto a las superioridades de todas las clases de hombres con quienes vives, i por esto mismo enseña el culto de sus deberes a los que se preocupan esclusivamente de sus derechos, he ahí uno de los grandes servicios que la sociedad espera de vos. Este respeto en un país como el nuestro que goza de todos los beneficios de la libertad, honra tanto mas al que lo profesa cuanto que es el resultado de su voluntad ilustrada i cuanto que una fuerza material no puede imponérselo. Cuán execrable demencia, es tomar aversion a un hombre porque está revestido de una autoridad cualquiera o es poseedor de una fortuna! Combatirás esta locura, Fabio, ménos por lecciones espresas que por prudentes reflexiones i advertencias indiscretas. Gracias a tí se comprenderá que los ciudadanos deben responder con una sumision ilustrada a la solicitud de sus majistrados i de su jefe. Los odios envidiosos i mezquinos darán lugar a esa benevolencia jeneral que se estienda a todos los hijos de una misma patria, que rex-

(1) Reboul, murió en 1864.

petra los dones de Dios doquiera que estén esparcidos i que hace que el hombre, cualquiera que sea su posicion social, en vez de envidiar el puesto de los otros se empuñe en elevar el suyo propio.

No puedo decirlo sin dolor; las superioridades naturales mismas, aquellas que Dios ha creado al instituir la familia parecen ahora ménos respetadas que nunca. En otro tiempo los hijos temian a sus padres i no por eso los amaban ménos. Bajo la guarda de la obediencia filial se conservaban el temor a Dios, la santidad de las costumbres i el respeto a las leyes. ¿Sucede hoy en todas partes esto mismo?

Si prodigando tus cuidados, tus exhortaciones, tus esfuerzos, reanimas este fuego sagrado allí donde esté próximo a extinguirse, si los alumnos que has formado conservan hasta el último momento una tierna condescendencia hacia la voluntad paternal, ¡oh Fabio! los hombres no tendrían una recompensa bastante digna para tí, nadie podría pagarte dignamente sino tu conciencia i el cielo!

CAPITULO XVII.

DEL ÉXITO I DE LAS DESGRACIAS.

Algunas veces el institutor es feliz en todo: la docilidad de los niños, la sabia cooperacion de los padres de familia, el buen espíritu de

que está animada la comuna, siembra de flores su ruda carrera.

Fabio! cuando todo parezca sonreírte i el triunfo corone tus desvelos, da gracias a la Divina Providencia i pídele nuevos auxilios.

El éxito inspira a los jóvenes maestros una seguridad fatal. Se atribuye a su propio mérito lo que no es debido sino a una favorable reunión de circunstancias; se adormece en la confianza que se inspira a sí mismo: no pide ya consejos i muchas veces se extravía. Por otra parte, cuando se triunfa no se vé en torno de sí, sino semblantes alegres; por doquiera se reciben felicitaciones sin cesar: la maledicencia se oculta, para acestar sus tiros en mejor ocasión.

Comprende, Fabio, todo lo que el éxito tiene de confuso i peligroso. Se para tí mismo un censor severo. Cuando seas jeneralmente reconocido, como un maestro hábil, concienzudo, irreprochable, procede siempre como si fueses todavía un institutor novicio, cuya reputacion i existencia pueden estar a la discrecion de todos.

Gracias a esta constante atencion sobre tí mismo, tu prosperidad será durable, o, si algun acontecimiento inesperado viene a turbarla, tu conciencia permanecerá tranquila.

Aumenta el celo, sobre todo, si medallas i menciones honrosas, acordadas por la autoridad, vienen a dar esplendor a tu modesta existencia. No atribuyas estos premios, a tu mérito sino a la benevolencia de los jueces. Míralos mas bien como un estímulo para animarte en adelante,

que como la recompensa de lo que has hecho.

Piensa que aun se espera mas de tí desde que se te ha colocado en una posicion exepcional, mas alta que la de tus émulos.

Te recomiendo tanto la modestia en los triunfos, como la firmeza contra el desaliento i contra las desgracias casi inseparables de tu profesion.

Algunas veces estos disgustos son bien amargos. Tus intenciones son desconocidas, tus esfuerzos no son secundados, la autoridad te abandona, los parientes te contrarian, los niños son indiferentes i aun rebeldes a tus cuidados. Estais sin cesar en movimiento, i nada avanza; eres de fuego i a tu alrededor todo esta helado. Te preguntas en las tardes, las semanas i los meses: "¿Qué es lo que he obtenido?" i tu conciencia, te responde con dolor: "Nada." Sin duda esto es penoso; pero guárdate bien de desalentarte. El desaliento proviene siempre o de la pequñez de espíritu, o de la debilidad del alma. El abatimiento quita al institutor toda la enérjia de que tiene necesidad, i le encierra en un círculo fatal, del cual no puede ya salir. Se desalienta por que no puede triunfar i no trianfa porque está dominado por el abatimiento.

Nada hai que no alcance una voluntad decidida: la palma pertenece a la perseverancia. Con valor i paciencia disiparás las prevenciones, vencerás la pereza, ahogarás la malquerencia; i euanto mas te haya costado el triunfo, tanto mas honroso será este.

Una prueba mas dura te está acaso reservada todavía.

Algunas veces, bajo pretextos por demás frivolos i con frecuencia estraños a la manera con que el institutor llena sus funciones, una parte de los habitantes de la comuna le declara una guerra injusta.

La malignidad de sus enemigos llega hasta el furor. Inducen por toda clase de medios, a las jentes honradas a asociarse a su complot; i declaran las hostilidades a todo aquel que proteja al institutor. La discordia hace progresos dia a dia. Los amigos, los parientes, los vecinos se malquistan. Las invectivas no se hacen esperar; la maledicencia las propaga, la calumnia las envenena. No hai recurso que no se invente. Con el propósito de hacer creer que el institutor ha perdido la confianza de las familias, los padres envian en un invierno riguroso i por medio de la nieve, todas las mañanas a sus hijos a cualquiera escuela bien distante. Iñdagan i calumnian su pasado para destruir su porvenir. Un lijero movimiento de vivacidad, olvidado durante veinte años es representado como un acto de ferocidad brutal; las acciones mas inocentes llegan a ser el objeto de las mas graves imputaciones.

En este estado de irritacion no le queda al institutor ninguna defensa de su conducta, cualquiera que ella sea: es culpable si se habla; culpable, si guarda silencio. Si se defiende, se quejan con acritud como si los hubiera atacado; si permanece tranquilo, se querellan de todo ante

la justicia del prefecto i del consejo departamental, concluyen que el institutor se reconoce culpable i pretenden que su silencio es una confesion. Le imputan todo el ruido que han hecho con su ocasion i lo acusan de todo el desórden que han suscitado para perderlo. "Es increíble, dicen, que por un solo hombre arda toda la comuna." Si los jueces reconocen su inocencia, esta decision es acogida con exclamaciones de furor, i esperan que a fuerza de renovar los denuncios, acabarán por hacerlos triunfar.

A semejantes ataques opóndrás, Fábío, una paciencia i dulzura inalterables. Pero si ellos se prolongasen, qué deberás hacer? ¿Persistirás en mantenerte en una comuna en que tu presencia es causa incesante de escisiones?..... Casos hai en que debes quedarte. Si tu moralidad es atacada por la calumnia, ceder seria un acto de debilidad; ofrecerias la apariencia de reconoceros culpable. Pero, si no se tratara sino de incompatibilidad de caracteres i si amigos prudentes te aconsejasen ceder a la circunstancia, créelos, i solicita de la autoridad que te designe otra residencia, en que tu reposo pueda conciliarse con el cumplimiento de vuestro deber.

Es penoso, sin duda, renunciar a relaciones honorables, abandonar lugares que se aman, ver disiparse los dorados sueños para el porvenir: la separacion es cruel; pero, despues de la amargura de este primer momento, se gozan las delicias de la calma que sucede a la tempestad; la nueva mansion elejida se embellece con los en-

cantos de la antigua, sin que vean reproducirse en ella ni las decepciones, ni los peligros.

Por donde quiera que vayais, Dios estará con tigo, si tu alma permanece digna de su presencia. En cualquiera parte en que el hombre honrado pueda llenar con buen suceso una tarea honorable, no debe creerse, en manera alguna, desestimado. Su verdadera patria está allí donde saben apreciar su virtud i donde le es dado hacerla útil.

CAPÍTULO XVIII.

RETIRARSE OPORTUNAMENTE.

Cualquiera que sea el amor que tengas al cargo que desempeñas, vendrá quizá el momento en que tendrás que renunciar a él voluntariamente.

Sin duda que son muy dichosos aquellos cuya edad no disminuye la fuerza i cuyos trabajos no tienen otro término que el término mismo de la vida. Pero no es dado a todos los hombres el poder conservar toda la energía de sus facultades, hasta el último momento. La enseñanza es un cargo muy penoso: gasta las constituciones mas vigorosas; el peso de la edad agobia al institutor antes que a los demás hombres.

Cuando conozcas que no puedes desempeñar como antes estos deberes, renúncialos. No esperes que los recuerdos de un pasado honorable te den una indulgencia que no se te acordará

probablemente. Toda otra consideracion debe ceder a la del deber.

La lei te asegura un retiro si eres miembro de la enseñanza pública: aprovéchate de este favor. Si eres institutor libre usa del derecho que te pertenece, poniendo a la cesion de tu establecimiento condiciones que te sean ventajosas.

Si no tienes la vista bien penetrante, el oido mui fino, los movimientos prontos para velar con buen éxito sobre esta multitud de jóvenes atolondrados, tan hábiles para descubrir las imperfecciones de sus maestros, como activos para aprovecharlas; si tu memoria vacila, si tu voz desfallece, si la clase te pareciese mui larga, si los niños te incomodasen demasiado i, sobre todo, si sientes debilitarse en tí esta voluntad enérgica que solo puede operar el bien, no vaciles: cualquiera que sea el amor que hayas conservado a tu cargo, por necesario que te parezca a tu existencia, retírate.

“Me veré, pues, me diras quizas, condenado al aislamiento i reducido a vivir de una pension que no será sino lo mitad de mi sueldo anual, o de una módica renta arrebatada a los beneficios de mi sucesor?”

Yo te responderé: “vale mas vivir en la independencia que dejar de ser un hombre honrado; i tu merecerias este título, si reconociéndote incapaz de educar bien a los niños persistes aun en encargarte de esta tarea.”

Que ganarias tú con este capricho? Esa dimision que no habrias hecho voluntariamente,

te será luego impuesta, o, si el establecimiento te pertenece, los alumnos te serán retirados. Se notará la deficiencia de tus fuerzas, i por consiguiente la decadencia de tu escuela.

No te imagines que te se mantendrá en tu puesto, o que se dejará a los niños bajo tu dirección, por reconocimiento. Con qué derecho se sacrificaría la educación de los niños a consideraciones personales?

Pero la objeción que haces se desvanece ante un exámen serio; puedes ver sin temor llegar a este término fatal si te has preparado recursos.

Estos recursos son de dos especies: Desde luego mi tesoro de afecciones que sea la corona de vuestra vejez. Ten seguridad de recibir esta recompensa, si la has merecido. Aquellos mismos que animaban contra ti la envidia u otras pasiones te harán entonces justicia.

Al fin de tu carrera, encontrarás pocos indiferentes, no encontrarás ya ingratos.

En segundo lugar, recursos materiales; si haz sabido ser previsor, no te faltarán.

Persuádete, Fabio, que no hai economías insignificantes. No hai institutor que apesar de las retenciones hechas sobre su sueldo en virtud de la lei sobre pensiones civiles, no pueda hacer algunas economías; hazlas; une tambien tus recursos de familia, que no habrás ciertamente disipado, i cuando llegue el momento de la retirada, te encontraras casi rico.

Créelo, Fabio, gracias a este espíritu de prevision i de economía que se consigue tambien

con la práctica austera de todos los deberes, no hai una escuela por pobre que sea que no pueda asegurar a un preceptor, en su ancianidad, la dignidad i la independencia.

SEGUNDA PARTE

La clase.

CAPÍTULO XIX.

CELO.—PACIENCIA.

Para que un institutor obtenga buen éxito en su enseñanza, le son sobre todo indispensables dos cualidades, el celo i la paciencia.

El celo se compone de dos sentimientos, el amor al deber i la adhesión hacia los educandos: el amor al deber hace al celo activo, vigilante, infatigable; el cariño hacia los discípulos le hace atento, tierno, ingenioso.

Sin celo, el hombre mas instruido no es otra cosa que un detestable institutor; su ciencia permanece encerrada en sí mismo, o no se traduce exteriormente bajo una forma que haga fácil su trasmisión; se fastidia de su enseñanza, i, por una consecuencia inevitable, su enseñanza fasti-

día también. Los malos hábitos pululan tan rápidamente en esta clase descuidada como las yerbas dañosas en un campo mal cultivado.

Con celo, por el contrario, un hombre poco instruido llegará fácilmente a ser un institutor estimable. Desde luego enseñará a sus discípulos todo lo que sabe, i si esto es poco para un maestro, es bastante para sus discípulos; en seguida trabajará con ahinco por su propia instruccion; pedirá consejos, se ilustrará en las conferencias i aprovechará el tiempo de vacaciones para asistir a los cursos suplementarios que con tanta abnegacion ofrecen los directores de escuelas normales. En fin será en breve tan inteligente como celoso, i prestará a la comuna que tenga la fortuna de poscerlo, útiles servicios; al paso que el hombre instruido i desprovisto de celo será considerado como un azote, para desembarazarse del cual no tardarian en arbitrar los medios convenientes.

No te entregues, sin embargo, ciegamente a tu celo. Por mas laudable que éste sea, trata de ilustrarlo con una série de observaciones sobre tí mismo: no se consigue dirigir acertadamente a todos los hombres valiéndose de los mismos medios.

Un institutor demasiado impetuoso, no sabe detenerse en la expresión de su disgusto; salva los límites e irrita, en vez de intimidar; que se asile, pues, siempre en una reserva fria e impasible.

Otro sabe conservar la dignidad en la emo-

cion; tiene en la mirada i en la voz, animadas por un lejítimo desagrado, algo que subyuga, que intimida; que éste hable de propia autoridad i se hará obedecer.

Hai otros, cuyas palabras dulces i amistosas despiertan a la vez el respeto i la ternura: escuchándoles, el corazon de los niños se emociona i en sus ojos no tardan en aparecer lágrimas. Esos hombres favorecidos del cielo, podrán obtenerlo todo por el consejo i la amistad.

Entre otros, al contrario, la expresion de una suave bondad tiene algo de vulgar que aleja el respeto; estos no deben procurar parecer buenos, deben contentarse con mostrarse justos.

En una palabra, el celo del preceptor debe ser constantemente iluminado por la prudencia i por el conocimiento de sí mismo.

El celo debe ir acompañado de paciencia: estas dos cualidades son reciprocamente indispensables. El celo sin la paciencia no es otra cosa que un arrebato temerario; la paciencia, sin celo no es siquiera digna de ese nombre; no es sino una deplorable apatía.

La paciencia, virtud santa i jenerosa, no consiste, como podria creerse, en una especie de insensibilidad i de resignacion, sino en una lucha incesante contra la ignorancia que tratamos de alumbrar, contra los defectos que queremos vencer, contra los obstáculos que procuramos avasallar.

La paciencia exige, pues, una série de esfuerzos, pero estos esfuerzos son puramente internos;

esteriormente nada aparece. El alma libra verdaderos combates, pero el semblante, la mirada, la voz permanecen profundamente serenas.

Es raro que la paciencia no triunfe aun de las circunstancias mas adversas i es imposible que sin los recursos de la paciencia se pueda alcanzar un gran resultado. Esta verdad se aplica particularmente al institutor. No concibo un institutor sin paciencia como no concibo un sacerdote sin caridad, un soldado sin valor.

El celo paciente es incompatible con un defecto contra el cual no me cansaré de precaverle, i que consiste en una especie de contemporización o de lentitud mas cercana a la negligencia.

Podemos abundar en buenas resoluciones pero estas buenas resoluciones no se llevan a efecto. Abrigamos excelentes ideas pero estas permanecen en la mente, en el estado de ideas; i no se traducen exteriormente ni por esfuerzos ni por actos.

Nos complacemos en la agradable perspectiva del bien que vamos a hacer i diferimos su ejecucion para el dia siguiente. Los dias suceden a los dias, los meses a los meses, i nada se ha hecho. Esta medida, cuya eficacia hemos ya reconocido, no ha sido puesta aun en ejercicio; este registro, en el cual debemos inscribir tantas cosas, no ha sido comenzado todavia o no presenta sino unas cuantas lineas escritas; este niño, al cual debemos dar como premio algunas distinciones particulares las espera todavia.

Este defecto a que están sujetos tantos hombres por lo demás estimables, es tanto mas peligroso cuanto que pasa, por decirlo así, desapercibido. Las faltas que la negligencia produce inquietan poco a la conciencia porque van acompañadas de una firme resolución de repararlas incesantemente. La esperanza alhagüeña que nace de esta resolución mantiene al alma en una calma engañosa. Hoy no nos inquietamos de una deuda que debe ser pagada mañana; pero este mañana tiene, por desgracia, otro mañana, i el día prometido no llega jamas.

¿Si una cosa te parece buena, por qué no la haces al instante? Si ella impone sacrificios ¿no los impondrá tambien al día siguiente? Sin duda. ¿Qué digo? Ellos serán mayores aun; la debilidad de carácter que te hace contemporizar hoy, tendrá sobre tí mas imperio mañana, puesto que ha alcanzado yá una victoria mas sobre tu voluntad. La mala disposicion del alma se fortifica necesariamente con las concepciones que se le hacen.

Guardate, pues, de esta fatal debilidad i no dilates jamas para el día siguiente la ejecucion de una buena idea.

CAPITULO XX.

EXACTITUD.

Una de las pruebas mas seguras para conocer el celo de que está animado el institutor, es la exactitud.

Un institutor es exacto cuando se sujeta el mismo i sujeta tambien a los discípulos al cumplimiento de todos sus deberes sin escepcion, en el tiempo prescrito, i de una manera conforme con los reglamentos.

La verdadera exactitud supone necesariamente cuatro cosas: la preparacion, la puntualidad, la asiduidad i el espíritu de progreso.

Yo no concibo una clase bien desempeñada sin una preparacion mas o ménos larga, i siempre concienzuda. Detesta, Fabio, el presuntuoso abandono de esos jóvenes, cuyo espíritu, todavía ocupado de ideas estrañas a su enseñanza, se arrojan inconsideradamente en medio de las dificultades de que está llena la clase. ¡Orgullo ridículo, o lijereza imperdonable! Prepárate al ménos una vez cada dia. Recapitula los trabajos de la clase precedente, revisa tus notas, estudia lo que tienes que decir, haz de antemano todos los aprestos i materiales que pueden economizar el tiempo destinado a la instruccion.

Un cuarto de hora de preparacion hecha por el maestro, vale para los discípulos una hora mas de leccion.

Sobre todo piensa, algunos instantes en tí mismo, invoca la asistencia divina, no solamente con los labios, repitiendo algunas palabras piadosas, sino del fondo de tu corazon, i pide con solicitud, enerjía, paciencia i bondad.

La puntualidad del maestro no es como la del discípulo. El retardo del alumno solo a él daña; el del maestro perjudica a todos. El discipu-

lo está al abrigo de reproche si alcanza a llegar a la hora precisa; en tanto que el maestro es censurado si no está de antemano.

En efecto, si solo te vas a la hora precisa verás que a tu pesar muchas veces llegas tarde. ¿No pueden detenerte mil obstáculos imprevistos? Ya es un padre de familia que te encuentra en el camino; ya una recomendacion que te olvidaste de hacer al salir, i la cual te obliga a volver sobre tus pasos; ya un papel o un libro que necesitas i que no lo encuentras tan pronto como lo esperabas. Prepárate de manera que estés siempre pronto un cuarto de hora antes del momento prescrito: si sobrevienen entónces estos pequeños entorpecimientos siempre llegarás a tiempo.

Por otra parte, si la hora se acerca tendrás que apresurarte, i un hombre que se apresura pierde la gravedad que conviene a tu profesion. Si encuentra a alguno, está obligado a mostrarse impolítico, por ser exacto. Casi siempre, cuando llega está irritado contra sí mismo i contra los otros; esta disposicion de espíritu, es desagradable para començar una clase.

Te sería fácil evitar estos inconvenientes si, como sucede de ordinario, habitases la casa de la escuela. Pero se ha notado que los institutores alojados cerca de la clase son algunas veces los mas atrasados para llegar a ella; como no tienen presente la distancia no piensan en la hora, sino cuando la oyen sonar.

Tu asiduidad debe estar siempre libre de reproche. No te permitas, como algunos instituto-

res, ausentarte de la clase, dejando a un discípulo el cuidado de dirigirla. Este abuso es desgraciadamente muy común. Casi siempre que el institutor se ausenta, encuentra quejas i desórdenes a su vuelta. Se irrita, castiga; pero, a decir verdad, él es el culpable. Los niños no habrían faltado a su deber si él hubiese llenado el suyo.

Por una regla inviolable i sagrada de la Universidad los discípulos no deben quedar solos jamás i los institutores primarios deben ceñirse estrictamente a ella. No hai motivo que pueda autorizar una ausencia de mas de cinco minutos.

Pero el alcalde te hace llamar.

El alcalde será el primero en vituperarte si para cumplir sus órdenes no esperas que haya terminado la clase.

El cura necesita tu cooperacion.

Debiste estar prevenido desde la víspera para arreglarte de manera que las clases sufrieran poca alteracion.

Si un padre de familia quiere hablarte, que venga cuando estés libre. El tiempo de la clase no pertenece ni a él ni a tí, sino a su niño i a todos los otros.

¿Qué diremos de los maestros que reciben visitas en la escuela, que se ocupan de asuntos personales, que abrevian la duracion de la clase, i que se permiten dar asuetos sin autorizacion?

Todas estas faltas son graves: para merecer

el título de institutor concienzudo i hábil no basta evitarlas; es preciso trabajar, no solamente con puntual asiduidad sino tambien con lo que yo llamaria un espíritu vigoroso, es decir con esa perseverancia razonada que permanece invariable. Esta cualidad falta a un gran número de institutores. Sus esfuerzos no son coordinados ni progresivos; cada cosa se hace con cuidado pero sin relacion con aquellas que deben venir despues. No basta que las clases se continúen es necesario que se encadenen

El institutor que tiene un verdadero espíritu de progreso no abandona nada a la casualidad: no va temerariamente de una idea a otra; acaba todo lo que emprende, i no emprende sino lo que se cree capáz de acabar. Se dice cada día: "Hai un objeto que yo persigo, estoi léjos de él, es preciso alcanzarlo. Hai una parte de la enseñanza que deja qué desear, es un vacío; yo lo haré desaparecer. La mayor parte de los discípulos han obtenido un resultado que otros esperan todavia, es necesario pues que éstos tambien lo alcancen."

CAPÍTULO XXI.

BONDAD.—SEVERIDAD.

No basta ser celoso, paciente, exacto; es preciso tambien tener autoridad sobre los niños i hacerse obedecer. La obediencia de los niños ha

conducta, seductora quiza en teoría, es absurda en la práctica. Si el niño comprendiese todas las consecuencias de su conducta, si reflexionase antes de hablar, si supiese sacrificar un goce presente a una ventaja futura; en una palabra, si tuviese como nosotros razon, i ademas su amable inocencia, la pureza de sus juveniles ideas i toda la castidad del corazon, seria entonces superior a nosotros. No esperemos una cosa tan contraria a la naturaleza.

Nada es mas fácil para un espíritu recto i firme que obtener todo de los niños por la autoridad. Mucha locura seria querer sustituir a este medio, la accion de razonamientos mal comprendidos i bien pronto olvidados. Muchas cosas debe prohibírseles i por prudencia no ha de esplicárseles la causa de tal prohibicion. En muchas ocasiones en que el razonamiento los conduciria a su pérdida, solo la obediencia puede salvarlos.

Se ha hablado de conducir la juventud únicamente por el sentimiento. Esta manera de educar no seria quizas, en rigor, imposible para un niño aislado, cuyo buen natural hubiese sido dirigido desde la cuna por una prudente ternura i que una vijilancia de todos los instantes hubiese podido sustraer de las malas impresiones. Pero desde el momento en que los niños están reunidos i forman lo que se llama una clase, la lijereza de los espíritus juveniles se aumenta por el contacto reciproco, i solo la autoridad puede impedir que dejeneren en una disipa-

cion que todo lo perderia. ¿Deberíamos hacer en cada falta un llamamiento a sus sentimientos? Esto seria profanar las cosas mas santas, abusando de ellas a cada momento; no se debe hablar al corazon sino en las grandes ocasiones.

Tratándose de educacion hai teorías que son inocentes, mientras no sean otra cosa que teorías, pero desde el momento en que un maestro imprudente quiere ponerlas en práctica dejan de ser tales, pues no se hace esperiencia de ellas sino a costa de la juventud, cuyo porvenir comprometen.

Sé, pues, mui severo en el ejercicio de esta noble virtud que se llama induljencia. La inoportuna induljencia conduce a los niños al mal, es decir, cuando su arrepentimiento no es profundo, i sincero, i, sobre todo, cuando la falta no carece de malicia. Los niños no te agradecerán tu bondad, ni la comprenderán; no verán mas que la impunidad que los hará mas malévolos. Los caracteres falsos, los malos corazones, que no faltarán entre ellos, son incapaces de comprender los sentimientos elevados; tomarán por debilidad tu induljencia. ¿Quién puede prever hasta dónde irá entónces su insolente perversidad? Por su propio interés les conviene que seas severo.

Si una falta ha sido cometida contra tí, no cedas a un momento de jenerosidad por temor de que el castigo parezca venganza. No sufras jamas que se ultraje en tu persona al maestro. Faltas de este jénero son mortales para la disciplina; si se repitiesen con frecuencia la clase

seria imposible, valdria mas que se cerrase, porque se tornaria para los niños en escuela del mal. Niños que no tengan respeto a sus maestros, a nadie respetarán, mas tarde se burlarán de sus padres, de los majistrados i de las leyes.

CAPÍTULO XXII.

ESTUDIAR EL CARACTER DE LOS NIÑOS.

Si conoces perfectamente el carácter de los niños confiados a tus cuidados, podrás emplear con buen suceso los resortes de la intimidacion i del cariño. Los niños tienen rasgos de carácter que son comunes a todos; pero hai una infinidad de cualidades particulares que establecen entre ellos notables diferencias. Quizá no es mas difícil hallar dos hojas de árboles enteramente semejantes que dos caracteres de niños perfectamente idénticos.

Tratar de reducirlos todos al mismo nivel seria pretender violentar la naturaleza; querer dirigir a todos por los mismos medios seria tentar el imposible. Estudia, pues, cuidadosamente esos diversos caracteres; recoge todas las indicaciones que sus padres, sus vecinos, sus amigos te trasmitan; obsérvalos sin afectacion en los paseos i juegos, en que el natural, desligado de las trabas de la clase, se da a conocer en toda su libertad; procura ganar su confianza i obtener de ellos la revelacion de los secretos pensamientos que guardan sus corazones. Por medio

de un estudio semejante llegarás a conocerlos bien i podrás emplear, respecto de cada uno de ellos, los resortes mas adecuados a su peculiar naturaleza.

Hai algunos niños, cuyos caracteres vivos i juguetones, no saben tomar nada a lo sério, i cuyas faltas, causadas siempre por lijereza, quedan bien pronto sin consecuencias.

Otros hai de humor sombrío i violento que cuando hacen el mal lo realizan con una premeditación culpable.

Respecto de algunos, el exterior dulce, modesto, suave, es el indicio cierto de que poseen las cualidades mas estimables; respecto de otros, aquel mismo exterior suele ocultar una profunda hipocresía i servir de velo a todos los vicios.

Hai algunos (apénas oso decirlo) a los cuales es preciso no manifestar jamás el sentimiento de la amistad; la afección que se les demuestra los pone orgullosos o insolentes.

Entre los niños, hai tambien algunos a quienes es menester no herir con palabras ardientes; exajeran la significacion de ellas, se creen objeto de la indiferencia i del desprecio, se desalientan i no trabajan mas.

Otros, por el contrario, languidecerian, si no fueran estimulados por palabras vivas. Sin la animación exterior del preceptor que se comunica a ellos, se adormecerian en una incurable apatía.

A unos es menester hablar con cierta amisto-

sa familiaridad, que los anima i los llena de gozo i esperanza.

Para otros, la voz debe ser siempre grave, la fisonomía severa; es preciso tenerlos a cierta distancia.

El temor es para algunos eficaz, preventivo; al paso que para otros solo es causa de desaliento.

Niños hai tan vehementes, tan impetuosos, que aun en el ejercicio del bien es preciso moderarles, i emplear sin descanso la brida i el freno.

Los hai tambien cuyo interior no puede ser descubierto, sino empleando una suspicaz penetracion. Bajo un exterior casi estúpido ocultan un espíritu perspicaz i una sensibilidad profunda.

Me detengo, porque seria una tarea sin término la clasificacion de los rasgos característicos que distinguen entre sí a los jóvenes discípulos.

Se me dirá quizá: "Entre esos diversos caracteres, pocos son los dóciles i bellos. ¿Vale acaso la pena de que nos impongamos tantos sacrificios para dirigir al niño apático, al indolente, al que se siente exasperado por la justa severidad, al que incita al mal la bondad indulgente? No bastaria, por ventura, someterlos a la obediencia por el rigor?"

Una objecion semejante no debe salir de tus labios. Bien sabes, Fabio, que el institutor que tratara inconsideradamente a esas almas jóve-

nes, las colocaria infaliblemente en la pendiente del mal; i sabes tambien que el único medio de mejorarlos es usar con cada uno de ellos el remedio propio para alejar la dolencia que le aflige.

Qué pensarías de un médico que desdenara consultar el temperamento de sus enfermos i que aplicara a todos indistintamente el mismo tratamiento? No lo mirarías con razon como un asesino? Un preceptor que obrara de la misma manera, no podría con sobrado fundamento ser considerado como el asesino de esas almas injenuas que le han sido confiadas?

Al principio de tu profesion te equivocas acaso mas de una vez en la apreciacion de los caracteres. Pero cuando tus propias observaciones o las sábias advertencias de un superior o de un amigo te indiquen el error, apresúrate sin tardanza a repararlo. A medida que vayas avanzando en tu profesion, las faltas se irán haciendo mas i mas raras. Insensiblemente adquirirás no solo aquel tacto que hace apreciar pronta i acertadamente los caracteres, sino tambien aquel hábito que nos marca desde luego, i sin darnos cuenta de ello, la conducta que debemos observar con cada uno de los niños para alcanzar el fin deseado.

CAPÍTULO XXIII.

INSPIRAR CONFIANZA A LOS NIÑOS.

Ante todo i principalmente procura conciliar-te la confianza de los alumnos.

La confianza está fundada en la estima i la afección: no se conquista por una orden ni es tampoco susceptible de ser impuesta. La confianza tiene su fuente en el corazón, en este asilo inviolable de la voluntad individual, que una voluntad extraña puede abrirse por medio de la persuasión, pero que jamás llegaría a conseguirlo usando de la violencia.

No olvides esto, Fabio: el alumno está obligado a obedecerte; es un deber que necesariamente ha de llenar, i al cual, si intentara sustraerse, puedes forzarle empleando los medios convenientes. Pero, él no está obligado a tener en tí confianza, i si te la rehusa te sería imposible arrebatársela. Podrás arrancarle algunas demostraciones exteriores, algunas fugidas palabras, algunas promesas ilusorias; pero nada alcanzarás sobre sus sentimientos, i, cuando obtengas de él algunas manifestaciones de una afección que no abriga, no habrás hecho otra cosa que agregar al mal de la desconfianza el mal del disimulo.

Esta soberana independencia del corazón del discípulo es un hecho, acerca del cual no se ha meditado en jeneral lo bastante.

Los cuidados del padre i de la madre son tan incesantes i tan desinteresados, su ternura es tan ardiente, tan expansiva que la confianza del niño se desborda, por decirlo así, hacia ellos desde luego por un movimiento natural e instintivo; mas tarde, a la luz de la razón paternal se encienden los primeros resplandores de la su-

ya. La confianza tiene, pues, a la vez, como deber, toda la brillantez de un axioma, como sentimiento, todo el calor de que un corazón juvenil es susceptible.

Pero respecto de cualquiera otra persona, este corazón joven, esta inteligencia que nace reivindica sus derechos i se mantiene en una completa indiferencia. La infancia no puede disponer sino de un solo tesoro: su confianza: i no lo acuerda sino espontáneamente.

A nadie le ha ocurrido jamás decir a un niño: "Te ordeno que estimes.... Yo exijo que tú ames...." Nó; cuando se quiere que ame, que tenga estimación por alguna persona, se procura presentar ésta a sus ojos con colores favorables, se le dan a conocer sus buenas cualidades, se hace el elogio de su conducta; en una palabra, se trata de persuadirle."

Medita bien esto, Fabio, i si quieres que el discípulo te acuerde su confianza, es decir, que te ame i que te estime, convéncele, por medio de tu conducta, de que no podría tener cerca de sus parientes ni mejor guía ni mejor consejero que tú.

Te citaré a este propósito la respuesta que dió un día un preceptor a su discípulo.

Este preceptor se había encargado hacia algunos meses de la educación de un niño de doce años, lleno de viveza i de caprichos i excesivamente minado hasta entónces. A la dulzura i la paciencia, el maestro unia la exactitud i la firmeza, cualidades que no eran del agrado del dis-

cipulo. El niño no acordaba a su maestro sino una sumision exterior permaneciendo su corazón indócil. Su conducta se resentia necesariamente de esta mala disposicion; sus progresos eran casi nulos porque estudiaba con disgusto, i, sin olvidar jamás para con el maestro las reglas de la conveniencia, le dejaba conocer sin embargo claramente la marcada aversion que por él tenia. Un dia que este sentimiento se manifestó con mas viveza que de ordinario, el preceptor le dijo: “yo os obligaré a cambiar.”—“¿I cómo?” replicó el niño mirándole con aire frio e irónico.—“Os amaré tanto replicó el maestro que al fin os vereis obligado a amarme.” Antes de un año la predicción estaba cumplida. El niño reconoció en su maestro un afecto tan verdadero i cualidades tan nobles, que la aversion fué dando lugar insensiblemente a una sincera amistad. Esta amistad dura todavia mas viva que nunca, apesar de que su educacion fué hace largo tiempo terminada.

Por lo demas, no te será difícil obtener esta estimacion, sobre la cual está basada la confianza, si te muestras tal como creo.

No hai nada que inspire a los alumnos mas confianza que la sinceridad i la franqueza; nada hai tan propio para enajenar sus corazones como el disimulo i la hipocresia. La mentira que ellos se permiten con demasiada frecuencia i que les parece escusable a causa de su propia debilidad i de su posicion dependiente, la juzgan odiosa i vil en cualquiera que ejerce sobre ellos alguna

autoridad. Su desprecio se estiende a todos los defectos que guardan alguna afinidad con la mentira, como la simulacion, la afectacion i la exajeracion.

No creas tampoco que sea fácil apercibirse de ello. Cuando no hemos observado de cerca a los niños, no podemos imaginar hasta dónde llega su penetracion i sagacidad para descubrir los sentimientos mas ocultos de su maestro. Su atencion, libre de la diversidad de pensamientos que distraen la de los hombres, se encuentra en esta persona que tanto le interesa conocer. Nada se les escapa; ven i comprenden todo lo que se manifiesta exteriormente i adivinan lo que pasa en el interior. Algunas veces juzgan con poco acierto; pero observan bien i para conocer la afeccion el juicio es inútil, basta la observacion. La falta de acuerdo entre lo que un hombre es realmente i lo que quiere parecer ahora a una alma jóven e inferior, tan naturalmente como ciertas disonancias musicales chocan a un oido delicado; para esto no es menester esperiencia i estudio.

Crees, por ejemplo, que pueda obtener la confianza de los niños el institutor que en presencia de los padres i autoridades, les habla con dulzura, les reprende con suavidad, i que, cuando se encuentra solo con ellos, cambia de tono i se muestra rudo i violento? Mas lo estimarian, sin duda, si le viesen mostrarse siempre tal como es, sin tomar la máscara en ciertas circunstancias. La impaciencia i la rudeza por mas desagrada-

bles que sean de soportar, les disgustarán ménos que esta especie de hipocresia. Puede ser estimado un hombre brutal, jamás estimaremos a un hombre falso.

Pero, para que el institutor pueda mostrarse a los niños tal cual es, es preciso que sea tal cual debe ser.

Sé, pues, siempre consagrado a tu ministerio, sé siempre humilde.

Ya sobre esta importante materia he llamado bastante tu atencion i no necesito insistir en ello.

Me bastará hablarte sobre dos puntos relativos, uno a la consagración de los maestros i el otro a su modestia.

Quando mas consagrado te sientas a la enseñanza de tus alumnos i al cumplimiento de tus deberes, tanto ménos debes hablar de esta consagracion; el que ama verdaderamente dá a conocer sus sentimientos por medio de su conducta i no piensa jamás en decir: "yo amo." Las protestas de consagracion i de celo, por mas sinceras que sean tienen algo de teatral, parece que desempeñan un rol. En jeneral el hombre honrado no habla nunca de su probidad. El hombre valiente jamas habla de su valor; tu debes hacer otro tanto. No hables de tu celo porque tu conducta hablará mas elocuentemente que tú.

En cuanto al consejo que debo agregar relativamente a la modestia, tiene mucha analogia con el que precede: hélo aquí en dos palabras: no hables de tus discípulos ni de tu persona i ob-

serva para con ellos mas escrupulosamente aun que para el público, el precepto que ya te he dado a este respecto.

Hai hombres de tal modo preocupados de sí propio que a cada instante se hacen objeto de la conversacion. El no cesa de razonar con sus labios, sus estudios, sus trabajos, sus esperanzas, sus temores, son el único tema de sus conversaciones. Los hombres que enseñan están quizás mas espuestos que cualesquiera otras personas a incurrir en este defecto, porque están siempre seguros de encontrar en sus discípulos oyentes que, no solo acojen con solicitud sus confidencias sino que a veces experimentan un maligno placer en provocarlas.

Este defecto es, sin duda, leve cuando no proviene de orgullo ni de suficiencia, cuando tiene su origen únicamente en la necesidad de expansion tan natural a una alma afectuosa, necesidad que parece hacer mas imperiosa todavia la vida estudiosa i solitaria que lleva el hombre entregado a la enseñanza de la juventud. Como casi siempre se interesa vivamente por ella, se imagina que la juventud debe interesarse tambien por todo lo que lo concierne; pero esto es un error. Procura, pues, ser con los niños, digno i afectuoso; habláles mucho acerca de ellos i mui poco acerca de tu persona.

Lo que tambien importa a un maestro para conservar la confianza de sus discípulos, sobre todo cuando empieza su profesion, es no equivocarse jamas en lo que enseña. No me cansaré de

recomendarte que te pongas en guardia contra la mas lijera falta, contra el mas leve error. En una reunion de hombres ilustrados, nada hai mas natural que decir: "Me he equivocado." Pero con tus alumnos, que no tienen ningun conocimiento del mundo, con las personas que le rodean, cuyas intelijencias carecen del necesario cultivo para saber hasta qué punto el hombre verdaderamente instruido es susceptible de equivocarse, una confesion semejante nada te valdria. ¿Qué hai por ejemplo de ménos extraordinario que equivocarse en una operacion aritmética? Esto a todos acontece: así no hai banquero, ni comerciarte que al enviar una cuenta a sus corresponsales, no agregue estas palabras: *salvo error u omission*. I bien! si te aconteciese, Fabio, cometer una falta de este jenero, las personas que te rodean se manifestarian tan descontentas como sorprendidas; no lo atribuirian por cierto a irreflexion, a distraccion; la falta seria imputada a tu ignorancia. Dirian: "no sabo su profesion." Lo mismo sucederá respecto de la ortografia, de la jeografia, i de todo lo que enseñes. Si haces alguna operacion, procede cuidadosamente; si te interrogan toma el tiempo necesario para contestar; pero nunca operes ni contestes sin estar perfectamente seguro. En nada te comprometes con decir: "Quiero examinar con calma esta cuestion; reflexionaré sobre este punto." Pero te comprometeria una equivocacion. Tu falta será un motivo de vanidad para aquel que la haya notado, i un tema de conver-

nacion para toda la escuela. En diez años se hablará todavía de ella; despues de diez, despues de veinte años se oirá decir a los que han sido alumnos de tu clase. "¡I bien! dá todavía algun traspie el maestro?— Yo le he corregido hace veinte años!"

Esto seria un verdadero obstáculo al buen éxito de tu enseñanza i al progreso de tus discipulos; porque, como ha dicho un célebre filósofo, es indispensable que el alumno tenga fé en su maestro.

Crear que podemos equivocarnos impunemente delante de los alumnos, es conocerlos muy poco; es ignorar cuan dispuestos se hallan al ménos en las ciudades, a poner en duda los conocimientos de sus maestros i es olvidar tambien la avidez con que recojen las menores faltas que estiman conducentes a patentizar aquel hecho. Es jóven, pues no sabe; es viejo, pues sabe mucho aún.

CAPÍTULO XXIV.

MEDIOS DE ESTIMULAR.

Los medios por los cuales el maestro puede obrar sobre los caracteres tan diversos de sus alumnos son de dos especies: los que se refieren al estímulo i los relativos a la represion. Una sabia combinacion de unos i otros hacen mas seguro el éxito.

Los primeros son los que dirijen la voluntad

del niño hacia el bien por las emociones del placer i de la esperanza; los segundos los que la apartan del mal por las impresiones del temor i del sufrimiento.

Desde luego nos ocuparemos de los primeros.

Son estos la razon; el sentimiento religioso; el amor filial; los elojios; la emulacion, i las recompensas.

Se puede hablar razonablemente a los niños con tal que se conserve sobre ellos la suficiente autoridad para hacerse obedecer sin necesidad de recurrir a este lenguaje. Si ellos son habitualmente dóciles, por qué no explicarles entónces, no habiendo para ello inconveniente, los motivos de la conducta que se observa a su respecto?

Busca, dice Fenelon, los medios de hacer agradable a los niños las cosas que de ellos exigen. Si tienes algo desagradable que proponerles, hazles comprender que la pena será pronto seguida del placer. Manifiéstales siempre la utilidad de las cosas que les enseñas, hazles ver sus aplicaciones. "Esto, les dirás, tiene por objeto ponerlos en estado de llenar mas tarde con buen suceso los deberes de la profesion que habeis abrazado; aquello es para formar nuestro juicio, para enseñaros a manejar los asuntos por vosotros mismos sin temor de que seais engañados; esto es para apartaros de una costumbre que llegara a seros mui perjudicial."

El sentimiento religioso tiene una fuerza superior a la de la razon. Feliz el maestro que sabe emplearlo con buen resultado, i que se aprove-

cha de la inocencia de estos corazones juveniles para dar a todas sus determinaciones, como primer móvil, el deseo de agradar a Dios! La pureza jamas les abandonaria i bajo la proteccion de este Guardian Divino podrian conservar siempre aquellas tiernas virtudes que constituyen el mérito i encanto de la infancia. Pues, para alcanzar, Fabio, tales ventajas, es preciso ante todo ser digno de ellas. No debes hablar de la religion con entusiasmo si no te sientes animado de un sentimiento religioso vivo i sincero. Este sentimiento sagrado es contagioso; quién no lo abriga no puede tampoco trasmitirlo.

Procura con empeño que el discípulo se inspire en el deseo de agradar a sus padres: que considere la satisfacciou que experimentan como la corona mas bella que puede recompensar sus esfuerzos, que se entregue al trabajo como un medio de captarse su benevolencia, que se abstenga de hacer mal con el fin de evitar pesares a un padre, a una tierna madre. Ya te he dicho, es una especie de sacrilegio abusar del sentimiento en la educacion; pero este medio empleado con juicio suaviza el carácter i derrama en el alma los sentimientos mas puros.

La alabanza, a la cual los niños son tan sensibles, puede tambien producir brillantes resultados; cuanto mas temen a la vergüenza i al desprecio tanto mayor es el placer que les causan los testimonios de estimacion. No descuides hacer uso de la alabanza, pero no la emplees sino con sabia reserva: el elogio que se prodiga

demasiado, pierde todo su valor, el niño no es a él ya sensible: distribuido sin discernimiento da lugar al orgullo, el niño se cree superior a todo el mundo, es vanidoso, exigente i porfiado. No lo alabes sino de vez en cuando i con bastante reserva, de modo que comprenda que su poca edad es la causa de que aprobemos sus acciones i que entrevea siempre la indulgencia en el fondo del elojio.

Ten empeño en introducir la emulacion entre los discípulos; un niño a quien las exhortaciones mas vivas no han podido arrancar de su apatía, hará algunas veces esfuerzos extraordinarios para no quedar mas abajo que su compañero. La emulacion sin envidia es un resorte excelente en las manos de un maestro hábil. Algunos moralistas han atacado injustamente la emulacion atribuyéndole defectos que no tiene. Si en algunos espíritus jóvenes dejenera en un celo febril, es porque esos espíritus han sido ya corrompidos o están a punto de corromperse. En los niños que han conservado su corazon puro, la emulacion es un sentimiento lleno de encanto, que no solo se liga a la amistad, sino que le da mas fuerza i consistencia; los combates inocentes a que se entregan los tiernos niños en presencia del maestro, producen derrotas sin humillacion i victorias sin orgullo.

El imperio de la emulacion es tanto mas poderoso cuanto que el niño naturalmente imitador, está siempre dispuesto a seguir i aun a sobrepasar el ejemplo que recibe de los otros ni-

ños; se avergonzará con frecuencia de permanecer en la ociosidad o de ser indócil, si todo el mundo disputa a su alrededor la palma de la obediencia i del trabajo.

Las recompensas son estímulos mui poderosos para la juventud; un maestro hábil i celoso sabrá variarles i hacer que los niños consideren como tales mil pequeños favores que otros les acuerdan sin discernimiento: una aplicacion sostenida una conducta irreprochable serán motivos mas que suficientes para obtenerlos..

Diré de las recompensas, lo que ya he dicho de las alabanzas; demasiado multiplicadas pierden todo su mérito, No las distribuyas sino con mucha reserva, teniendo cuidado de no desalentar al alumno cuya esperanza ha resultado fallida; procura que la alimiente siempre i sobre todo que se haga acreedor a ella.

CAPÍTULO XXV.

MEDIOS DE RIGOR.

Los medios de represion o de rigor son los reproches, las reprehensiones, los castigos. En el empleo de estos remedios destinados a volver la salud al alma, el institutor debe usar de la misma prudencia que los médicos al elejir los remedios que deben obrar sobre el cuerpo.

Hé aquí lo que a este respecto dice Fenelon:
"No reprendais jamas un niño ni en su primer movimiento de ira ni en el vuestro. Si ce-

“peis a vuestro impulso, él conoce que lo hacéis
“con lijereza i con despecho i no por interes
“i cariño i perdeis toda vuestra autoridad. Si
“aprovechais el primer movimiento del niño, lo
“encontrais con el ánimo demasiado ajitado pa-
“ra confesar su falta, para vencer su pasion i
“para comprender la importancia de vuestro
“consejo: es esponerse a que el niño os pierda el
“respeto que os debe tributar. Manifestadle que
“sois dueño de vos mismo; nada os lo hará co-
“nocer mejor que vuestra paciencia. Observad
“durante algunos dias todos sus movimientos, si
“es necesario, para hacer a tiempo el castigo.”

Escucha lo que dice Rollin, el mas virtuoso
de los hombres, el guia inmortal del que aspire
a ser digno de educar la juventud.

“La primera regla que se debe tener presen-
“te, es no castigar un niño en el instante mismo
“en que cometa la falta para no irritarlo i hacer-
“le cometer otras nuevas en su impaciencia; es
“necesario dejarle tiempo para que vuelva en sí,
“para que conozca su falta i al mismo tiempo la
“justicia i la necesidad del castigo i para que
“éste, de esa manera, pueda dar buen resultado.

“El maestro, por su parte, no debe castigar
“nunca con pasion ni con cólera. Por poca que
“sea la emocion que se deje ver en el semblante
“del maestro o en sus palabras, el discípulo ha
“conoce en el acto i comprende que no es el ce-
“lo del deber sino el ardor de la pasion lo que
“ha alimentado ese fuego, i no es necesario otra
“cosa para que se pierda todo el fruto del casti-

“go; porque los niños, por mui jóvenes que sean, “saben que la razon es lo que solamente tiene el “derecho de corregirlos. . . . La cólera, que en sí “misma es un vicio, puede ser a propósito para “curar los vicios de otros?”

Medita, Fabio, estos sábios preceptos i acuérdate que debeis evitar a toda costa que los niños se acostumbren a los castigos i a los reproches. El hábito adormece de todo sentimiento; el que recibe frecuentes reprensiones, llega a ser luego insensible. Las miras como una tempestad que debe pasar i se preocupa mui poco.

No te has fijado en que, en jeneral, los niños obedecen ménos a sus madres que a sus padres? Ellas hablan demasiado, reprenden con frecuencia, amenazan sin cesar; i no consiguen ningun resultado. El padre habla pocas veces, amenaza de tarde en tarde i se hace obedecer.

Las reprensiones deben ser para el niño accidentes raros i desagradables; es necesario que les mortifique su recuerdo, que teman su vuelta. Pero si ellos sienten bramar una tormenta continua a su alrededor, llegan a ser como esos pueblos que habitan cerca de las grandes cataratas, i que, a fuerza de vivir en medio del ruido no lo oyen.

El niño que es castigado con frecuencia porque es travieso, conclaye algunas veces por ser malo. En esto se debe poner bastante cuidado.

No hables jamás de los defectos del discípulo en su presencia, como de una cosa a cerca de la cual has formado una opinion irrevocable;

tomado tu determinacion. Por su parte, él tambien tomaria su partido i no tentaria, con el fin de correjirse, esfuerzos que se complaceria en creer inútiles.

Evita sobre todo, las predicciones siniestras que se permiten algunas veces los institutores imprudentes: "Este niño es un mal sujeto, él concluirá mal." Tales predicciones en boca de un maestro son no solo inconvenientes sino crueles. Cierra tu corazon a semejantes pensamientos i si a tu pesar han penetrado en él que queden profundamente ocultos.

Algunas veces el discípulo es inducido a la desobediencia por la cólera; se alimenta en él una especie de fiebre, que se deja conocer por una gran obstinacion. Usa entónces de amenazas, cuidando de no impacientarlo. Indícale las caidas a que su indocilidad puede arrastrarlo. Cuando el discípulo ha olvidado sus deberes hasta el punto de mirar a sus maestros con aire irritado cuando se ha entregado en su presencia a algun acceso de cólera insolente, entónces no puede ya haber esperanza: es preciso que el discípulo i el maestro se separen. Procura por medio de una firmeza tranquila evitar este triste resultado.

En tales circunstancias no creas haberle doblgado porque lo has castigado con rigor. No habras hecho otra cosa que irritarlo i exasperarlo: el niño disimulará sus malos sentimientos esperando la oportunidad de hacerlos estallar. Habras conseguido hacerlo no solo per-

verso, si no tambien disimulado e hipócrita

Algunas veces el niño cuyo carácter ha sido contrariado imprudentemente no se da siquiera el trabajo de disimular su irritabilidad. Su aire terco i obstinado durante las clases, sus contestaciones siempre calculadas para desagradar, la lijereza con que aprovecha todas las ocasiones en que puede manifestar su mala disposicion, son un perpetua guerra a la disciplina.

Para despertar mejores sentimientos en un niño predispuesto de ese modo, es preciso una feliz combinacion de dulzura i de enerjia que nada debe entibiar. Así no debe escusarse ningun medio para impedir que un niño caiga en este estado peligroso, del cual es mas fécil preservar-lo que curarlo.

CAPÍTULO XXVI.

DISPENSAR IGUALES CUIDADOS A TODOS LOS DISCIPULOS.

Una de las obligaciones mas sagradas del institutor i desgraciadamente una de las mas olvidadas, es la de dar a todos los discípulos iguales cuidados.

Algunas veces el maestro no piensa en otra cosa que en el interes de su propia reputacion; trata de hacer brillar algunos discípulos de sus simpatías, en los cuales ha reconocido mejores aptitudes; se halaga con el honor de sus progresos i descuida a todos los demas.

Los alumnos i principalmente sus padres (por que los discípulos se acomodan fácilmente a la indiferencia del maestro que favorece su apatía), tienen derecho de reprochar al institutor una preferencia que les causa doble perjuicio: porque privando a un niño de los cuidados que le son debidos, se le priva, no solamente de las ventajas morales que la lei i la relijion han querido asegurarle, sino tambien de las ventajas materiales que la instruccion le habria procurado i que habrian mejorado su suerte.

Medita, Fabio, acerca de la inmensa culpabilidad de un institutor que en el interes de su vanidad elije esclusivamente algunos discípulos a los cuales somete a un trabajo exesivo, contentándose con exigir de los demas la inmovilidad i el silencio. Si algunos de estos niños, tan indignamente abandonados, se entrega a la dissipacion, el maestro se irrita contra ellos, no porque pierden el tiempo i se habitúan al desórden, sino porque le distraen de los cuidados esclusivos que prodiga a los otros. Puede imajinarse algo de mas inicu, de mas odioso?

Algunas veces, es verdad, el institutor no se deja arrastrar a estas preferencias esclusivas por el interes de su vanidad: tal vez, sin pensar en ello, cede al placer que se experimenta educando caracteres dóciles e inteligentes. Las horas huyen, sin que de ella se aperciban, en el cumplimiento de esta agradable tarea. Consagrado enteramente a un trabajo que es al mismo tiempo su placer, el institutor no piensa en los pere-

zosos ni en los indóciles, ni en los espíritus toscos i falsos, o, si dirige a ellos su atencion es cuando la hora de la partida le advierte su omision i la imposibilidad en que se encuentra de repararla.

Esta conducta es excusable en su orijen pero condenable en su resultado. Procura, Fabio, no dejarte seducir por este placer peligroso. Los cuidados de un buen maestro deben ser como el rocío que fecunde igualmente todas las plantas sean comunes o raras.

Todos tus discípulos son acreedores a la misma estimacion a los ojos de Dios i del pais. Si tú has sido nombrado institutor público es para que ellos reciban de tí, cualesquiera que sean sus disposiciones naturales, todos los cuidados que su edad reclame. Alejar la apatía, estirpar la pereza, reprimir las malas inclinaciones, i sobre todo, acoger con benevolencia los espíritus apocados i débiles, alumbrarlos con tus luces, calentarlos con tu entusiasmo; he ahí tu tarea. Tu no puedes elvidarla respecto de ninguno de tus discípulos, sin ser por ello culpable.

Al institutor, a quien domina la vanidad, yo le diria: Queres brillar por tus discípulos? Pues bien! instruye a este pobre niño que parece condenado por la naturaleza a no poder aprender jamás. Haz que penetre la luz en sus ojos que parecen cubrir eternas tinieblas. Que esta estatua se anime entre tus manos ¡Habria por ventura una obra mas propia para granjearte honor!

Esto es sin duda bien penoso, e impone repetidas fatigas: convengo en ello; pero acaso te haz

figurado que la carrera del institutor está sembrada de rosas? No haz comprendido que es una tarea en extremo laboriosa, llena de fatigas i de sacrificios? Te haz imaginado que para tallar el mármol, pulir las maderas, cultivar un suelo infecundo se requiere mas trabajo que para pulir i cultivar las inteligencias? Crees que el pais espera mas abnegacion i sacrificio del soldado que lucha con sus enemigos del exterior, que de tí, infatigable soldado de la civilizacion, destinado a combatir todos los enemigos que ella encierra en su seno, la ignorancia, la pereza, la ociosidad, el vicio?

Condúcete pues, Fabio, de manera que ninguno de esós niños que te han sido confiados pueda quejarse mas tarde de haber sido víctima del sistema odioso que yo vitupero. Mientras son estudiantes su pereza aplaudirá quizás tu indiferencia, pero mas tarde se indignara su razon. Serás para ellos un objeto de maldicion i de desprecio. No podrán oir pronunciar tu nombre sin esclamar con amargura: "Si nada sé, si nada soy, todo es debido a ese hombre!"

CAPÍTULO XXVII.

SENTIMIENTOS QUE ES PRECISO INSPIRAR A LOS
NIÑOS. (1)

Por tus lecciones, por tus ejemplos, por los

(1) Algunos de los consejos contenidos en este capítulo se encuentran mas desarrollados en el Apéndice, al fin del volumen.

mil variados medios que te sugerirá tu inteligencia, tratarás, Fabio, de inspirar a tus alumnos el amor a la verdad i el odio a la mentira. Fortificarás en ellos el amor al órden, a la economía, al trabajo; en una palabra, todos los sentimientos loables i todo los hábitos honrados.

Procura enseñarles esas maneras suaves i corteces, de que acaso no encontrarán modelo en el seno de sus hogares, i que solo tú puedes darles.

Con frecuencia nos formamos un concepto favorable de un institutor si, al entrar en una pequeña aldea o villorrio, vemos a los niños jugar reunidos sin gritos ni querellas; si le vemos saludar al extranjero que se acerca, responder con complacencia a las preguntas que le dirige i apresurarse a servirle de guía. Pero cuando el extranjero no encuentra a su llegada, sino niños groseros, ordinarios, violentos, que huyen si se aproxima, o que lo rodean con insolente curiosidad, podría creer que su educacion ha sido descuidada?

No te digo, Fabio, que acostumbres a tus discípulos a ser solamente corteces. Las maneras agradables suelen no ser otra cosa que una engañadora apariencia; lo que te pido es que inspires en tus alumnos esos jenerosos sentimientos de benevolencia, de que la política es su manifestacion.

Que esta benevolencia se ejercite sobre todo con sus primeros camaradas. Hazles considerar como una cobardia el abuso de la fuerza física,

i como una cobardia no ménos culpable el abuso de la superioridad intelectual. Reprende con toda la enerjia de tu indignacion, tanto al niño que ofende a un camarada mas débil, como a aquel que hace befa de un émulo ménos hábil. No toleres jamás que los defectos corporales o la falta de intelijencia sea un objeto de burla. Ni permitas tampoco que se haga uso de la sorna o de la burla, por cualquier motivo que sea, sino cuando por ese medio los niños atacarian el vicio con el redículo; feliz circunstancia, bien rara por cierto, que es preciso aprovechar.

Para mantener entre tus discípulos esta preciosa armonía, es preciso que evites con cuidado todo aquello que podria turbarla. Cierra los oidos a delaciones recíprocas. Tu deber es acoger toda queja justa; un niño maltratado debe encontrar en tí su apoyo. Pero, esceptuados los casos en que se te pida que hagas justicia, resignate a ignorar lo que deseas saber, ántes que adquirir su convencimiento por medio de esos denuncios que participan del carácter de espionaje i que esparcen en una escuela la desconfianza i el desórden. No recurras jamas a este triste medio, a ménos que se trate de alguna accion contraria a la probidad o a las buenas costumbres; tu conciencia te indicará en este caso lo que debes hacer.

Tus discípulos, Fabio, deberán tener tanta benevolencia hácia sus iguales como respeto hácia todas las personas que, por su edad, por su posicion social o por cualquiera otra circunstancia

están colocadas sobre ellos. Insiste sobre este punto, mas importante de lo que puedes creer. No te contentes con prescribir a los alumnos demostraciones exteriores: procura que el sentimiento de respeto eche profundas raices en su corazon.

Algunos de tus discípulos llegarán probablemente a ser, gracias a tus cuidados, mas instruidos que sus padres. Si tienen el aire de haberse apercibido de esta pequeña superioridad; si, cuando se buscan sus servicios, los prestan con una especie de condescendencia desdeñosa; si una falta contra el lenguaje i contra los modismos, hacen nacer en sus labios una sonrisa burlesca, habrán pagado por cierto demasiado caro la instruccion: valdria mas no haber aprendido nada.

Pero, bajo tu direccion, Fabio, no pueden temerse tales resultados. Tu sabrás inculcar con habilidad en el corazon de tus alumnos, el respeto mas profundo hácia sus padres, el amor mas tierno hácia su familia. Tú les enseñarás al mismo tiempo a amar con abnegacion la patria, esta gran familia en la cual todas las familias particulares se confunden; al jefe supremo que es representante de la patria, o por mejor decir, la patria personificada.

La lei es la voluntad del país espresada por los que la representan. El respeto por la lei, i por los majistrados, órganos de la lei, debe ser desde temprano tan profundamente inculcado en la infancia, que llegue a ser para ella como una segunda naturaleza. Dichosa Francia, si el

respeto por las leyes, por el jefe del Estado i por los magistrados, llega a ser, así como la vivacidad del espíritu i la pasión del valor, unos de los caracteres distintivos de su pueblo. La educacion debe ser infatigable para alcanzar la realizacion de este voto. No hai institutor que cooperando a ella por sus lecciones i por sus ejemplos, no pueda, por humilde que sea su posicion, merecer bien de su país.

En los campos, el éxito será fácil. Pero si tu escuela está colocada en una ciudad, numerosos obstáculos combatirán tus esfuerzos, dirigidos a esta santa obra. Algunos de tus discípulos estarán quizás mal preparados para esta enseñanza patriótica i moral. Se les ha acostumbrado a detestar lo que tu les dices que honren i veneren. Los ruidos de la asonada ha resonado en sus oídos; han visto desfilar en las calles las saturnales del desórden; crecen en medio de una fermentacion incesante, rodeados de hombres que imputan a las instituciones políticas i al órden social sus desgracias, resultado necesario de sus propios vicios. Han bebido con la leche, el veneno de falsas doctrinas i costumbres depravadas.

Prodiga, Fabio, a estos jóvenes infortunados los cuidados mas asíduos i tiernos. Que sus espíritus, tan agitados en la casa i en la calle, encuentren el reposo en la calma de la escuela. Purifica sus ojos con el espectáculo del órden, sus oídos con dulces palabras, sus almas con tiernas emociones. Gracias a tí, sus corazones se

abrirán insensiblemente para albergar el amor a la moral i a las leyes.

Esta saludable reaccion se propagará quizá hasta sus mismas familias. Sí, Fabio, hai ejemplos de padres, abandonados a toda clase de desórdenes, para los cuales una jóven piadosa, un jóven lleno de habilidad i de dulzura, ha sido un ángel de paz que les ha reconciliado con la sociedad i con ellos mismos. La virtud en el niño que amamos tiene un atractivo tan poderoso i tan dulce! Es tan cruel tambien para un padre ruborizarce a los ojos de su hijo!

Yo no sé quién es mas dichoso, si el niño que derrama así en su familia los consuelos de la virtud, o el institutor a quien este niño es deudor de una felicidad semejante.

CAPITULO XXVIII.

HACER EL ESTUDIO AGRADABLE.

Concretémonos ahora a nuestra clase i ocupémonos de nuestro sistema de enseñanza. Ante todo, procurad hacer el estudio agradable a vuestros alumnos. Sobre esta materia tan importante dejaré hablar a Rollin. Quién se atrevería a añadir algo a sus palabras tan sabias?

“Se encuentran mui pocos maestros que tengan la suerte de hacer agradable el estudio a sus discípulos. El buen suceso, sobre este punto, depende mucho de las primeras impresiones; i los maestros, encargados de enseñar los prime-

ros elementos, deben poner mucho cuidado en que un niño que no es capaz todavía de amar al estudio, no le tome aversion desde entónces por temor de que el desagrado que haya experimentado al principio lo siga hasta una edad mas avanzada. Para esto es necesario que el estudio sea para el niño como una especie de juego, que se le hagan breves interrogaciones, que se le anime con alabanzas, que se le dé ocasion de estar contento de sí mismo i satisfecho de haber hecho algo. De vez en cuando, enséñese a otro lo que él rehusara aprender con el fin de estimular su celo; se le formarán pequeñas cuestiones dejándolo creer algunas veces que ha vencido; se le incitará con pequeñas recompensas, hácia las cuales es sensible esta edad.

Pero el gran secreto para que los niños amen el estudio está, en que el maestro sepa él mismo hacerse amar de ellos. De esta manera lo oyen de buena gana, se hacen dóciles, procuran complacerle, es para ellos una satisfaccion recibir sus lecciones, aceptan sus avisos i sus amonestaciones sin desagrado, no son insensibles a sus alabanzas, se esfuerzan por ganar su amistad desempeñando bien sus obligaciones.

Hai en los niños como en todos los hombres un fondo natural de curiosidad, es decir, un deseo de conoger i de aprender, del cual se puede aprovechar para hacerles el estudio agradable. Como todo es nuevo para ellos, hacen preguntas, piden el nombre i el uso de todo objeto que se presenta a su vista. Preciso es contestar-

les sin demostrar pena ni disgusto, alabar su curiosidad, satisfacerla con contestaciones claras i precisas, sin darles nunca contestaciones engañadoras o ilusorias, pues luego lo apereiben i se desaniman.

En todo arte i en toda ciencia los elementos i los principios tienen siempre algo de seco i de fastidioso. Es por esto que es mui importante dulcificarlas por todos los medios agradables que se pueda.

Cuando los niños son educados privadamente, un maestro atento i hábil, pone todo en juego para hacerles agradable el estudio. Elige el momento, estudia la inclinacion del niño, consulta su humor, mezcla el juego con el trabajo, parece dejarlos a su eleccion, no hace del estudio una regla, a veces exita el deseo del estudio no prestándose a él, terminándolo, o mas bien, interrumpiéndolo; en una palabra, toma mil formas e inventa infinitos medios ingeniosos para llegar a su fin.

En una clase numerosa este medio es casi impracticable. El discípulo i el buen régimen exigen un sistema uniforme, i que todos los sigan exactamente, i esto es lo que hace mui difícil la direccion. Es necesario que un maestro tenga buena cabeza i mucha destreza para llevar las riendas de tantas inteligencias que tanto difieren entre sí: los unos vivos e impetuosos, los otros lentos i apáticos; aquellos que es menester contener, éstos animar; para manejar i dirigir al mismo tiempo a todos estos jenios, de modo que

no obstante esta diferencia de temperamentos, los haga marchar de concierto i los conduzca a todos al mismo punto. Es necesario confesar que en materia de educacion, es donde se necesita mas habilidad i prudencia.

Esto no se consigue sino con mucha suavidad, razon, moderacion, calma i paciencia. Es preciso no perder nunca de vista este gran principio, que el estudio depende de la voluntad, la cual no sufre coaccion. Bien se puede coartar al cuerpo, forzar al niño a que permanezca en su banco contra su voluntad, doblar su tarea por castigo, obligarlo a cumplir la cierta tarea que se le ha impuesto, para esto privarlo del juego i del recreo: ¿es estudiar trabajar así como un presidiario? ¿I qué queda de este modo de estudiar, sino es el odio de los libros, de la ciencia i de los maestros, muchas veces por toda la vida? Es pues la voluntad la que debe ganarse, i se gana por la suavidad, la amistad, la persuacion, i mas que todo, haciendo del estudio un atractivo.

Como nacemos perezosos, enemigos del trabajo i mas todavia de la violencia, no hai que sorprenderse que estando de una parte todo el placer i de la otra todo el fastidio, todo el fastidio en el estudio, i todo el placer en la diversion, un niño soporte el uno con impaciencia i corra tras del otro con ardor. La destreza del maestro consiste en hacer encontrar atractivos i suavidad en el estudio."

CAPITULO XXIX.

ENSEÑANZA.—SISTEMAS.

En vuestra enseñanza, seguid la marcha a la que os acostumbraron vuestros maestros: guardaos de aquellos sistemas que bajo el nombre de métodos nuevos, cada año vé nacer i morir.

La aplicacion de estos sistemas no os es permitida. Cualquiera que pueda ser el mérito de un sistema, basta que su buen éxito sea dudoso para que no hagais prueba de él en estas jóvenes inteligencias, cuyo porvenir depende de vuestros cuidados. ¿Si os apartais del camino ordinario i vuestros alumnos pierden su tiempo, cómo os justificareis? ¿Direis que os dejásteis seducir? ¡escusa de una culpable presuncion!

Estos sistemas os parecen satisfactorios; ¿pero en verdad, os atreveis a creeros capaz de apreciarlos? ¿No comprendéis que el inventor incitado por el interés, o cegado por el amor propio se aplicó a disimular sus defectos?

En jeneral, estos sistemas que se nos presentan como nuevos son desde tiempo atras conocidos i desacreditados; se les rejuvenece con algunas variaciones de poca importancia: la ignorancia i la presuncion caen siempre en el lazo que le tendieron inventores supuestos.

Uno sienta como principio incontestable, que todos los métodos que precedieron al suyo embrutecieron al jénero humano; otro reduce a

una operacion puramente mecánica, la solucion de todas las dificultades de la lengua; gracias a los rápidos procedimientos de un tercero, se sabrá en una semana lo que hasta entónces no habia podido aprenderse en un año; un cuarto hace el estudio tan divertido que en poco tiempo los niños encantados de este juego tan atractivo, ya no querrán otro. Puede ser que algunos de estos individuos procedan de buena fé; pero los especuladores que vienen en seguida explotan a sabiendas, en perjuicio de la infancia, la credulidad de las familias. Luego se conoce la impostura i se rechazan sus métodos. Ellos mismos los abandonan como lo hacen todos, i se ponen a explotar otro nuevo, casi siempre con cuenta: pues no hai sistema por mui absurdo que sea que en Francia no pueda confiar tener uno o dos años de triunfo.

Hai, sin embargo, una cosa que notar: estos métodos que despues de poco tiempo se les rechaza con desprecio, en sus principios han producido algunos resultados especiosos. Esto no debe sorprendernos: para asegurar algun buen éxito a su sistema, el inventor prodigaba su tiempo i sus esfuerzos; los resultados que él obtenia ofuscaban solamente a ojos prevenidos; se atribuia a su método lo que no era sino resultado de su celo.

Poned en la aplicacion del método ordinario i legal aquel celo ardiente, inquieto, infatigable que desplegaban aquellos especuladores en intereses de su vanidad o de su fortuna, i vuestros re-

sultados serán tan brillantes i mucho mas duraderos.

Cuál es, pues, este método?—Aquel que vuestros maestros han empleado para instruiros.

Que la enseñanza sea simultánea, mútua o mista, su marcha es siempre la misma. Principiar por las nociones mas fáciles, no decir nada sin explicarlo claramente, convencerse que cada alumno ha comprendido, avanzar despues a nociones mas complicadas, volver sobre las lecciones precedentes i repasarlas constantemente, detenerse de tiempo en tiempo para considerar en conjunto lo que se ha visto en detalle, ejercitar continuamente la memoria, pero no ejercitarla sino sobre objetos que la inteligencia ha comprendido, medir las dosis de trabajo sobre la capacidad natural de los niños, i en esta obra ser paciente, activo, complaciente, infatigable, tal es el método que usaron vuestros maestros para instruiros, tal es aquel que debeis seguir.

Si alguno de vuestros alumnos tiene una inteligencia tardía, la memoria infiel, la concepcion dificultosa, no os desanimeis; preservadlo con cuidado del desaliento que para él vendria a ser mortal; i como necesita hacer mas esfuerzos, procurad aumentar sus fuerzas.

Aumentareis sus fuerzas escitando su ánimo e inspirándole confianza en sí mismo. Será menester por lo tanto, escuchar con una imperturbable complacencia todas sus divagaciones; conducirle de nuevo al camino recto sin dejarle ver

que se habia apartado de él; no demostrar atribuir mas importancia a sus faltas, que a las faltas ménos groseras de sus condiscípulos; llamar su atencion i la de los demas sobre la mas leve apariencia de progreso. No podreis alabar nada mejor; pero en este caso alabariais algo ménos malo.

Sucede raras veces que, en una clase, los niños tan poco agraciados por la naturaleza sean en gran número: se encuentran mas frecuentemente, sobre todo en algunas provincias, niños cuyo espíritu es demasiado vivo. La disipacion que les es natural sostiene una constante lucha con la buena voluntad del institutor.

Para fijar la atencion de estos jóvenes atolondrados vuestro celo os sugerirá toda clase de astucias inocentes. Les acordareis a veces un medio recreo; los dejareis respirar durante algunos minutos; descansar mientras les narreis alguna historia interesante, prometida a la aplicacion i acordada al buen éxito. Hareis ménos esplicaciones i exijireis que trabajen mas por sí mismos. Multiplicareis entre ellos los certámenes i los medios de emulacion.

Cualquiera que sea la vivacidad o su atolondramiento, no dejeis nunca de ser dueño de vos mismo. La ensenanza debe ser siempre grave. En jeneral, hablad mas bien en tono bajo que elevado. Cuando el maestro eleva la voz, el alumno se pone naturalmente en el mismo tono que él. Con este cambio ruidoso de palabras, las conversaciones particulares se establecen facil-

mente en la clase. Al contrario, cuando el maestro habla sin levantar la voz, ningun alumno puede conversar sin ser oido. Nada mas absurdo que esa preocupacion, demasiado estendida en el campo, que concede mayor título al institutor, que tanto en la iglesia como en la escuela, aturde mas los oidos: preocupacion tan nociva para una buena disciplina, como para la salud del institutor que se agota con estos ridiculos esfuerzos.

Ademas, el hombre que grita necesariamente se ajita; le es difícil conservar ese modo de ser reposado i decente que hace respetar mas la enseñanza.

Sin embargo, no os prohibo, guardaos de creerlo, que os entreguéis a estas vivas emociones que trasmitiéndose del maestro a los alumnos, llevan a la clase el calor i la vida. Bueno es que el institutor se anime, i que de tiempo en tiempo levante la voz sin gritar. Se cansa mas pero enseña mucho mejor. Me agrada que un maestro al salir de clase esté casi jadeante i que el descanso sea para él mucho mas necesario que para los niños.

CAPÍTULO XXX.

MODELOS QUE SEGUIR—GERSON, ROLLIN.

No quiero terminar estas instrucciones, Fabio, sin proponer a vuestra imitacion, dos nobles modelos elejidos entre muchos otros que habria

podido ofrecerlos. Como dice un antiguo adagio. *Leccion principia, exemplo acaba*: Oid i retened estos dos nombres; son el honor de nuestra patria, la gloria de la enseñanza: Gerson, Rollin.

Gerson florecia hace cuatro siglos. Era un hombre de una alta intelijencia, de una ciencia profunda, de una virtud a toda prueba i de un carácter dulce i modesto. Brilló por su elocuencia en la universidad, en el púlpito, en los concilios. Resplandeció por una fuerza de alma igual a su talento, i en tiempos de revueltas de anarquía llevó su fuerza de ánimo hasta el heroismo, reclamando venganza para las víctimas bajo el puñal de los asesinos. Entre otros escritos célebres, compuso la *Imitacion de Jesucristo*, que un célebre filósofo apellidó ser la mas linda obra que habia salido de mano de los hombres. (1).

Este ilustre defensor de todas las sanas doctrinas, estando todavía en la fuerza de la edad.

(1) Apesar de la opinion consignada por el autor, existe una gran mayoría de escritores ascéticos que, con muy buenas razones, manifiestan que el verdadero autor de la *Imitacion de Jesucristo* es el venerable Tomas de Kempis; otros creen que es Juan Gersen; sin embargo, hasta ahora nada hai concluyente i decisivo sobre este punto. Por lo jeneral los franceses, como M. Barrau, sostienen que es Gerson, los alemanes que es el venerable Kempis. Hacemos esta aclaracion para evitar las dudas que pudieran originarse sobre la autenticidad de ese precioso libro que se titula *Imitacion de Jesucristo*. — Nota del traductor. — R. D.

quiso acabar sus días en una oscuridad laboriosa. Fué a Leon a sepultarse en una escuela de niños pobres, i se entregó completamente a su instruccion.

Hecho maestro de escuela, aquel que habia sido el oráculo de la Iglesia universal, no creyó rebajarse poniéndose al alcance aun de los niños mas pequeños, i se encontraba con ellos tan cómodamente i tan en su centro como si estuviera hablando todavía en presencia de los reyes i de los concilios.

Ante la puerta de su humilde escuela, espiraba el ruido confuso del mundo, que en vano lo llamaba a reinar de nuevo sobre él por el ascendiente de la virtud i de la elocuencia. Su frente poco ha tan majestuosa, sus ojos en los que brillaba el fuego del jénio, se encontraban dulcemente sombreados por el velo de piadosa humildad. Nada en él revelaba su posicion anterior si no era una especie de gracia majestuosa que no podia abandonarle; i así mismo, nada lo diferenciaba de un institutor vulgar, si no era una sublimidad de paciencia i de celo dignos de Aquel que nos enseñó tan bien a imitar.

Por toda recompensa de sus cuidados, pedia a sus discípulos que añadiesen cada dia a sus oraciones estas simples palabras: "Mi Dios tened piedad de vuestro pobre siervo Juan Gerson."

en su testamento suplica a todos aquellos a quienes prodigó sus cuidados, pagasen a su memoria este piadoso tributo.

No admirais, oh Fabio, un modelo tal?—El

ejemplo de este grande hombre, no os abrasa de una jenerosa emulacion?—Podriais avergonzaros de esta oscuridad que él prefirió a todas las glorias del mundo?—os quejariais de las fatigas que él elijió como el descanso de una vida ajitada por tanto tiempo? os cansariais de tratar con los niños siendo que él quiso pasar sus últimos dias entre ellos i buscó su consuelo amándolos i puso su esperanza en sus oraciones?

El segundo ejemplo que quiero presentaros, es de un jénero enteramente diverso. Rollin no ha ocupado en el mundo un destino tan brillante, ni aun ha sido maestro de escuela; pero en la enseñanza superior ha sobresalido de tal manera, que procurando imitarlo aquellos que, en una esfera mas humilde, se ocupan en tareas semejantes, se harán mas i mas dignos de su mision; felices ellos si pueden reproducir débilmente algunos rasgos de tan venerable imájen!

Nacido Rollin en el reinado de Luis XIV, fecundísimo en grandes hombres, fué la gloria de la Universidad de Paris. Alumno, profesor, principal, rector, se hizo siempre estimar i querer, porque reunia en sí, cualidades poco comunes.

Renunció a sus relaciones con el mundo, el dia que se le honró con la direccion de un colegio; no salió mas de este estudioso asilo, o si sus obligaciones lo alejaban de él momentáneamente, su pensamiento no lo olvidaba un solo instante.

Se ocupaba con asiduidad tanto en los detalles de la administracion como en los cuidados de la enseñanza. La disciplina era irreprochable. Los profesores que él escojia con precauciones infinitas, secundaban sus esfuerzos i sabia dirigirlos con tanto arte, que les comunicaba insensiblemente su talento. Practicaba ántes que todos lo que exijia de los demas i era mas ríjido consigo mismo que con los otros.

En todas las ocupaciones era el mas asíduo i el mas puntual; de tal modo que presidia todo aunque estuviera ausente; puesto que los alumnos acostumbrados con él, lo veian por todas partes i creian verlo, tan llenos estaban de su espíritu, i su recuerdo les imponia tanto como su presencia.

Entregado por completo a la enseñanza de sus queridos discípulos, se ocupaba de cada uno de ellos como si hubiera sido el único. No se cansaba de avivar en ellos el fuego de los nobles sentimientos, ya en la enseñanza jeneral, ya en las conversaciones particulares; el estudio de las letras era para ellos la escuela de la virtud, por la direccion altamente moral que sabia comunicar a sus instrucciones.

Su ternura para con ellos lo hacia sumamente sensible a sus buenos resultados. Cuéntase que en la distribucion de premios, su contento i su entusiasmo rayaban en la embriaguez. Abrazaba con ternura a los vencedores i reanimaba el valor a los vencidos con dulces palabras.

La siguiente anécdota hace ver la confianza

que inspiraba. Un padre de familia, que habitaba una apartada provincia i que no conocia al principal sino por su reputacion, le trajo a su hijo i le rogó que lo admitiese en el número de los pensionistas. Rollin rehusó porque el número de alumnos era ya demasiado considerable i para convencerlo hizo que recorriera todos los dormitorios, donde no habia ni un solo lugar de que disponer. El desconsolado padre no quiso someterse a la evidencia. "He venido, le dijo, expresamente a Paris para traeros mi hijo, lo hareis dormir en una clase, en el patio, donde que-rais; con tal que esté en vuestro colejio, estoi contento i parto tranquilo," i se fué o mas bien huyó dejando al niño, que Rollin tuvo que colocar en su propio cuarto, hasta que hubo un lugar que darle entre los alumnos.

La virtud de este hombre tan universalmente admirado i estimado no se vió libre de la calumnia.

A consecuencia de un denuncia injusto, Rollin recibió orden de abandonar la direccion del colejio, i por un resto de deferencia hacia él, la orden permaneció oculta.

Rollin olvidándose de sí mismo, en tan angustiosa posicion, no pensó sino en sus queridos discípulos. Buscó un sucesor digno de ocupar su lugar; lo encontró; tuvo la felicidad de ver aprobada su eleccion i solo entónces quedó tranquilo.

El domingo que precedió a su partida, ninguno de los del establecimiento pensaba en la

desgracia que iba a sobrevenirles. En una breve instruccion que hizo despues de las vísperas habló de su estado actual; pero de modo que no le entendieran. Se figuró un cristiano presa de un gran dolor. Habia recibido la mision de hacer el bien a sus hermanos; pero usó, quizás, sentimientos muy humanos. “Una orden del soberano pastor le advierte que se retire i él se somete, enteramente confiado en la bondad paternal del que lo aflige.” Solo despues del suceso se comprendió el sentido de estas palabras.

Por último, Rollin ejecutó su resolucion al dia siguiente. Como a las cinco de la tarde, despues de ofrecer en la capilla su sacrificio a Dios, salió solo, sin que nadie lo sospechara en el colejio a excepcion de algunos de los principales profesores.

Los niños supieron la triste nueva despues de la cena. Todo fué llantos i sollozos cuando se convencieron de que su salida era para no volver mas. El recreo que siguió a la cena no fué recreo. Los alumnos, dispersados por el patio, se paseaban tristemente con los ojos arrasados en lágrimas como si hubieran perdido un padre.

Rollin se retiró a un barrio solitario, donde habia comprado una casita i allí pasó el resto de su vida.

Esta desgracia, lejos de reducirlo a la inaccion, le abrió un camino mas vasto. Desde que dejó de rejentar su colejio, fué un bienhechor i un maestro para los demas establecimientos, inculcando los sentimientos de que estaba anima-

do a los profesores encargados de la educación de la juventud: tal es el objeto de la excelente obra que compuso sobre la instrucción pública, i que se conoce jeneralmente con el nombre de *Tratado sobre los estudios*.

Compuso despues, en el mismo sentido, dos obras sumamente notables sobre la historia antigua i sobre la historia romana.

Este inmenso trabajo no lo apartó ni un solo instante de sus deberes relijiosos; que llenaba con un raro fervor, vivió mas de ochenta años en medio del estudio i de la amistad i fué hasta su muerte el mas virtuoso, el mas amable i el mas feliz de los hombres.

CAPÍTULO XXXI.

ÚLTIMO CONSEJO.

Al concluir este opúsculo, agregaré un último consejo sobre los medios de conservar la tranquilidad de espíritu i, por consiguiente, la felicidad, en medio de las fatigas de la profesión.

Implorad todas las mañanas el socorro de la divina misericordia; i pedid a vosotros mismos una cuenta rigurosa de vuestro día; no dejéis de cumplir jamas este doble deber.

Decid todas las mañanas ántes de comensar vuestro día: "Voi a estar reunido con niños; es decir con seres naturalmente lijeros, indolentes, crédulos, dispuestos a la ingratitude i a men-

tir." Si os penetrais bien de este pensamiento, sus faltas no os causarán una mala impresion; no os vereis confundidos, aun por sus mentiras o por su ingratitud; los enseñareis i los corregireis con serenidad; no os irritareis ni perdereis el valor.

Del mismo modo, en vuestras relaciones con los padres de familia, haced estas reflexiones: "Las personas con quienes tengo que entender son poco instruidas; su amor propio las inclina a ser prevenidas e injustas: son personas que me pagan o por quienes me pagan i que creen que por ésto; no deben estar agradecidos de mí, sino cuando les parece." Gracias a estas reflexiones, sufrireis con paciencia sus caprichos. Conservareis toda la tranquilidad de vuestro espíritu, resistiendo a sus exigencias imprudentes o injustas. Si se desconocen vuestros servicios, no os alarmareis, no os quejareis. Os contentareis con decir: "Me parecería mejor que las cosas marchasen de otro modo; pero es muy natural que así sucedan. Pondreis vuestra confianza en Dios i El os dará fuerza. Winckelmann, un hombre célebre, que fué maestro de escuela por algun tiempo, i cuya profesion fué muy espinosa, se decia en sus pruebas mas rudas para tranquilizar su espíritu ajitado: "Paz, corazon mio! tu fuerza es aun mayor que tus males." En fin, Fabio, te hago el retrato del hombre digno de educar a la juventud, para que lo imites. Ha sido en los colejos donde he encontrado el modelo; pero la mayor parte de

los rasgos que lo caracterizan, pueden ser aun, el objeto de una enseñanza mas modesta.

“Sin elevarse a la sublimidad de la ternura paternal, un maestro puede al ménos acercarse a ella.

“El cree ver a sus hijos en sus discípulos, por una ilusion que esplica esta misma ternura. Apasionado por su progreso, entristecido por sus faltas, feliz en sus adelantos i en sus virtudes, experimenta goces i penas mui semejantes a las de un padre.

“Cualquiera que sea el número de sus alumnos, cada uno de ellos le es tan querido como si fuese el único. Su inquieta ternura no cesa de interrogar al pasado, no cesa de vijilar el presente ni de preparar el porvenir. Los trabajos mas penosos le son agradables si han de aprovechar a sus discípulos. La frivolidad de la infancia, el fuego de la juventud, léjos de debilitar su ardor, se convierten en sus manos, en un elemento de buen éxito. No se cansa de cambiar sus esfuerzos, segun sus caracteres; sabe purificar sus inclinaciones mas peligrosas i cambiarlas en sentimientos honrosos.

“Trabaja con asiduidad con ellos i con sí mismo. Se empeña por alcanzar nuevos progresos, en la carrera en que ellos quieren seguirlo, para que sus lecciones i sus ejemplos sean mas útiles a sus discípulos; procura enriquecer constantemente la fuente de donde dimana la instruccion para ellos, i hacer mas perfecta la imájen, por la cual dirijen su espíritu sin sospecharlo quizás.

“Jamás está sin nubes la tranquilidad de que goza. Las faltas de sus alumnos lo persiguen en su retiro, lo ajitan en sus paseos solitarios, interrumpen su sueño. Siempre severo para sí, siempre indulgente para ellos, se hace culpable de sus extravíos, en sus solitarias reflexiones, se pregunta si no habría estinguido en su orígen las faltas que lo llevan inquieto, si hubiera usado precauciones mas asíduas; si no habría podido hacerlos mas dóciles por una firmeza mas severa; mas confiados por una bondad mas indulgente.

“Al placer de haber hecho el bien, se agrega siempre el secreto dolor de no haber podido el mejor, que parece huirle. Sus discípulos no serán nunca tal como su amor los desea. Que no pueda él confundir su alma con la de ellos, para comunicarles un amor inmenso al estudio i a la virtud.”

APÉNDICE

Consejos para hacer una clase, teniendo en vista el beneficio de la educacion.

1.—Algunos de los detalles en que voi a entrar, sobre la manera de hacer una clase, tomando en cuenta el interes de la buena educacion de los niños, os parecerán minuciosos; sin embargo, os exhortó a que no los olvideis. Todo es importante en la educacion, i aun suponiendo que algunos de estos consejos no produjesen sino ventajas mui limitadas, tened presente que de la reunion de varias ventajas insignificantes, resulta una, digna de tomarse en cuenta.

Voi, pues, a tratar esta cuestion detalladamente:

Qué debe exigirse de los niños, en provecho de su educacion?

Reconoceréis conmigo, reflexionando en esto con madurez, que lo primero que debe exigir el maestro de sus alumnos, es la obediencia.

LA OBEDIENCIA.

2.—En los niños, la obediencia es el principio de toda virtud, como lo es la aplicación del buen éxito de los estudios. Solo de la obediencia resulta la buena conducta. En el trascurso de la vida, todo hombre debe saber obedecer a la lei, a sus superiores, a la necesidad; pero solo en sus primeros años puede aprender a practicar bien esta virtud i a amarla al mismo tiempo; en esa edad es cuando necesita de ella principalmente.

Ser *obediente*, significa ejecutar con presteza i sin repugnancia, lo que lejitimamente se nos prescribe, aun cuando su ejecucion nos sea penosa. Un buen institutor debe empeñarse en que sus alumnos se habitúen a esta virtud. Si no lo hace así, tendrá incesantemente que exhortar, que amonestar, que castigar; así, el tiempo se perderá; las ocupaciones del profesor i de los alumnos se perturbarán continuamente; no estarán tranquilos ni serán felices, i por consiguiente, la instruccion i el aprovechamiento sufrirán mucho en esa escuela.

3.—A fin de que los niños se habitúen a la obediencia, no debeis exigirles sino aquello que sea útil i razonable, i por consiguiente, no debeis multiplicar las obligaciones que les impongais.

La multiplicidad de órdenes i de prohibiciones, embaraza a los niños i los exaspera. Lo uno los hace olvidarse de lo otro.

La violencia innecesaria predispone los ánimos. Ellos se figuran algunas veces, que uno se empeña en hacerles conocer su dependencia, i en hacerles ver que uno es su maestro; este pensamiento hace que estén descontentos i en seguida los hace desobedientes.

Por lo tanto, ántes de ordenar algo a vuestros discípulos, reflexionad i preguntaos a vosotros mismos: "Es útil lo que voi a exigir de los alumnos; es oportuno?"—i resolvéos segun el resultado de vuestras reflexiones.

4.—No mandéis jamas a los alumnos, algo cuya ejecucion sea difícil. Una exigencia desmedida lo destruye todo. Los niños se fastidian i concluyen por concebir cierto alejamiento hácia vos i por no esnebar vuestras exhortaciones. Antes de mandarles que ejecuten o que dejen de hacer una cosa, reflexionad primero, sobre la mayor o menor facilidad que tendrán para obedeceros.

5.—Cuando una orden os parezca útil u oportuna, i de una fácil ejecucion, espresad vuestra voluntad en términos claros i precisos, con gravedad, i con un tono sereno, pero firme. Por ejemplo: "Haced esto.—Dejad aquello.—Estad quietos."

Acordaos de que nada debéis mandar con aire colérico ni con tono arrogante i pedantezo. Dad a vuestros discípulos el ejemplo de buenos

modales, ya sea al ordenar o al prohibir algo, como así mismo en todo lo que hagais. Guardaos bien de adquirir los hábitos a la vez imperiosos i vulgares que caracterizaban con frecuencia a los institutores de otro tiempo, i que les imprimian el sello de un eterno ridículo.

La afabilidad natural en nuestro país, exige que uno se abstenga de usar aquellos términos que dan a conocer claramente que uno es el maestro. No debe decirse: Os ordeno, os mando" sino, "Os recomiendo, os digo," i aun, "Os ruego."

6.—Cuando hayais mandado algo, segun las reglas que acabo de establecer, mantened vuestra orden i exijid su cumplimiento mientras subsistan las causas que la han motivado. Porque si cambiáis de resolucion sin motivo alguno, ¿cómo quereis que vuestros alumnos os obedezcan puntualmente, con confianza?—Lo que una vez ha sido prescrito debe observarse tanto por vos como por vuestros alumnos, hasta que circunstancias nuevas o vuestras propias reflexiones os obliguen a cambiar de resolucion.

Es útil renovar de cuando en cuando los mandatos, por temor de que los niños los olviden a causa de su natural lijereza: "Acordaos que se ha prohibido....."—"No olvidéis que os he mandado....."—Si no se hace así, talvez uno mismo contribuye a que desobedezcan, pues el niño se escusa sin dificultad con decir (sea esto cierto o nó): "No pensaba en ello; me habia olvidado."

7.—Procurad siempre, sobre todo al principio, que se cumplan vuestras órdenes. El pensamiento siguiente hace desobedientes a los niños: “No se fija en que yo cumpla lo que ha mandado.”

Explicad de cuando en cuando a vuestros discípulos, sobre todo a los de mas edad, los motivos de vuestros preceptos. Digo *de cuando en cuando*, porque yo no querria aconsejar que se hiciera siempre, puesto que hai casos en que esto seria a destiempo i aun inútil; he dicho, *a los de mas edad*, porque mientras mas tiernos son los niños, con mayor razon pueden i aun deben, en cierto modo, ser conducidos por una obediencia ciega; entre tanto, que mientras de mas edad son i se hacen mas razonables, seria mas difícil i aun injusto, exigirles constantemente una obediencia tal.

Cuando tengais un alumno nuevo, trabajad desde los primeros dias para acostumbrarlo a la obediencia. Dejar que los recién entrados hagan lo que quieran durante los ocho o quince primeros dias, es un abuso perjudicial, que existe principalmente en los colejos de Alemania.

“Es, dicen, para aprender a conocer su carácter, es para endulzarles el principio, siempre penoso, de la vida escolar.” Razones tales son perniciosas. El buen orden de la clase i el mismo interés de los niños, exigen que los acostumbreis a cumplir desde el primer dia, las reglas establecidas.

EL ÓRDEN I EL SILENCIO.

8.—En todos los estados, en todas las condiciones, en todos los empleos, alcanzamos tales ventajas, observando orden, que no sabríamos amoldarnos a él demasiado pronto. Se dice con mucha frecuencia, que en el trabajo el orden hace la mitad de la obra, i nada es mas cierto. Por el contrario, en las ocupaciones i en los negocios, el desorden trae la confusion al espíritu, hace que nos disgustemos aun de nosotros mismos, i nos deja ménos aptos para hacer el bien.

Empeñaos, pues, en mantener un orden perfecto entre vuestros alumnos, i en esta intencion, observad vos mismo en vuestra enseñanza, un cierto orden, i no os separéis jamas de él sin motivo. Explicar la leccion de un dia segun tal orden i de una manera diversa la del dia siguiente, es perjudicial. La regularidad es ventajosa por sí misma i por las ideas de orden que inculca en el entendimiento de los niños.

9.—A fin de que vuestros alumnos se habitúen al buen orden, exijid que entren todos a clase, ántes que la campana deje de sonar; que al aproximarse al colejo, se abstengan de gritos i de juegos estrepitosos.

Cuidad de que no haya entre ellos roncillas ni habladurías i que observen el silencio mas profundo, evitad que cuando un niño haya sido interrogado, sea otro el que conteste; evitad que

los alumnos soplen la lección o una respuesta, a sus vecinos; abusos de los más arraigados en una clase mal dirigida, i uno de los mayores obstáculos para su aprovechamiento; prohibid que muevan la cabeza, los piés, las manos; que tengan éstas debajo de la mesa, es detestable; he aquí otro abuso que es preciso combatir sin descanso.

Exijid que se entre a clase, no de una manera brusca i con un aire irrespetuoso, ni que se salga de ella en tumulto i atropellándose; sino que se entre con un aire modesto i que se salga con sosiego uno en pos de otro.

Cada uno debe llegar provisto de los objetos que ha de necesitar, debe dejar en silencio sus libros i su gorra en el lugar designado, i ocupar inmediatamente su asiento.

Orden es este que no es difícil establecer ni odioso para observarlo sino durante los primeros días: desde que los niños se acostumbren a él, lo observan talvez sin pensarlo, con tal que el maestro no descuide la vigilancia.

Algunos autores aconsejan, que se prohiba que los niños jueguen en la sala, antes o después de las clases, a fin de que el pensamiento de orden i de silencio, sea inseparable de la idea de sala de estudio, i que ésta aparezca a su vista como un santuario que no es permitido profanar.

10.—A fin de evitar el desorden, es de la mayor importancia que hayais entrado a clase, antes que los alumnos.

Vuestras ausencias deberán ser excesivamente

te raras i lo mas cortas posible. La preseneia del maestro es indispensable para mantener el órden; en un caso de absoluta necesidad, el alumno de mas años i mas razonable, podrá vijilar a sus condiscípulos, durante dos o tres minutos, pero si se le dejase por mas tiempo al frente de la clase, bien pronto se introducirá el desórden.

Cometen una falta los institutores que dejan por mucho tiempo a cargo de un alumno la vijilancia de la clase: no piensan en el abuso que hacen de su autoridad de inspector, rara vez imparcial; abuso que hará perder mucho tiempo para averiguar la verdad i estar seguro de la justicia de su informe; es evidente que el tiempo que se emplea en estas averiguaciones, podria o mas bien deberia haber sido ocupado con mayor provecho, i a consecuencia de esto, es mayor el desórden que resulta, que el que se quiere evitar.

11.—No acepteis jamas, a aquellos niños que envian sus padres a la escuela, por verse libres de ellos, para que en la clase el órden sea constante. Os es imposible atender convenientemente a esos niños, sin descuidar la regularidad de vuestra clase; por otra parte, son a menudo, la causa de desórdenes i distracciones.

EL ASEO.

12.—Cuidad de que los niños no ensucien su ropa intencionalmente, i que la conserven asea-

da el mayor tiempo posible; velad porque se laven bien la cara i las manos; que esten peinados con esmero i porque no vengán al colejio con la ropa agujereada o desgarrada; la blusa mas modesta puede conservarse limpia; los padres aun los mas indijentes, pueden peinar a sus hijos o cuidar de que se peinen ellos mismos. Para esto, se necesita solo un corto espacio de tiempo, buena voluntad i un poco de agua. No os canséis de exigir esto, i obtendréis benéficos resultados; el niño dirá a sus padres las observaciones que hayáis hecho, primero privadamente i en público en seguida, sobre el descuido con que se le tiene; las hará presente con semblante triste i aun llorando; i como temerá que se le humille en presencia de sus camaradas, que dóciles a vuestra voz, se abstendrán de jugar con él hasta que se presente convenientemente aseado, forzará, por decirlo así, a sus padres a que cumplan con lo que vos habeis exigido a este respecto.

Entónces os toca felicitarlo por su mejoramiento de condicion; empeñaos para que sus compañeros se le acerquen, i obrad de modo que sienta i haga sentir a sus padres, el bienestar que resulta del cambio; el gusto por la limpieza se borrará difícilmente en él i quizás sucederá lo mismo en su casa.

13.—Se comprenderá fácilmente que aquí solo tratamos del aseo i no de la elegancia. Si los harapos mas miserables están bien remendados i limpios, deben pareceros tan bellos, como

los vestidos de fantasia con que la señora del castillo vecino adorna a su hijo. Al hablar del desaseo, tened cuidado de emplear palabras, que mal interpretadas por los niños, parecieran referirse a la miseria. No debeis aun ver, ni debeis saber si hai trajes finos o groseros, remendados o nó; vos no conoceis sino dos clases de vestidos, los que están aseados i los que no lo están; i todos estarán arreglados gracias a vuestra voluntad perseverante, como estarán bien peinadas las cabezas, perfectamente limpias las caras i las manos i los zapatos lustrados.

14.—Algunos institutores creen a este respecto, que solo basta llamar la atencion de los niños de un modo jeneral i que a los padres toca lo demas.

Los maestros que así piensan, olvidan que están encargados tanto de la educacion como de la instruccion de los niños, i que los hábitos de aseo ocupan en la educacion un lugar importantísimo.

Si hubiese en nuestra escuela algun niño tan desgraciado, que hubiera perdido a su madre, debeis redoblar vuestra vijilancia con respecto al asco, porque es difícil que una madre pueda ser reemplazada en esta clase de cuidados.

Debeis separar de vuestro colejio al alumno que tenga una enfermedad contagiosa, o un mal que sin ser contagioso, cause asco o repulsion; ese alumno no deberá volver a la escuela, sino cuando esté perfectamente sano.

LA MODESTIA. (1)

15.—La modestia es la salvaguardia de la inocencia. Los hábitos de decencia i de modestia, adquiridos en la mas tierna edad, preservan a los jóvenes del desórden, con mayor ventaja que las advertencias i lecciones.

Es preciso recordar esto a los niños constantemente; como es natural, no se dan cuenta de la decencia exterior porque ignoran el vicio; es necesario, pues, darles a este respecto preceptos severos i tratar de inculcarles aquellos hábitos que mas tarde son una barrera i un obstáculo insuperable a las peligrosas seducciones de los sentidos.

La niñez es encantadora, cuando va acompañada de la inocencia i de la modestia; gracias a estas virtudes, las cualidades felices de la primera edad llegan hasta la adolescencia i conservan toda su frescura; pero aquel que ha perdido la inocencia i la modestia, cae rápidamente en la relajacion de las costumbres.

Velad, pues, incesantemente porque los niños conserven esta pureza exterior, imájen de la pureza de alma.

16.—No llameis la atencion de los alumnos a una falta que alguno de ellos hubiera cometida

(1) En este artículo, la palabra *modestia* significa la *decencia exterior*, signo de la *pureza interior*.

inadvertidamente; reprendedlo en particular si la falta ha sido cometida públicamente, castigadlo con desprecio i con disgusto. Alcanzareis mejores resultados por este procedimiento que si empleáseis amenazas i reconvenciones.

17.— En jeneral, hablad mui poco sobre aquello que pudiera herir a la modestia: a la ventaja de conservar la inocencia se une el peligro de dañarla. Os lo repito, haced que se inoculen los buenos hábitos, he ahí lo único importante. Para alcanzar este resultado, ponéos de acuerdo con los padres de familia, i seguid que ellos usen en sus casas todas aquellas precauciones que contribuyen a mantener una virtud tan importante; si los padres parecen cuidarse poco de esta materia, encontrareis en las madres un auxiliar poderoso.

18.— No califiqueis de inmodesto i corrompido al niño que cometa algunas faltas contra la decencia exterior; hai muchas cosas que nada significan por la misma inocencia e ignorancia de los niños. No os inclineis al mal tan fácilmente; pero cuidaos mucho de prevenirlo, e impedid escrupulosamente que esas faltas dejeren en hábito.

Creo que aquí es oportuno renovar la recomendacion que os he hecho, que los niños tengan siempre las manos sobre la mesa. Tampoco debeis permitir que una seccion de la clase quede oculta, miéntras explicais la leccion a los demas.

Al efecto, dad esta leccion a los alumnos:

No hagais ni digais jamas, ya sea que esteis solos o entre vuestros compañeros, algo que no pudiérais repetir en presencia de vuestros padres. Dios os vé. Dios vela por vosotros i lee en el fondo de vuestros pensamientos.

LA AMABILIDAD.

19 — La falta de complacencia i de prontitud para hacer un servicio, trae su orijen del egoismo; es un vicio perjudicial, que es preciso estirpar del alma de los niños, desde los primeros años.

Es preciso, pues, acostumbrarlos en cuanto sea posible, a que sean amables i complacientes; en el colejio se presentan pocas ocasiones; pero se las puede encontrar, i la habilidad del institutor las hace nacer; por ejemplo, un niño puede prestar un libro a otro, con buena voluntad; un alumno puede corregir a su compañero las veces que falte a su deber, i con permiso del maestro, puede indicarle el medio de aprender mejor la leccion.

Podeis recomendar a los de mas edad, que acompañen hasta su casa, a sus vecinos mas jóvenes i que los cuiden en el camino; los persuadireis que visiten a un alumno enfermo, que lo acompañen, que le sean útiles.

20. — Insisto sobre esta bella cualidad, cuyo jérmén poseen los niños naturalmente, pero que ahogado por el vano orgullo de sus padres o por la ironía necia de sus compañeros: “¿Por qué

haces eso por él? ¿Eres tú su criado? ¡Vaya! deberías avergonzarte!—Si lo ayudas otra vez a recojer el ganado del campo, verás...!”

¿Se hablaría o se procedería de otro modo si se tuviera el propósito firme de viciar el corazón de los niños?

A vosotros os toca reparar ó prevenir ese mal, aprovechando todas las ocasiones que se os presenten en la escuela, para hacer que los niños sean amables i complacientes unos con otros.

21.—En cuanto a los servicios que ellos podrían haceros, no los acepteis sino raras veces i no consintais jamas en que ellos puedan haceros algo que aproveche a vuestra casa o a vuestros intereses.

LA URBANIDAD.

22.—No hai para qué exigir de los niños una urbanidad afectada; no alcanzarán esto si no unen la naturalidad a la franqueza, cualidades mucho mas preciosas; pero es preciso:

1.º Inspirarles el sentimiento de la verdadera urbanidad, que está en el corazón i que consiste en preferir a nuestros semejantes que a nosotros mismos, i en procurar serles agradable:

2.º Enseñarles esas maneras exteriores que son la imájen de los sentimientos interiores, i sin las cuales un niño pasaria por grosero i mal educado, aunque ellas en sí, no encierran importancia alguna: saber, por ejemplo, hacer un saludo a tiempo, quitarse el sombrero, mantenerse derecho;

3.º No permitir que se cambien entre ellos espresiones groseras, ni injuriosas, ni desmentir de un modo injurioso; exigir que se llamen por sus verdaderos apellidos o por sus nombres, i no con apodos, al ménos en la clase i donde quiera que se encuentren con vos.

23. En urbanidad servirles de ejemplo; habladles siempre con dulzura pero sin demasiada familiaridad; que nunca os oigan un término injurioso. Decir a un alumno: "No sabeis nada, nada aprendeis," es un reproche i un consejo; decirle por el contrario: "Sois un asno," es una injuria grosera, que provoca la hilaridad de los alumnos a espensas del compañero injuriado, i que los enseña en cierto modo, a ser duros i aun crueles.

LA SINCERIDAD.

24.—El mentir es el defecto mas comun entre los niños; i no hai por otra parte cosa que presente mas obstáculos a la educacion.

Por lo jeneral, el niño no miente por el solo placer de mentir; sin embargo, hai algunos que han contraido esta deplorable manía i que tienen como un proverbio, que es permitido mentir, cuando nadie recibe perjuicio de la mentira. Yo no os aconsejo que desprecieis como indignas mentiras, aquellos juguetes de una imaginacion lijera; dad a conocer solamente que os inspiran desprecio, aversion, i que compadeceis i desconfiais al mismo tiempo, de la persona que se permite hacer tales cosas. Es mui probable que

contribuyais a desterrar un hábito tan detestable de las personas con quienes estais en sociedad, si empleais esta conducta prudente i razonable.

25.—En cuanto a la mentira, es un vicio tan grande, que domina todos los demas. Es preciso combatirlo con todas vuestras fuerzas, pero sin debilitar el efecto de vuestras palabras por la exajeracion. No digais a los niños como se les dice tan a menudo i sin venir al caso, *que un embustero es peor que un ladron*. Desde luego, eso no es cierto, como lo sabeis mui bien: a la verdad, segun vuestro modo de pensar, no es seguramente tan criminal como Cartouche, el niño, que para evitar un castigo, dice que ha olvidado en su casa la copia que no ha hecho, o que se deja arrastrar por una mentira mas grave; i no es bueno mentir, para hacer que los niños aborrezcan la mentira. En segundo lugar, cuando hablais así, el niño, en el fondo de su razon, no os cree ni podria creerlos; su razon, por poco desarrollada que esté, se subleva contra vuestro discurso; de aquí resulta que en adelante tendrá ménos confianza en vos, i os atribuye opiniones exajeradas o un lenguaje poco sincero. Per último, el horror que debe inspirar el robo, i la infamia que debe seguir al nombre del ladron, se debilitan necesariamente, a causa de estas imprudentes comparaciones. Dejad las cosas tales como son, ni citeis, hablando de la mentira, ni el robo, ni el asesinato; pero presentadla tal como es, es decir, como una falta ver-

gonzosa en su principio i funesta en sus consecuencias, que una vez que dejenera en hábito, deshonra al que se entrega a ella, e impide que se le crea, aun cuando diga la verdad.

26.—Nunca trabajareis lo bastante para conseguir que los niños se acostumbren a ser sinceros; sin eso, su buena educacion será imposible. Pues, cómo podreis dirigir con intelijencia i con éxito, al que no conoceis? I cómo podreis conocer al que os miente?

Por lo jeneral, los niños han recurrido a la mentira, para ocultar sus faltas, su ignorancia, sus malas intenciones, i tambien para obtener lo que desean i para evitar lo que temen.

Hai dos clases de mentira: una que se refiere al pasado, otra que mira al porvenir. La primera, tiene lugar cuando uno niega haber hecho, lo que realmente ha hecho, o por la inversa, cuando afirma haber hecho lo que ha dejado de hacer, o en jeneral, cuando se habla deliberadamente contra la verdad de las cosas. La segunda, cuando se promete lo que no se piensa cumplir, i en jeneral, cuando se manifiesta una intencion distinta de la que realmente se tiene.

27.—Esta segunda clase de mentira, mui comun, por desgracia, entre los hombres, es rara entre los niños. Esto no quiere decir que no falten a menudo a sus promesas i a las intenciones que han manifestado; pero eso sucede mas por olvido, por lijereza, por debilidad que por deliberacion; cuando hicieron la promesa, estaban bien decididos a cumplirla; por consi-

guiente, eran sinceros. Pero no han tenido la fuerza suficiente para ser fieles a sus buenas intenciones. Quizás no comprendieron bien a lo que se comprometían. No tienen sino una idea muy vaga de los obstáculos que pueden oponerse al cumplimiento de una promesa, i de los esfuerzos que es preciso hacer para vencerlos. Su razón, aun poco desarrollada, basta apenas para prever las necesidades del presente, i cómo podría ella descubrirles el porvenir?

Esto es lo que no comprenden tantos padres de familia imprudentes, que a cada momento exigen de un niño promesas, cuyos alcances no sienten.

Es por parte de ellos una verdadera manía. Es a la vez una especie de artificio, que emplea la debilidad para ocultarse a sus propios ojos. En vez de tratar con firmeza al niño que ha faltado i de velar de un modo sério porque no se repita la falta, agrada mas exigirles promesas que no pueden rehusar, promesas hechas con gusto, pero que olvidan dos o tres dias despues; porque se han hecho por salir de apuros. Al mismo tiempo se satisface la manía que hai de charlar i cambiar con ellos un diluvio de palabras inútiles. Contraen a la vez un hábito que no puede serles sino funesto, en el trascurso de la vida; se les acostumbra a prometer lo que tienen el propósito de no cumplir, a trueque de salir de un mal paso; se les acostumbra a profanar la santidad del compromiso, ántes de que la lei los considere aptos para tal acto.

28.—Tampoco imitareis a esos padres imprudentes; no exijireis promesas sino a aquellos de vuestros alumnos que sean bastante razonables para conocer su importancia. Si llegan a faltar a ellas, no los acusareis por eso de embusteros; pues es preciso dar a cada falta su verdadero nombre, i no dar a una debilidad el nombre de un vicio; si hicieron la promesa con sinceridad, no han mentido si mas tarde la han olvidado o eludido o aun violado.

Sin embargo, el hecho es grave, si el niño comprende bien la falta. Importa, pues, que los espongaís a este peligro lo ménos posible.

Es un error grave, el conducirse con un niño como se trataria a un hombre, i decirle: "Me habiais dado vuestra palabra, i debia contar con ella."

El niño no comprende aun, eso de dar su palabra. Poneos en su lugar, en vez de suponerlo en el vuestro. No deis a sus determinaciones una importancia i una gravedad de que carecen.

No quiero decir con esto, que jamas sea necesario exijir ni aceptar las promesas de un niño; quiero decir, que no debe echarse mano de este recurso, sino en casos mui raros, con muchas precauciones, sin dar una grande importancia a sus promesas, i sin llamarlos embusteros cuando las olviden.

29.—En cuanto al juramento, yo no creo que haya en el mundo un institutor tan insensato, que permita que un alumno jure; si la palabra *os juro*, saliese espontáneamente de su boca,

seria preciso hacer que se retractara en el acto. El juramento hecho por un niño, es casi un sacrilejio.

30.—Volvamos a la mentira, propiamente dicha, es decir, a aquella que consiste en hablar a sabiendas contra la verdad de las cosas.

El niño está siempre dispuesto a creer, que una mentira dicha al maestro, para evitar las consecuencias desagradables que siguen a una falta, es excusable, i aun se felicitan interiormente por ello, como un triunfo que alcanza la astucia sobre la fuerza.

Aun a veces, se introduce en una clase cierta inteligencia detestable; se forma entre los niños cierta especie de liga para ocultar la verdad al maestro. Léjos de sonrojarse por el éxito vergonzoso que alcanzan, se vanaglorian de ello entre sí, i designan osadamente las cosas por su nombre. "Qué bien lo he burlado! Qué bien he mentido!"

Puede suceder tambien (i este es el colmo del mal), que la mentira llega a ser un cálculo premeditado, en vez de un recurso que sujere la necesidad de la circunstancia. Se convienen para hacer aquello que saben que es malo, i arreglan de antemano la mentira que debe sacarlos de apuro, i preparan respuestas para todas las preguntas que pudieran sobrevenir. Entónces los mejores alumnos, arrastrados por la familiaridad con sus camaradas i por la ocasion, entran en el complot; esto es lo que ha hecho notar San Agustín, a propósito de una falta grave

cometida por él i por sus compañeros en una edad mas próxima a la pubertad que a la infancia. “¡Oh amistad enemiga! ¡Oh seducción inaplicable! esclama el santo. Uno oye que dicen, vamos, hagamos esto, i uno tendria vergüenza de no hacer, lo que en sí es vergonzoso!”

Así son los niños, i no se le puede cambiar. Es, pues, de la mayor importancia, impedir que esa intelijencia perjudicial se introduzca en una clase, i por consiguiente, es preciso combatir la mentira, o prevenirla mas bien.

31.—En jeneral, nada alienta mas al embustero, como el éxito. Para que no se introduzca en vuestra clase el hábito de mentir, es necesario que toda mentira sea descubierta i castigada.

Llegareis a este resultado, por una parte, si vijilais continuamente, sin cansaros jamas; i por otra si manteneis buenas relaciones con las personas del vecindario, sobre todo con los padres de familia.

Efectivamente, el remedio se encuentra al lado del mal. Esa misma lijereza que hace que los niños mientan con tanta facilidad, los hace al mismo tiempo, imprudentes e indiscretos. Es sumamente raro que sean reservados con todo el mundo, en las cosas que han finjido o desnaturalizado, en sus relaciones con vos. De seguro que las contarán, ya sea a su hermano o hermana, ya a sus compañeros i éstos a otros; el asunto concluirá por llegar a oídos de una persona de juicio, i ésta no tendrá dificultad para de-

cirlas; porque entre las personas razonables, existe felizmente, una especie de alianza, para combatir los defectos i los vicios de los niños; i como en las pequeñas poblaciones, no hai persona que no la conozca por su nombre, i como sus padres tienen mucha facilidad para reunirse, nada se os escapará; se adelantarán a vos si ven que os dedicais activa i sinceramente a vuestros deberes i a vuestros alumnos.

32 — Por otra parte, os recomiendo que seais muy prudente a este respecto, para no dar ocasion a que los niños mientan.

Cuando sospecheis que un niño tiene repugnancia de hacer una confesion, no la exijais a ménos que haya una necesidad precisa de obtenerla.

Si esa necesidad existe, fijaos de antemano, si poseereis el medio de probar al niño, que ha mentido, en caso que lo haya hecho.

Tened cuidado de no interrogarle con un tono i con un jesto, que lo hagan temer algun peligro, en caso que descubra la verdad.

No entreis en materia de una manera brusca, ni lo apostrofeis con rudeza, diciéndole: “¿Habéis hecho esto?” Pero preparadlo a que confiese su falta, manifestándole afeccion i poniéndole a la vista las funestas consecuencias de la mentira.

Preguntas bruscas e inesperadas, un aire serio, una voz amenazadora, dan origen a una mentira, que viene seguida de muchas otras.

33.— Hai casos en que se ha cometido un

falta grave i otros en que no poseeis medios para descubrir la verdad, sino recurriendo a la sinceridad de los alumnos.

Qué es necesario hacer entónces?

La impunidad es un gran mal; la mentira es un mal aun mayor. Pienso que es mejor abstenerse de hacer preguntas sinceras. Habrá ocasiones en que esta reserva os costará mucho; pero si no teneis la fuerza necesaria para imponerla, vos mismo habeis inducido a los niños a que mientan, i no habeis sabido lo que querais averiguar. En este caso, vale mucho mas disimular vuestro descontento, i tomar vuestras precauciones para lo futuro. Fiaos en la discrecion i en el aturdimiento propio de esta edad. Conocereis la verdad, tarde o temprano.

El medio mas seguro para prevenir la mentira, es inspirar confianza a los niños. Si están bien persuadidos de vuestro cariño, de vuestra equidad, de vuestra fidelidad para cumplir lo prometido, de vuestra induljencia paternal, de vuestro deseo de evitarle los disgustos i las penas; i al mismo tiempo vuestra vijilancia incesante i de vuestro celo intelijente para descubrir la verdad, i si observais las reglas de prudencia que acabo de establecer, la mentira será mui rara en vuestra clase, i quizá llegará a ser desconocida.

LA DISCIPLINA.

36.—Conoceis las reglas jenerales de la disci-

plina i sus aplicaciones en las escuelas de la infancia. Sin embargo, creo que debo llamaros la atencion sobre algunos puntos, que no en todas partes observan con el rigor que seria de desear.

Es preciso que la disciplina se mantenga, en cuanto sea posible, por medio de una exacta vijilancia por parte del maestro, i por efecto de los buenos hábitos que han adquirido los niños, sin que estos mismos niños cooperen a mantenerla, ya sea directa e indirectamente: directamente, porque el maestro les ha encargado una parte de su vijilancia; indirectamente haciéndole observaciones acerca de la conducta de sus compañeros.

No quiero hablar, de ninguna manera, de las circunstancias escepcionales, en que un maestro prudente i celoso debe sustraerse a las reglas ordinarias; ni tampoco, de la marcha regular de una escuela mútua bien organizada. Pero os digo:

“Salvo el caso que acabo de indicaros, no delegueis jamas, en un alumno, una parte de vuestra autoridad, no acepteis jamas, de parte de los alumnos, chismes i denuncios.”

37.—I desde luego no delegueis jamas en un alumno, una parte de vuestra autoridad.

No razeis por induccion, en vista de lo que pasa en la familia, donde el hijo mayor, está a menudo encargado de velar a sus hermanos menores, i de dar a sus padres cuenta exacta de su conducta. El espíritu de la familia no es el

espíritu de la escuela; los deberes o las afecciones de un hijo o de un hermano, no son los deberes ni las afecciones de un colejial. Cuando decimos que una escuela es una familia, que el maestro es el padre, que los alumnos son sus hijos i hermanos entre sí, hacemos una figura de estilo, bella i conmovedora, una comparacion que a la vez agrada al espíritu i atrae al corazon; pero preciso es guardarse mui bien de tomar a la letra estas espresiones. La escuela debe ser la imájen de la familia, en cuanto sea posible; pero ella no es la familia. Del mismo modo, no deben introducirse imprudentemente, en una, las costumbres de la otra.

Un padre, al salir, dice a su hijo: "Pablo, te dejo solo con tu hermanito; vela por él; i si hace alguna de las cosas que le he prohibido, me lo dirás a mi vuelta." El padre al hablar a Pablo en estos términos, i al encomendarle esta tarea, lo realza en su propia opinion; fortifica en él el espíritu de familia; lo asocia a cumplir el deber sagrado de la educacion.

Pablo conoce instintivamente, que su padre tiene perfecto derecho para hacerse secundar por el mas razonable de sus hijos, en el gobierno de la casa; se siente honrado con la confianza que se le ha manifestado, i la ternura paternal no le permite abusar de su autoridad.

Pero vos, o institutor, decís a Pablo: "Hai cerca de vos, alumnos perezosos, vijíladlos, i si no estudian, advertídmelo." Dais a Pablo una mala leccion; le exijis que se mezcle en lo que

no le concierne, i le enseñais, segun vuestro ejemplo, a delegar en otros, el cumplimiento de un deber que él mismo debia llenar. Pablo comprende mui bien, que no teneis derecho para delegar en él vuestra autoridad, i que, en conciencia, no está de ningun modo obligado a aceptar esta delegacion, i que si se le envia al colejio, no es para velar por la conducta de otro, sino para aprender a dirigir convenientemente la suya propia.

Sabe que si tiene deberes como alumno, los tiene tambien como compañero, i que la vijilancia no hace parte de ninguno de los dos.

38.—Por otra parte, si es preciso decirlo todo, esponeis a Pablo. Si os hace una relacion inexacta, ya sea por bondad de corazon, sea por no perder la reputacion de buen compañero, lo habreis inducido a cometer una grave falta; habrá aprendido, gracias a vos, a abusar de la confianza, i a jugarse con las cosas serias.

Ya que lo habeis espuesto, si os hace esa relacion infiel, seducido por alguna promesa o por algun regalo insignificante.

No quiero creer que se muestre exigente, por malignidad, por animosidad, por despecho; pero en fin, no podria eso suceder? Así es que por vuestra imprudencia, los niños harán en la escuela el aprendizaje del vicio.

Dejad, pues, que Pablo se ocupe tranquilamente de su propia instruccion i de su propia conducta, sin obligarlo a que vele por la ajena.

39.—Añadiré a este respecto, que no apue-

bo la costumbre que comienza a introducirse en algunas escuelas, que los alumnos designen con su voto, el premio que debe darse a sus compañeros, i algunas veces tambien, las faltas i la pena que deba corresponderles.

No creo que sea necesario recurrir al voto de los niños, en ninguna circunstancia, o por cualquier motivo que haya. Léjos de ser una imitacion de la vida política, es una risible parodia.

Esos tribunales de niños, de que habla Jenofonte en el romance moral de la Ciropedia, no han existido jamas, sino en la brillante imaginacion del autor; en cuanto a los que se fundan en un lugar de detencion, creo que serán útiles en un establecimiento de esta especie; pero no es en las penitenciarias donde debemos buscar modelos para educar a nuestros alumnos.

Es la fuerza moral, es la razon quien debe juzgar; toca a ella el designar las recompensas; solo a ella corresponde la facultad de castigar. Por mas que se diga, no tienen los niños las luces necesarias para juzgarse perfectamente los unos a los otros, ni para apreciar el mérito i el demérito de las acciones.

Los niños necesitan siempre de induljencia.

La bondad, de que son objeto, las mas veces, debe replegarse sobre ellos; la dulzura i la moderacion son el encanto de su edad.

Concibo perfectamente, que un niño trate de excusar a su compañero i que solicite su perdon; pero que lo juzgue i que pronuncie su castigo, es lo que no concibo. Hai allí un trastorno de

las relaciones establecidas por la naturaleza que causa horror. En cuanto al premio, dejad que se establezca el uso de asignarlos por el voto secreto de los alumnos, i vereis los resultados.

Al hablar de un alumno premiado, dicen como para aumentar su mérito: "Han sido sus mismos compañeros los que lo han juzgado el mas digno." Ved ahí un bello honor que se hace al maestro! Así es que es mas honroso ser recompensado por los alumnos que por él! Tiene sin duda menos equidad, menos lucos! Oigo decir que *los niños se conocen perfectamente entre ellos*. Se conocen, segun el alcance desu intelijencia, i tambien, segun la nocion confusa que tienen del bien i del mal. Cuántas veces han considerado como estúpido, al alumno de una intelijencia superior! Cuántas veces han llamado i siguen llamando *hipócrita*, a aquel cuya piedad es sincera, i *cobarde*, al que tiene el valor suficiente para rechazar los malos consejos! Cuán induljentes no son con aquellos que favorecen las malas costumbres, cuya gravedad desconocen! Qué naturales consideran a la irritacion, al rencor i a la venganza! no disimulan jamas ¿Acaso no mienten nunca? He ahí juces bien ilustrados, libres de toda prevencion!---

40.—Pero si los niños no deben estar asiados jamas al poder del maestro, ni investidos de sus atribuciones, mucho ménos deben ejercer cierta influencia sobre sus determinaciones, dándole eso que llaman, *cuentos*.

No debeis provocar los cuentos de ninguna

especie (salvo los casos excesivamente raros que os indicará vuestra prudencia). Un maestro poco reflexivo, ha recurrido a este medio para mantener la disciplina, i encuentra allí, en efecto, un socorro momentáneo. Pero jamas deben emplearse los remedios que producen mucho mas mal que bien; la delacion se encuentra en este caso.

41.—Sucederá muchas veces que os den cuentos sin que los hayáis provocado; pues hai niños que son mui inclinados a los chismes, sea con la esperanza (mui ilusoria) de atraerse la amistad del maestro, sea por envidia, aborrecimiento, por deseos de vengarse o por el placer de hacer mal; o bien, tan solo por inconsecuencia, por lijereza o por el prurito de hablar.

Talvez seria mucho mejor rechazar toda especie de cuentos, i manifestar vuestra opinion a este respecto, con tal firmeza, de modo que nadie se atreviese a daros uno.

Si a pesar de esto, creéis que no deba obrarse de esta manera en todos los casos, i si teneis motivos para no rechazar un cuento que no habeis oido, examinad con cuidado, hasta averiguar el motivo que le ha dado origen.

Si os parece que el niño ha obrado por un motivo culpable, reprendedlo severamente, i prohibidle que con tal objeto se dirija a vos en adelante. No lo alabeis, si os parece, por el contrario, que su intencion era buena i pura; ni menos lo reprendais; decidle que por esta vez está libre de censura, por haber obrado segun

su conciencia i con una buena intencion; pero que en jeneral i en adelante, hará mui bien en apartarse de toda especie de chisme. Hacedle conocer su error con dulzura, si, por irreflexion o por la falta de prevision tan natural a su edad, ha contado una cosa, que pudo mui bien callar.

43.—El no prestar oidos a los cuentos, sino el hacerlos inútiles por medio de una vijilancia asidua i exacta, es el medio mas seguro para mantener la disciplina en una clase. El órden reinará constantemente, cuando los niños estén seguros de que *nada podrán decir sin que el maestro los oiga, ni hacer algo sin que los vea.*

43.—*Para que los niños no puedan decir algo sin que los oigais, haced que en la clase se observe el mas riguroso silencio.*

No permitais que estudien en voz baja, con el pretexto de aprender mas fácilmente sus lecciones yo sé que esa lijera elevacion de la voz, anima a los alumnos, en cierto modo, i los alienta para estudiar mejor; pero esta ventaja se compra mui caro, porque hace sufrir al órden. Cuántas veces no parece que un niño repite con aplicacion i con ardor las palabras de su leccion, teniendo los ojos fijos en el libro, i no hace, en realidad, sino que conversar con su vecino, que parece tan ocupado como él! Ni aun es posible permitir, que los alumnos muevan los labios. Cuando se hayan acostumbrado a estudiar mentalmente, aprenderán sus lecciones, sin mayor trabajo i con la misma lijereza.

Para mantener el silencio, es bueno acostumbrarlos a que no reciten sus lección muy alto; pueden establecerse conversaciones particulares, favorecidas por un recitado estrepitoso.

Sé que dicen que es preciso hacer hablar alto a los niños, para fortificar su pecho i su voz. Pedéis estar tranquilos a este respecto. Hablarán bastante alto, en los campos, en las calles, donde quiera que se llamen unos a otros, o que se entreguen a un juego animado.

Por lo demás, cuando un niño grita al recitar, sus vecinos le soplan con mucha facilidad, sin que el maestro se aperciba de ello; lo que tiene la doble desventaja de hacer a los niños perezosos i ridículo al maestro, porque uno se rie del que engaña con frecuencia e impunemente.

Ni vos mismo debéis hablar alto; mantened siempre vuestra voz en el *medium*, i aun al hablar, tened siempre la oreja parada (talvez parezca algo vulgar esta traduccion; pero expresa bien la idea, i eso basta a mi modo de ver).

44.—*Para que los niños no hagan nada sin que vos los veais*, no les debéis perder de vista ni un solo instante.

Un maestro hábil conoce tan bien con los ojos como con los oídos; conoce por las miradas, por el juego de la fisonomía, por movimientos imperceptibles para cualquiera otro, si los alumnos, conversan, o si están simplemente dispuestos a conversar, si su aplicacion disminuye, si su pensamiento se estravia.

No solo descubre todas las faltas contra el buen orden, sino que las previene, lo que aun vale mas.

Porque el niño que ve que su maestro no lo pierde nunca de vista no piensa jamas en obrar mal; no se aparta de su deber, sino cuando espera no ser descubierto.

Os lo repito: la fisonomía de los niños es como un espejo donde se reflejan todos los sentimientos que los agitan; o, mejor dicho, es un libro en que un maestro hábil puede leer todos sus pensamientos. Pero para leer bien en ese libro, es preciso no perderlo de vista jamas.

45.—Es, pues, de la mayor importancia, el que el preceptor sepa de memoria todo aquello que hace leer o recitar a sus discípulos, para no verse obligado a seguir él mismo, en los libros o en las pizarras, lo que ellos leen o recitan,

Hai a veces profesores que descuidan esta precaucion, en los colejos i en los otros establecimientos de educacion. No saben nada de memoria.

Mientras el alumno recita, ellos, inmóviles en su cátedra i con los ojos clavados en el libro, siguen el recitado con una atencion estrema.

Esos profesores quedan mui satisfechos, por el modo como se les da leccion. I cómo dejarian de estarlo? Todos los niños recitan perfectamente bien. Uno es ayudado por su vecino que le sopla en una voz tan baja i con tanta destreza, que no se podria conocer sino en el movimiento de sus labios; el otro, baja la vista al recitar,

como para reunir mejor sus ideas; en realidad, es para consultar su libro que tiene un poco entrecubierto; otros tienen siempre los ojos fijos en el profesor o mas bien sobre su cátedra, en la cual se ha pegado hábilmente un papel, con la lección escrita en grandes caracteres, i que se quitará con destreza despues de recitado. I el maestro sigue leyendo el libro sin levantar la vista. Durante este tiempo algunos alumnos conversan en voz baja, otros leen a escondidas algun libro prohibido. Nada de esto sucederia, si el maestro supiese de memoria lo que se va a recitar i lo que se va a explicar en la clase.

46 —Por la misma razon os aconsejo que no corrijaís en la clase las copias que os entreguen los alumnos, os vereis obligado a leerlas con mucha atencion, para que no se escape alguna falta, i durante ese tiempo no podreis vigilar fácilmente la clase. Llevaos esas copias; corregidlas en vuestra casa; i en seguida manifestad a los alumnos sus faltas i sus omisiones.

“M. Pero se dirá, hé ahí un trabajo considerable!

Saber de memoria, lo que uno hace recitar o explicar! Corregir todas las copias fuera de la clase!”

Ignorais acaso, que la tarea del maestro es sumamente laboriosa? Creéis que solo debe a los alumnos las horas de clase? No sabéis que la mayor parte de su tiempo les pertenece?

47.—Llegaréis a mantener en vuestra clase

una exacta disciplina, siguiendo los preceptos que acabo de establecer.

Agregaré algunos preceptos particulares.

No acordeis a ningún niño, cualquiera que sea, ni un favor, ni un privilegio, ni ninguna excención particular, a no ser que sea por motivo de salud.

Asignad a cada alumno i cada cosa un lugar perfectamente determinado, para que no haya jamas un motivo de querella a este respecto.

No debeis poner junto a los niños en que habeis reconocido un carácter mui lijero i que se excitan mutuamente para ser disipados, separadlos i ponedlos al lado de los alumnos mas juiciosos.

No seais demasiado exigente, i sabed disimular algunas veces una falta leve, que no puede traer una mala consecuencia.

Reprimid desde el principio, toda falta, por lijera que sea, que pudiera dejenerar en hábito o arrastrar consecuencias desagradables.

Procurad que los niños no salgan mucho de la clase; cuidad de que sus ausencias sean cortas, no olvideis a este respecto ninguno de los preceptos señalados en el reglamento o que son sujeridos por la prudencia.

No olvideis que está prohibido entre los alumnos toda especie de cambio, de don o venta.

Tendreis una idea completa de todo lo que concierne a la disciplina, si agregais a estos preceptos, los que ya he hecho presente acerca del

hábito de orden i de silencio que es preciso inculcar en los niños.

FIN.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

El Institutor.

	Pájs.
CAPITULO	
— I.—Vocacion.....	3
— II.—Preparacion.....	6
— III.—Ventajas de la escuela normal i de la escuela práctica.....	10
— IV.—Conducta en la escuela normal i en la escuela práctica.....	14
— V.—Noviciado i esterno en la enseñanza.....	18
— VI.—Eleccion de una escuela.—permanencia.....	21
— VII.—Amor a su profesion, primera cualidad del institutor.....	25
— VIII.—Porte i conducta privada .	28
— IX.—Manera de vivir propia para un institutor.....	32

CAPITULO	X.—Relaciones del institutor con las autoridades escolares.....	37
—	XI.—Relaciones del institutor con las autoridades locales.....	39
—	XII.—Relaciones del institutor con los padres de familia.....	43
—	XIII.—Relaciones del institutor con el público.....	
—	XIV.—Relaciones del institutor con los alumnos.....	51
—	XV.—El institutor en su familia.....	56
—	XVI.—Influencia del institutor.— Uso que debe hacer de ella	61
—	XVII.—Del éxito i de las desgracias.....	68
—	XVIII.—Retirarse oportunamente..	73

SEGUNDA PARTE.

La clase.

—	XIX.—Celo.—Paciencia.....	77
—	XX.—Exactitud.....	81
—	XXI.—Bondad.—Severidad.....	85
—	XXII.—Estudiar el caracter de los niños.....	90
—	XXIII.—Inspirar confianza a los niños.....	93
—	XXIV.—Medios de estimular.....	101
—	XXV.—Medios de rigor.....	103
—	XXVI.—Dispensar iguales cuidados a todos los discípulos.....	109
—	XXVII.—Sentimientos que es preciso inspirar a los niños...	112
—	XXVIII.—Hacer el estudio agradable.....	117

	Págs.
CAPITULO XXIX.—Enseñanza—Sistemas.....	121
— XXX.—Modelos que seguir—Ger- son, Rollin.....	125
— XXXI.—Último consejo.....	132

APÉNDICE.

Consejos para hacer una clase, teniendo en vis- ta el beneficio de la educacion.....	137
La obediencia.....	138
El órden i el silencio.....	142
El aseo.....	144
La modestia.....	147
La amabilidad.....	149
La urbanidad.....	150
La sinceridad.....	151
La disciplina.....	159

